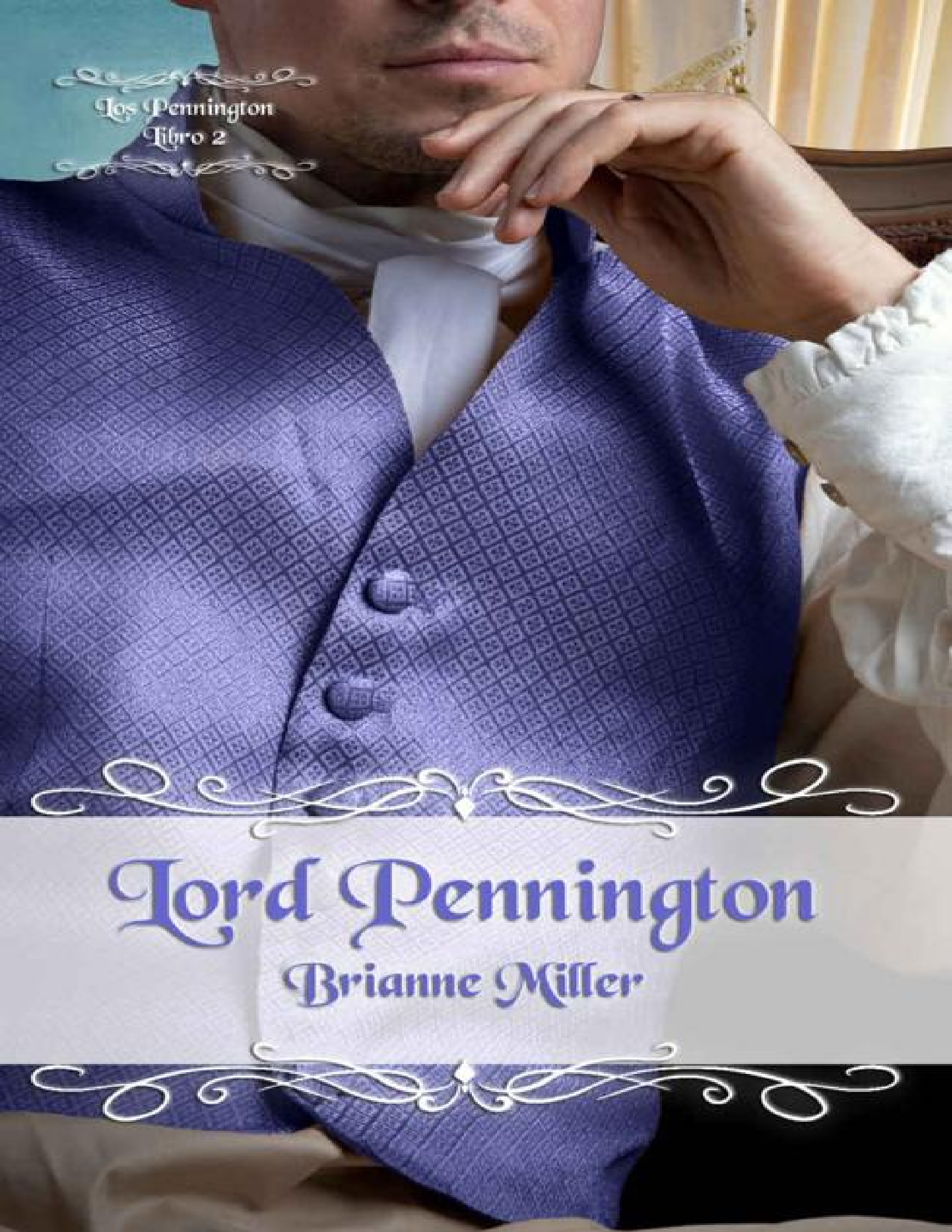




Lord Pennington
Libro 2

Lord Pennington

Brianne Miller

Lord Pennington

Los Pennington, Libro 2

Brianne Miller



Los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no es intención del autor.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del autor.

Primera edición: Junio 2024

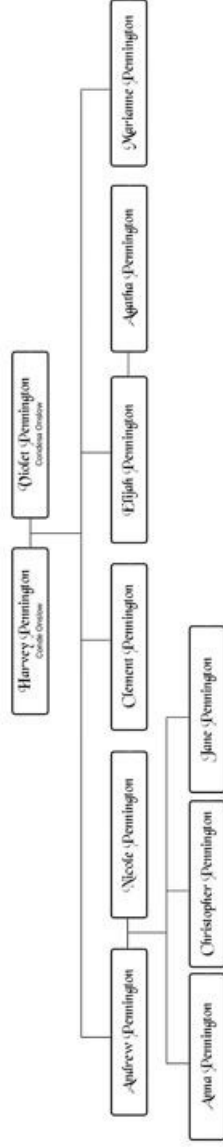
Título original: Lord Pennington

Brianne Miller© 2024

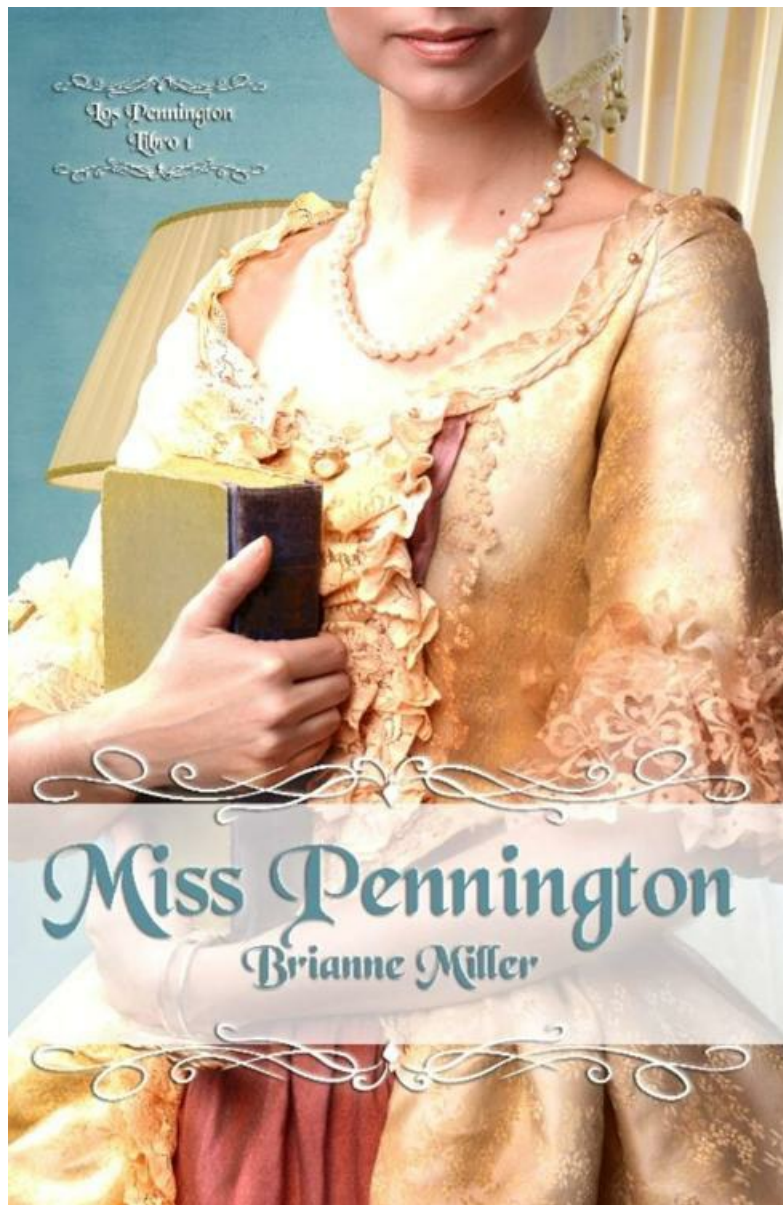
Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock



Libro anterior



Marianne Pennington prefería leer un buen libro que acudir a uno de los grandes bailes de sociedad. Era un ratón de biblioteca... que perdería su oportunidad de contraer matrimonio si no conseguía un caballero adecuado en su tercera temporada.

Tras la muerte de su padre, Sebastian Wembley, hijo extramatrimonial del vizconde de St Vincent, heredaría su título y toda su fortuna. Pero para heredar esto último había una condición... que a él no le hizo ninguna gracia.

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

Londres, enero de 1772

Andrew Pennington sostenía la mano de su esposa mientras ella intentaba traer a su hijo al mundo. Algo no andaba bien, podía sentirlo en las entrañas. El gesto de dolor de Charlotte, la sangre... tantísima sangre... Un sudor frío comenzó a caer por su frente y se llevó la mano blanquecina de su esposa a los labios para besarla.

—Un poco más, mi amor —susurró—. Lo estás haciendo muy bien.

—¡No puedo más, Andrew! —lloró ella— ¡Por favor, sáquenme esto de dentro!

—Charlotte, mi amor...

—¡Todo es por tu culpa! —le interrumpió ella mirándole con furia— ¡Todo es por tu estúpido título!

Su suegra se acercó a él y le apartó de su lugar junto a la cama.

—Querido, no le hagas caso, no es ella quien habla, sino el dolor que está sintiendo —le animó.

—¿Qué está pasando, Rebecah? Algo no va bien, ¿no es cierto?

La mujer le miró con compasión en sus ojos y asintió.

—El niño no está en la posición correcta —explicó—. La señora Pelham ha intentado por todos los medios darle la vuelta, pero no lo ha conseguido.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar. Deberías salir, Andrew.

—No pienso moverme de su lado.

—Por favor, hijo... no le estás haciendo ningún bien estando aquí —intervino Violet, su madre—. Ve a reunirte con tu padre y tus hermanos, te avisaremos cuando todo haya terminado.

—Pero...

—Andrew, por favor...

Echó un último vistazo a la mujer tendida en la cama. Parecía estar sufriendo lo indecible, con el rostro ceniciento y los puños apretados. Su madre y su suegra tenían razón, a Charlotte no le haría ningún bien tenerle a su alrededor en aquel momento. Asintió.

—Si hay que elegir, sálvela a ella, doctor —ordenó al doctor Baxter.

—Como ordene, milord.

Salió del dormitorio cerrando la puerta con suavidad. Pero no fue a buscar a su familia, se dejó caer por la pared hasta terminar sentado en el frío suelo de mármol y rezó. El suyo había sido un matrimonio de ensueño. Charlotte y él se conocieron hacía ya dos años en el baile de la duquesa de Cornwall. Andrew había decidido buscar esposa y su madre se había encargado de hacer que el rumor se extendiera como la pólvora. No fue hasta que se vio rodeado de madres desesperadas por casar a sus hijas con un rico heredero que se dio cuenta del tremendo error que cometió al pedirle ayuda a Violet. Se escabulló como pudo de las damas que lo rodeaban y fue a esconderse al balcón. Fue allí donde la encontró. Charlotte estaba asomada a la balaustrada con

el rostro levantado hacia la luna y una enorme sonrisa en los labios. No estaba sola, por supuesto, su madre estaba junto a ella observándola con el amor que sentía por ella reflejado en sus ojos.

—Disculpen, no pretendía perturbar su tranquilidad —había dicho Andrew deteniéndose en seco al verlas.

—¿Huye usted de las damas casaderas, lord Pennington? —había preguntado Charlotte con picardía.

—Huyo de sus madres, señorita...

—Cassidy —había respondido su madre—. Permítame presentarle formalmente a mi hija, la señorita Charlotte Cassidy. Yo soy Rebecah Cassidy, baronesa de Jessel.

—Es un placer conocerlas, señoras —había respondido él.

—Tengo entendido que busca usted esposa, milord —había continuado Charlotte—. ¿Por qué huye entonces del gentío?

—Porque mi búsqueda de esposa no implica que deba permitir ser avasallado en el salón de baile, señorita Cassidy. Ha llegado un momento en el que me era imposible respirar.

—Es usted el soltero más codiciado de la temporada, lo normal es que las madres procuren casar a sus hijas con usted.

—Sin embargo, aquí está usted, huyendo del salón igual que yo en vez de estar ahí dentro intentando llamar mi atención.

—Por suerte para usted, mi familia no necesita un rico heredero... y esta es mi primera temporada, tengo tiempo de sobra para encontrar un pretendiente adecuado.

—Dudo mucho que encuentre un pretendiente adecuado ocultándose en un balcón.

—No me estoy ocultando, milord. Acabo de terminar mi baile con lord Huntly. Necesitaba un poco de aire fresco... y un respiro para mis pobres pies.

—Lord Huntly no se caracteriza por ser un buen bailarín, tiene usted razón —había respondido sonriendo.

—¿Le conoce usted?

—Estudiamos juntos en Oxford. Es un buen hombre... pero tiene dos pies izquierdos.

—Yo diría que tiene tres... dos pies son insuficientes para dañar los míos como lo ha hecho esta noche.

El comentario de Charlotte le había hecho reír. Desde aquel día se vio inconscientemente pasando tiempo con ella, más del que habría pensado pasar con una debutante, y antes de que terminara el mes estaba pidiendo su mano en matrimonio. Se casaron completamente enamorados el uno del otro a mediados de la temporada, y poco después Charlotte le había dado la feliz noticia de que se había quedado encinta. Pero el embarazo había sido complicado. Charlotte se había encontrado durante aquellos nueve meses bastante delicada de salud y había tenido que guardar cama desde el sexto mes de embarazo para asegurar su seguridad y la del bebé.

Un nuevo grito en la habitación contigua le heló la sangre. Enterró el rostro en las manos y suspiró.

—¿Qué haces ahí sentado?

La voz de su padre le hizo levantarse del suelo y sacudirse el polvo invisible de sus pantalones.

—Mamá y lady Jessel me han echado —explicó—. Algo no va bien y...

Se le cerró la garganta al pensar en lo que podría ser de su mujer.

—Ven, vayamos a tomar una copa —dijo su padre palmeándole la espalda—. Creo que la necesitas.

—Estoy bien, esperaré aquí.

—He dicho que vamos a tomar una copa —insistió el conde—. Sé que estás asustado y no te hace ningún bien escuchar los gritos de tu esposa.

Se dirigieron al despacho de su padre y se dejó caer en uno de los sillones de brocado. El conde sirvió una copa de brandy y se la entregó, rellenándola cuando su hijo la vació de un solo trago.

—Ahora dime qué te ha dicho tu madre —ordenó el conde.

—El niño no está bien colocado —explicó mirando su copa de licor—. La partera ha intentado darle la vuelta pero no lo ha conseguido. Tengo miedo, papá...

—Debes tener fe, hijo mío. Tu esposa lo logrará.

—Está demasiado débil, maldita sea. Lleva horas empujando. Le he dicho al médico que si tiene que elegir, la salve a ella.

—Has hecho bien, podéis tener hijos más adelante.

—¿Y si decido no tenerlos? —preguntó mirando a su padre.

Harvey suspiró y se sentó en el brazo del sillón donde estaba sentado él.

—Andrew, tener un hijo es una experiencia única —comenzó a decir—. Un hijo llena tu vida de alegría y felicidad, y me entristecería mucho que te privaras de ello. Pero si realmente no quieres tener hijos te apoyaré. Aún tenemos a Clement y a Elijah para que nos den herederos al título, no debes preocuparte por eso.

—No sé si seré capaz de volver a pasar por esto, papá. Verla sufrir de esa forma...

—Todas las mujeres sufren en el momento de dar a luz. Pero te aseguro que su cuerpo es lo suficientemente inteligente como para olvidar ese calvario en cuanto tienen en sus brazos a su hijo recién nacido.

—¿Mamá también sufrió?

—Desde luego que lo hizo —respondió el conde revolviendo el cabello de su hijo con una sonrisa—. Tú tardaste tres días en decidirte a salir.

—¿Tres días? —exclamó Andrew abriendo los ojos como platos.

—Tres días, caballero. Empezaban los dolores de parto y se detenían al poco tiempo. Tu madre se levantaba de la cama y se dedicaba a ordenar la habitación como si no hubiera pasado nada.

—Típico de mamá —rio Andrew.

—Tuvimos que prepararle la habitación de invitados al doctor Baxter, porque temíamos que tu madre se pusiera realmente de parto cuando él no estuviera.

—No quiero ni pensar en tener que ver a Charlotte en el estado en el que se encuentra durante tres días.

—Mi experiencia me dice que tu hijo nacerá hoy, solo hay que tener un poco de paciencia.

—Gracias, papá.

—No tienes que darlas. ¿Qué te parece si vamos con tus hermanos? Están esperando a su sobrino en el salón principal.

—De acuerdo.

En cuanto cruzaron las puertas dobles del salón, su hermana Marianne, de siete años, corrió hacia sus brazos. Andrew se sentó en uno de los sillones y sentó a la niña sobre sus rodillas, dejando un beso en su redondeada mejilla. Su hermana había nacido cuando sus padres pensaban que no tendrían más hijos. Él tenía diecisiete años cuando le dieron la noticia, y en cuanto vio a la pequeña niña en los brazos de su padre supo que iba a ser su debilidad. Marianne

era la alegría de la casa, la consentida de todos y, por supuesto, la niña de sus ojos.

—¿Ha nacido ya el bebé, hermano? —preguntó la niña.

—Aún no, tesoro —respondió su padre—. Tenemos que seguir esperando.

—¿Yo tardé tanto en nacer como él?

—Tú fuiste muy rápida —sonrió Andrew recordando el último parto de su madre—. Regresábamos de un baile y casi naces en las escaleras. Tenías mucha prisa por salir.

—Parece que mi sobrino está asustado. ¡Es por tu culpa, Elijah! ¡Siempre andas haciendo bromas y el pobre tiene miedo de que la tomes con él cuando nazca!

Todos los presentes rompieron a reír. La niña se enfurruñó y cruzó los brazos mirándolos con fastidio.

—No está asustado, Mary —respondió Andrew—. Está mal colocado y hay que esperar a que quiera darse la vuelta.

—Oh, así que solo es un poquito torpe. Está bien, le enseñaré a ser el más inteligente de todos los niños de Londres.

—Serás la mejor tía del mundo, te lo aseguro.

Andrew besó a la niña en la mejilla y echó la cabeza sobre el respaldo del sillón con los ojos cerrados. Una hora después, su madre entró en el salón.

—¿Cómo está? —preguntó Andrew poniéndose de pie de un salto.

—Señorita Beatty, por favor —dijo su madre con el rostro muy serio—, ¿puede llevarse a Marianne arriba?

La niñera miró a su señora con seriedad y asintió.

—Vamos, pequeña, es hora de tomar una siesta —dijo tomándola de la mano.

—¡Pero yo quiero ver a mi sobrino! —protestó la niña.

—Más tarde. Ahora debemos subir.

—Pero...

—Marianne —dijo su padre con voz seria—, haz caso de lo que dice tu niñera.

Era la primera vez en su vida que el conde le hablaba a su hija menor con tal seriedad, así que la niña asintió y tomó la mano de la señorita Beatty para subir a su habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrew— ¿Por qué mandas a Marianne...

—Sentémonos un momento, hijo —le interrumpió su madre.

Andrew obedeció y Violet se sentó junto a él, tomando sus manos entre las suyas.

—El parto ha sido demasiado difícil... —comenzó a decir.

—No...

—Charlotte ha perdido demasiada sangre...

—Detente...

—Hijo...

—¡He dicho que te calles! —gritó.

—Lo siento mucho, Andrew, pero debes escucharlo —insistió Violet—. El doctor ha hecho cuanto ha podido, pero no ha servido de nada. Charlotte ha muerto, hijo. Ambos han muerto.

—Estás bromeando, mamá... Estás gastándome una pésima broma de mal gusto por haber destrozado accidentalmente tus rosas el otro día, ¿no es así?

—Sabes bien que jamás bromearía con algo como esto.

—Charlotte no puede haber muerto... ¡No puede estar muerta!

Se levantó y corrió hacia el dormitorio de su esposa. El doctor estaba recogiendo su instrumental y su suegra lloraba junto a la cama, en la que Charlotte había sido cubierta con una

sábana blanca. Apartó la tela con furia para descubrir el rostro ceniciento de la mujer que amaba más que a su propia vida. Tenía aún los ojos abiertos, pero no respiraba. Acarició su rostro con los ojos anegados en lágrimas y cerró los de ella con suavidad. Se acercó al médico en dos zancadas y le cogió por las solapas de la chaqueta con brusquedad, mirándole con furia.

—¡Le dije que la salvara a ella, maldición! —espetó con los dientes apretados— ¡Le ordené que la salvara!

—Cálmese, lord Pennington, por favor... —dijo el médico intentando soltarse.

—Has matado a mi esposa, ahora pagarás las consecuencias.

De pronto se vio alejado de golpe del médico por sus hermanos, que le sujetaron con fuerza mientras intentaba soltarse.

—¡Soltadme, maldita sea! —gritó— ¡Dejadme!

—Estate quieto, maldición —protestó Clement—. Vas a hacernos daño.

—Lo siento, doctor Baxter —se disculpó el conde—. Mi hijo está cegado por el dolor, no pretendía...

—No se preocupe, lord Onslow —le interrumpió el médico—. No es la primera vez que me enfrente a un hombre que acaba de perder a su esposa, y le aseguro que tampoco será la última.

El doctor se acercó a Andrew y se colocó bien la chaqueta.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano para salvar a su esposa, lord Pennington —dijo con voz tranquila, mirándole a los ojos—. El bebé estaba muerto cuando comenzó la labor de parto, por eso fue imposible darle la vuelta. Logramos extraerlo sin demasiada dificultad cuando nos dimos cuenta, pero cuando me dispuse a atender a su esposa ya había fallecido.

—¿Cómo es posible? ¡Acaba de decir que no hubo dificultades!

—No hubo dificultades al sacar al niño, pero su esposa tenía una salud muy delicada. El esfuerzo que le ha supuesto el parto fue demasiado para ella. Cuando el niño salió de su vientre suspiró... y se marchó con él. Lo lamento mucho.

Andrew se soltó del agarre de sus hermanos y se sentó junto al cuerpo sin vida de su esposa. Se llevó una de sus manos, ya completamente fría, a los labios y sollozó.

—Lo siento mucho, mi amor —lloró—. Por mi culpa tú...

No pudo seguir. Permaneció junto al cuerpo hasta que su madre le insistió en que debían llevárselo. Observó el rostro que tanto había amado, que tanto le había amado a él, mientras los monjes la preparaban para el sepelio, que se celebró en la más estricta intimidad. Charlotte fue enterrada en el mausoleo familiar, situado en la abadía de Westminster. Desde aquel día, Andrew Pennington no solo perdió a su esposa y a su hijo, había perdido también una gran parte de su alma... o eso creía.

Capítulo 1

Andrew se levantó aquella mañana con un terrible dolor de cabeza. No era de extrañar, la noche anterior se había pasado de copas... otra vez. Desde que su esposa Charlotte había muerto hacía ya un año era incapaz de dormir, y debía recurrir al alcohol para al menos perder la conciencia. La echaba tanto de menos... Echaba de menos escuchar su risa, ver sus ojos risueños mirándole con picardía cuando le gastaba alguna broma. Echaba de menos sus besos, sus abrazos... tenerla en su vida. El año de luto había sido un auténtico infierno para él. Se había convertido en un ermitaño, se había alejado no solo de la sociedad, sino también de sus amigos más cercanos. Solo Christian Derricks, marqués de Hertford, se mantenía a su lado. Christian... recordaba vagamente haberse encontrado con él la noche anterior en una de las muchas tabernas que últimamente frecuentaba. Seguramente el fuera el artífice de que se despertara en su cama y no en cualquier esquina maloliente de la ciudad. Le daría las gracias en cuanto se encontrara lo suficientemente sobrio para poder ir a su casa.

Intentó ponerse de pie, pero un mareo repentino le desestabilizó y tuvo que sujetarse al poste de la cama para no terminar de bruces en el suelo.

—Maldición —susurró.

Se dejó caer de nuevo en la cama hasta que August, su ayuda de cámara, llegó portando una palangana de agua caliente y una toalla doblada sobre el antebrazo poco después.

—Buenos días, lord Pennington —saludó dejando los utensilios de afeitado sobre el tocador—. Aunque debería decir buenas tardes. Son más de las dos de la tarde, milord.

—¿Tan tarde? ¿Por qué no me has despertado antes?

—Lo intenté varias veces, milord. Cinco, para ser exactos, pero usted no se inmutó.

—La próxima vez inténtalo con más ahínco, por favor. Mi madre se disgustará de nuevo si me ve en este estado.

—Como ordene, milord.

Andrew se sentó frente al espejo y suspiró cuando el sirviente colocó una toalla húmeda sobre su rostro para ablandar el vello de su barba. Cerró los ojos disfrutando del afeitado y estuvo a punto de volver a quedarse dormido. Cuando terminó, August dejó frente a él una infusión de camomila.

—Tómese esto, le asentará el estómago —aconsejó.

—Gracias, August. Eres mi salvación.

—¿Quiere que le suba el desayuno?

—Con una taza de café será suficiente, no creo poder comer nada más. ¿Está mi hermano Clement en casa? Hoy no me apetece mucho salir y necesito tener la mente ocupada.

—El señor Clement ha salido, pero el señor Elijah acaba de regresar de la universidad.

—¿De veras? En ese caso haz que me sirvan el café en el comedor, iré a verle en cuanto termine de vestirme.

—¿Necesita mi ayuda, milord?

—No es necesario. Como ya he dicho, no voy a salir de casa y creo que ya me encuentro

lo suficientemente bien como para poder vestirme por mi cuenta.

El ayuda de cámara hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación. Andrew tomó la camisa y los pantalones que había dejado sobre la cama y comenzó a vestirse, cuando un remolino de faldas de color rosa pastel se coló en su habitación y voló hasta debajo de su cama.

—¿Marianne? —preguntó asomándose por el borde.

Su hermana pequeña sonrió y se llevó un dedo a los labios para hacerle callar. Se tumbó en el suelo y rodó junto a ella bajo el mueble, mirándola con una cómplice sonrisa.

—¿De quién nos estamos escondiendo, mi amor? —preguntó.

—De la señorita Beatty —respondió la niña—. Quiere que estudie álgebra, pero no me gusta demasiado esa asignatura.

—Sabes que debes estudiar lo que te diga la señorita Beatty, ¿no es así? —advirtió.

—Lo sé, pero hoy prefiero estudiar otra cosa.

—¿Y se lo has dicho?

—Lo he intentado, pero dice que una señorita no protesta a sus profesores.

—Lo cual es cierto.

—¿Puedes hablar con ella? Te prometo que estudiaré álgebra mañana, Andrew. Por favor...

La miró un momento, pellizcó su pequeña naricilla y asintió.

—De acuerdo, le diré que cambie el álgebra por... ¿Francés? —sugirió.

—Mmm... ¡Italiano! Prefiero el italiano.

—Italiano entonces. Pero debes darme tu palabra de que mañana estudiarás álgebra sin rechistar.

—Lo prometo.

Andrew salió de debajo de la cama sujetándose la cabeza para poder soportar el dolor punzante que sentía en la base del cráneo, tomó a la pequeña de la mano y se dirigió hacia la tercera planta, donde estaban las habitaciones de los niños y la sala de estudio de Marianne. La señora Beatty estaba sentada frente a su escritorio tomando algunas notas, y suspiró cuando vio a la niña llegar acompañada por su hermano mayor.

—Al fin aparece, señorita Marianne —dijo levantándose—. ¿Dónde se había metido?

La niña se escondió tras las largas piernas de su hermano y asomó la nariz por un lateral, mirando a la institutriz con una disculpa.

—Ha sido culpa mía, señorita Beatty —se disculpó el hombre—. Acaparé la atención de mi hermanita más de lo necesario.

La mujer le miró con una ceja arqueada sin creer ni una sola palabra, pero no dijo nada.

—¿Cree usted que sería posible dejar el álgebra para mañana? —sugirió Andrew—. Podrían estudiar italiano en su lugar esta tarde. Marianne está algo cansada y el álgebra requiere de toda su atención.

La señorita Beatty miró a uno y otro durante un momento con los brazos cruzados.

—Si cambiamos la clase de italiano, mañana deberán ser dos horas de álgebra —sugirió.

Andrew sonrió al escuchar el quejido de Marianne a su espalda, pero no la miró.

—Me parece justo —dijo en cambio—. ¿Tú qué dices, Marianne?

—Traidor —protestó ella en un susurro.

—¿Qué has dicho, jovencita? —preguntó la institutriz con una ceja arqueada.

—He dicho que me parece justo, señorita Beatty —respondió la niña saliendo de su escondite.

—Es lo que pensaba.

Andrew se despidió de la mujer con un guiño y salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Bajó al salón, donde le esperaban una humeante taza de café y un par de tostadas con mantequilla recién batida. Se sentó para degustar su desayuno y Elijah entró en la estancia poco después mirándole con una sonrisa. Ambos hermanos se fundieron en un cálido abrazo y el menor se dejó caer a su lado.

—¿Cómo ha ido todo en la universidad? —preguntó Andrew.

—Bastante bien, a decir verdad. Mi profesor me ha dicho que si sigo como hasta ahora me recomendará para un puesto en el laboratorio de astronomía de la universidad cuando me gradúe.

—¡Eso es estupendo! —exclamó su hermano.

—Sí que lo es. ¿Dónde están todos? He ido a buscar a Marianne, pero me ha dicho la señorita Beatty que ha desaparecido.

—Ya vuelve a estar en sus manos, se escondió bajo mi cama porque odia el álgebra.

—Pobrecita —rio Elijah.

—La engatusé para que volviera al aula, pero creo que el trato al que he llegado con la señorita Beatty no le ha hecho demasiada gracia. Me ha llamado traidor.

—¿A ti?

—A mí. Supongo que por unas horas no seré su hermano favorito, tienes tu oportunidad para serlo. ¿Cuándo vuelves a la universidad?

—Dentro de una semana. Como aún no tengo que acudir a los bailes de la temporada no puedo estar holgazaneando demasiado tiempo.

—Mamá está insistiendo en que debo buscar una nueva esposa.

—¿Estás preparado para ello?

—No, no lo estoy. Aún la echo terriblemente de menos, Ely. No he podido volver a dormir en nuestra habitación porque su recuerdo me atormenta día y noche.

—Díselo a nuestra madre.

—Se lo he dicho, pero aunque aparenta aceptar mi decisión no cesa en su empeño de verme casado de nuevo. Ya me ha presentado a siete debutantes, cada una peor que la anterior.

—Eres adulto, puedes tomar tus propias decisiones.

—Soy adulto, sí... y el próximo conde de Onslow. Tengo obligaciones con el título que no puedo eludir por más que me gustaría hacerlo.

—Te compadezco, hermano —dijo el menor.

—Si de mí dependiera permanecería solo el resto de mi vida. Ya os tengo a vosotros para heredar el título y darme herederos.

—Clement está antes que yo, aún tengo la oportunidad de librarme de ese sufrimiento.

La matriarca de los Pennington entró en el salón, miró a su hijo mayor con fastidio y se sentó a desayunar sin dirigirle la palabra.

—Buenos días, mamá —dijo Andrew al ver que no decía nada.

—Espero que te estés muriendo por todo lo que bebiste anoche, o de lo contrario te mataré con mis propias manos por terminar en ese estado —amenazó Violet.

—Ni siquiera recuerdo en qué estado llegué anoche —reconoció el aludido.

—Gracias a Dios Christian te encontró y te trajo sano y salvo a casa. Estabas tan borracho que ni siquiera te acordabas de tu propio nombre.

—Lo siento, no se volverá a repetir.

—¡Por supuesto que se volverá a repetir, como las tres veces anteriores! —exclamó Violet poniéndose de pie— ¿En qué estás pensando, Andrew? ¿Pretendes dejarte morir para

poder estar con ellos?

Andrew torció el gesto cuando una punzada de dolor le atravesó el pecho. Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—No, no es eso lo que pretendo —susurró.

—¿Entonces por qué bebes hasta perder el sentido, dime? ¿Crees que el alcohol logrará hacer que el dolor desaparezca? Pues déjame sacarte de tu error, Andrew. El alcohol solo sirve para adormecer ese dolor por un momento, cuando vuelves a estar sobrio regresa con mucha más fuerza.

—Ya lo sé —reconoció con voz ronca.

Violet suspiró y volvió a sentarse junto a su hijo. Tomó su mano entre las de ella y la apretó con fuerza.

—No soy capaz de imaginarme el dolor que debes haber sufrido al perder a la mujer que amabas —continuó—. No puedo ni imaginarlo. Pero la vida continúa, eres el heredero del título y tienes que seguir adelante.

—¿Cómo voy a hacerlo? Ni siquiera soy capaz de dormir, mamá. No soy capaz de entrar en la habitación que compartía con ella. ¿Cómo...

—Remodelaremos tu habitación —le interrumpió—. Cambiaremos la decoración y los muebles para que nada te recuerde a ella, y si aun así eres incapaz de dormir, te acomodaré en otra habitación.

—De acuerdo.

—Y vuelve a la sociedad —continuó—. Tu luto terminó hace meses, es hora de que empieces a pensar en volver a casarte.

—Sé que tienes razón, pero...

—No digo que te cases mañana mismo, Andrew. Solo que tengas en mente que debes hacerlo. Esta tarde la señorita Berrycloth irá a tomar el té a casa de los Carisbrooke y hemos recibido también una invitación. ¿Por qué no te ofreces a acompañarla?

—La señorita Berrycloth no es de mi agrado, mamá. Tendré en mente buscar una esposa, pero seré yo quien la elija.

—Está bien.

—Y por favor, no se te ocurra esta vez decir a los cuatro vientos que vuelvo a estar en el mercado. Este año no tengo ni humor ni ganas de volver a lidiar con madres a la caza de un marido para sus hijas.

—¿Puedes al menos darle una oportunidad a la señorita Berrycloth? —insistió su madre — Estoy segura de que cuando la conozcas...

—Mamá...

—Yo os acompañaré —se ofreció Elijah.

—¿No prefieres quedarte en casa a descansar? —preguntó Violet.

—No estoy cansado. El viaje no es muy largo y he venido durmiendo casi todo el camino.

—De acuerdo —suspiró al fin Andrew—. Acompañaré a la señorita Berrycloth al té de la tarde. Iré a escribirle una nota...

—No te preocupes, ya lo he hecho yo por ti —le interrumpió su madre.

—¡Mamá!

—No la he enviado —se defendió—, pero la escribí con la esperanza de que aceptaras mi proposición.

—Eres incorregible —suspiró su hijo.

—Soy tu madre y solo quiero lo mejor para ti.

Violet besó a sus dos hijos y salió de la habitación, dejándoles de nuevo a solas. Andrew enterró la cabeza en las manos y gimió.

—¿Berrycloth? —preguntó Ely— No creo conocerla.

—Esta es su primera temporada, por eso no la conoces.

—¿Tú la conoces?

—Su hermana era amiga de Charlotte. La vi alguna que otra vez cuando venían juntas de visita a casa.

—Pero, ¿es bella?

—No especialmente. ¿Por qué? ¿La quieres para ti?

—¡Dios, no! —exclamó Elijah simulando un escalofrío— Aún falta mucho tiempo para que yo empiece a pensar en el matrimonio.

—Tienes suerte.

—¿Vas a volver a casarte por amor?

—Jamás amaré a nadie más que a Charlotte, por lo que cualquiera me sirva.

—¿Y por qué rechazas a la señorita Berrycloth?

—Porque su voz nasal me saca de quicio. No puedo ni imaginarme escuchándola todos los días de mi vida.

—Tal vez conozcas a alguien que logre enamorarte de nuevo, Andrew. Aún eres muy joven y...

—Mi corazón murió con Charlotte y nuestro hijo, hermano —dijo Andrew levantándose—. Creo que es hora de que subamos a vestirnos, no debemos hacer esperar a la señorita Berrycloth.

Se puso uno de sus nuevos trajes, el de color vino tinto, y bajó para reunirse con su hermano. Tomó su sombrero y subió al carruaje seguido del menor, que se repantigó en el asiento frente a él para mirar por la ventana.

—Deberías haberte quedado en casa —dijo Andrew al verle bostezar por tercera vez—. Pareces cansado.

—No habrías venido si no te hubiera acompañado, hermano. Ya descansaré cuando estemos de vuelta en casa.

—Solo tengo que ser la compañía de esa mujer durante un par de horas, soy perfectamente capaz de hacerlo solo.

—Qué descortés por tu parte hablar así de una dama solo porque te da escalofríos su voz —le riñó su hermano.

—No me malinterpretes, Ely. Estoy seguro de que la señorita Berrycloth es exquisita. Es más, fui testigo de sus excelentes modales y su buena conversación cuando venía a visitar a Charlotte la temporada anterior. No quiero que creas que es una dama insoportable, porque no lo es.

—¿Sabes lo que yo creo? Que estás buscando una excusa irrisoria para descartarla como esposa porque no soportas la idea de volver a casarte.

—No es una excusa irrisoria.

—Desde luego que lo es. Como tú mismo has dicho, no la ves desde que Charlotte murió, seguramente ha madurado y su voz haya cambiado.

—Si tienes razón, si después de esta tarde descubro que me agrada estar en su compañía, me plantearé seriamente casarme con ella.

—No estoy diciendo eso, maldición.

—Ya lo sé, hermano. Pero como ya he dicho, me sirve cualquier dama, puesto que mi corazón es defectuoso.

—Espero que algún día te enamores y tengas que tragarte esas palabras. Odiaría verte atrapado en un matrimonio sin amor.

—Dudo mucho que ese día llegue, Ely. Charlotte para mi corazón es insustituible.

La tarde habría sido completamente monótona de no ser por la compañía de Elijah. La señorita Berrycloth apenas hablaba, se mostraba cabizbaja y apenas le prestaba atención.

—¿Le ocurre algo, señorita Berrycloth? —preguntó en un momento en el que la conversación no estaba dirigida a ellos.

—Oh, discúlpeme, milord. Creo que me siento un poco acalorada.

—¿Le gustaría dar un paseo?

—Se lo agradecería.

Tras pedir permiso a la acompañante de la señorita Berrycloth, le ofreció el brazo a la dama y salieron a dar un paseo por el jardín.

—Quería decirle que siento mucho su pérdida, milord —comenzó a decir ella—. No pude acudir al funeral de su esposa y...

—Se lo agradezco.

—Ha debido ser muy duro para usted.

—Ella ha sido el amor de mi vida, señorita Berrycloth. Siempre lo será. No solo perdí a mi esposa, sino también mi corazón.

—¿Quiere decir eso que no volverá a casarse?

—Debo hacerlo. Mi posición me obliga a hacerlo.

—Es una pena que su próxima esposa no tenga la oportunidad de ser la receptora de su amor, milord. Yo sería incapaz de casarme con alguien que no me ama.

—Es usted joven y hermosa, señorita Berrycloth. Estoy seguro de que encontrará a muchos caballeros que caigan rendidos a sus pies.

Caminaron en silencio uno junto a otro hasta la entrada de la mansión, donde el resto de invitados se despedía de sus anfitriones.

—Ha sido un paseo agradable, milord —agradeció la joven—. Se lo agradezco mucho.

—Ha sido un placer.

—Espero que podamos ser amigos en un futuro, milord. Creo que necesita rodearse de personas que se preocupen por usted.

—¿Se preocupa usted por mí? —se sorprendió.

—Lo haré a partir de ahora. Rezaré porque logre curar su alma y superar una pérdida tan terrible.

—Se lo agradezco.

Andrew y Elijah observaron a la dama subir los escalones de la entrada, darse la vuelta justo antes de entrar en la vivienda y dedicarle una tierna sonrisa.

—Seguramente estás dejando marchar a una auténtica joya, hermano —dijo Elijah.

—Lo sé.

—Podrías pedir su mano. Estoy seguro de que lord Berrycloth te la concedería encantado.

—Es cierto, pero es una buena mujer. Se merece a alguien que sea capaz de colmarla de amor y atenciones, y ese no soy yo. Venga, regresemos a casa. Debes estar cansado... y yo tengo que cumplir la promesa que le he hecho a mamá de no volver a beber.

Capítulo 2

Al llegar a casa, Elijah se despidió de su hermano para ir a descansar. Andrew subió a su habitación a dormir también, al menos hasta la hora de tener que alistarse para acudir al baile de los marqueses de Camden, amigos de su tía Federica. Hacía unos días le había dicho a su madre que no acudiría, pero en vistas de que debía buscar una nueva esposa y que había prometido no volver a beber, cambió de opinión. El baile de los Camden había sido siempre una de las veladas de la temporada a la que Andrew acudía con más entusiasmo. El marqués poseía una habitación repleta de reliquias que había encontrado en Egipto en sus años de juventud y Andrew disfrutaba enormemente de las muchas historias que le contaba mientras le enseñaba cada una de ellas con absoluta reverencia. A él le habría encantado hacer un viaje por aquellas tierras e incluso adentrarse en el mundo de la arqueología, pero por el momento no había podido verlo hecho realidad. Tal vez estuviera esa noche de suerte y podría refugiarse con el marqués en su pequeño museo personal.

Llamó a su ayuda de cámara y se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas.

—Buenas tardes, milord —saludó August con una inclinación de cabeza—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Buenas tardes, August. He decidido que acudiré esta noche al baile de los Camden. Prepárame el traje azul oscuro, por favor.

—Por supuesto, milord. Me alegra mucho que haya decidido empezar a relacionarse de nuevo con la sociedad.

—Solo lo hago para no entristecer más a mi madre, August. Si de mí dependiera me quedaría encerrado en esta habitación hasta el día de mi muerte.

—No diga eso, milord. Aún es joven y le queda mucha vida por delante.

—Voy a descansar un poco antes de prepararme para el baile, despiértame con tiempo de sobra para alistarme.

—Con gusto, milord.

Cuando se despertó horas más tarde, el atardecer había teñido de tonos anaranjados las paredes de su habitación. Tras arreglarse, tomó los guantes del tocador y subió al dormitorio de su hermana para despedirse de ella. Marianne estaba jugando con sus muñecas y le miró con una radiante sonrisa al verle. Andrew se puso en cuclillas junto a ella y la besó en la coronilla.

—¿Al final irás al baile? —preguntó Marianne.

—Debo hacerlo —respondió él poniendo un gesto triste en su rostro.

—Qué aburrido. Cuando sea mayor no iré a ningún baile, me quedaré en casa con mis preciosos libros.

—No puedes hacer eso —rio Andrew—. Debes presentarte en sociedad para encontrar un buen marido con el que casarte.

—No me casaré con nadie si no es como tú.

—¿Y cómo soy yo?

—Un caballero muy apuesto —sonrió su hermana—. Clement también es apuesto, pero

no es ningún caballero.

—¿Cómo es eso?

—Le he visto.

—Le has visto, ¿cómo?

—Besando a una de las sirvientas. A Catalina. La tenía acorralada en la alacena y ambos se reían.

—Voy a matar a Clement —susurró para sí mismo—. Seguro que estaban jugando a las escondidas, pequeña.

—No lo estaban. No sabían que yo estaba leyendo en la alacena y cerraron la puerta. Estaba bastante oscuro, pero pude ver cómo Clement metía la lengua en la boca de Catalina. Fue repugnante, la verdad.

—¿Y me puedes decir por qué estabas leyendo metida en la alacena? La señora Porter te ha reñido varias veces por asustarla, Marianne.

—Es el único lugar donde puedo estar tranquila. En la biblioteca siempre hay alguien que me molesta, y en mi habitación siempre está la señorita Beatty hablándome sobre normas del decoro.

—Habla de esto por la mañana —protestó él mirando el reloj de pared—. Debo irme o papá me reñirá. ¿Me das mi beso de buenas noches?

Marianne rodeó el cuello de su hermano con los brazos y dejó un húmedo beso en su mejilla. Él se lo devolvió, le revolvió el cabello para disgusto de la señorita Beatty y se marchó. Su madre se encontraba en el recibidor acompañada de Clement, que daba vueltas como un lobo enjaulado, y Elijah, que le miraba divertido desde un rincón. Cuando le vio bajar las escaleras los ojos de la mujer se empañaron y se los secó disimuladamente con el borde de su pañuelo.

—¿Has decidido venir con nosotros? —preguntó Elijah, a lo que él asintió.

—He pensado que el baile de los Camden es la mejor opción para volver a la sociedad —explicó—. Si veo que es demasiado para mí puedo refugiarme en su despacho.

—Me alegra que te estés esforzando tanto, cariño —dijo la condesa besando a su hijo en la mejilla.

El conde bajó las escaleras poniéndose los guantes y se detuvo en seco al ver a su hijo esperando junto a la entrada.

—¿Es cierto lo que ven mis ojos? —preguntó— ¿Has decidido al fin dejar la botella y volver a ser una persona normal?

—Por favor, Harvey... —imploró su mujer.

—Tienes razón, querida, lo siento —suspiró el conde—. Me alegro de que hayas regresado al mundo de los vivos. Ya es hora de que vuelvas a ser tú mismo.

—Siento haber sido un incordio —protestó Andrew.

—¿Incordio? —rio su padre— ¡Me has quitado diez años de vida, maldición! ¿Crees que no ha sido doloroso ver cómo mi hijo se destruye poco a poco? ¿Crees que nosotros no estamos sufriendo tanto como tú?

Ni siquiera se había parado a pensar en ello. No se le había pasado por la cabeza lo que sus actos podrían haberle causado a sus padres o sus hermanos. Había estado tan sumido en la pena y el dolor que no había pensado más que en sí mismo. Suspiró.

—De veras siento mucho haberos causado tanto sufrimiento —añadió con sinceridad—. Te doy mi palabra de que a partir de ahora voy a intentar superarlo sin destruirme a mí mismo.

Harvey bajó los escalones que le separaban de su hijo y le abrazó con fuerza. Andrew suspiró y se refugió en aquel abrazo como tantas veces había hecho siendo niño, y también

cuando se enteró de que Charlotte no volvería a estar nunca a su lado. Su padre había sido su baluarte en el peor momento de su vida y le estaría eternamente agradecido por ello. Cuando se separaron, el conde carraspeó para disimular el nudo que se le había formado en la garganta y adelantó la marcha con su esposa colgada del brazo. Andrew se puso a la altura de sus hermanos y miró a Clement con fastidio.

—¿Qué he hecho ahora? —suspiró Clement.

—Ya hablaremos muy seriamente mañana —respondió Andrew sin mirarle—, cuando nuestros padres no puedan oírnos.

—¿No vas a darme ni una sola pista de lo que ocurre?

—La alacena. Esta tarde.

Clement cambió de color inmediatamente, para satisfacción de Andrew.

—Te has puesto blanco, Clement —rio Elijah—. ¿Qué has hecho esta vez?

—No me digas que Marianne nos ha visto...

—Sí, botarate —susurró—. Estaba leyendo en la alacena y te encerraste con ella... y Catalina.

—Maldición...

—Creo que no tengo que ser muy listo para averiguar lo que hacías con Catalina en la alacena —dijo Elijah golpeando a su hermano—. ¿No vas a cambiar nunca?

—No sabía que nuestra hermana estaba allí, maldición.

—Dale gracias a que no podemos llegar tarde al baile, pero mañana te juro que te haré pagar tu descuido —amenazó Andrew.

—Lo siento, yo...

Andrew levantó una mano para detener la conversación. Llegaron al baile de los marqueses de Camden y su madre se alejó hacia un grupo de matronas a las que conocía. Un camarero pasó por delante de ellos ofreciendo copas de champán, pero Andrew descartó la suya con un gesto de la mano.

—¿No vas a beber ni una copa? —preguntó Clement.

—No voy a probar el alcohol en mucho tiempo —respondió—. No quiero terminar sin sentido de nuevo.

—Veo que has decidido empezar de nuevo... Bien hecho. Si me disculpáis, voy a echar un vistazo al salón de juego. Estoy seguro de que habrá cosas mucho más interesantes que hacer allí que ver a un grupo de debutantes intentando cazar un marido.

Elijah y él observaron a Clement dirigirse hacia el salón donde habitualmente el marqués organizaba partidas de cartas.

—Puedes irte también, Ely —dijo Andrew sin mirarle—. No voy a hacer nada que pueda dejarnos en evidencia.

—No me interesan demasiado los juegos de cartas y no tengo ninguna intención de sacar a alguna debutante a bailar.

—¿Prefieres aburrirte con tu hermano mayor?

—Mi hermano mayor es realmente divertido, solo necesita superar su dolor.

Andrew palmeó la espalda de su hermano menor y se dirigieron juntos a la mesa de los refrigerios. Tomó un vaso de limonada fresca y dieron un paseo por los alrededores de la pista de baile. Andrew era consciente de las miradas compasivas, de los susurros mal disimulados y de las conversaciones sobre él. Pero no hizo caso a nada de eso, intentó entablar una conversación con algunos de sus conocidos y se apoyó en la compañía de Ely durante gran parte de la velada.

—No puedo más —susurró al cabo de un rato.

—¿Quieres que nos vayamos? Hablaré con papá y...

—No, solo necesito escapar un momento. Iré al despacho de lord Camden a rodearme de la tranquilidad de sus hallazgos arqueológicos, volveré en un momento.

Se dirigió hacia el pequeño salón donde el marqués poseía sus tesoros más preciados. El mayordomo que custodiaba la puerta hizo una reverencia y le dejó pasar. Lord Camden guardaba sus hallazgos con mucho celo, pero Andrew era una de las pocas personas que tenían permitido entrar en aquella habitación siempre que quisiera.

—Supuse que te encontraría aquí.

Andrew se volvió sonriendo hacia el caballero, que se situó junto a él balanceándose sobre sus dos pies.

—Demasiado para ti, ¿me equivoco? —continuó.

—No, no se equivoca. Creo que es muy pronto para volver a la sociedad.

—Siempre es pronto para volver a la sociedad, hijo. Ese grupo de arpías y cotorras pueden volver loco al más cuerdo.

—Veo que no ha viajado este invierno.

—No he tenido oportunidad. Sufrí una caída que me ha tenido inmóvil durante meses, y cuando estuve recuperado había que prepararlo todo para el inicio de la temporada. Mi nieta se presenta en sociedad este año y mi esposa está más emocionada que ella misma.

—Recuerdo lo emocionada que estaba mi madre cuando decidí casarme hace unos años —sonrió Andrew—. Entiendo a qué se refiere.

—Yo insisto en que contraiga un matrimonio ventajoso, pero mi esposa está empeñada en que dicho matrimonio será por amor. ¿Qué opinas tú?

—Mi matrimonio fue por amor, lord Camden. Aunque fue un matrimonio verdaderamente fugaz, fue el año más feliz de mi vida. No creo poder amar a nadie como amé a mi esposa, milord.

—Sin embargo, ahora eres infeliz. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Estoy muerto en vida sin ella, es cierto, pero prefiero esto mil veces a no haber experimentado la dicha de amar y ser amado.

—No quiero ver a mi nieta en tu estado, maldición.

—No piense que su destino será igual al mío. Piense que ella será feliz y dichosa durante el resto de su vida.

—¿Crees entonces que debo permitirle buscar el amor?

—Creo que debería insistirle en que no se case si su amor no es correspondido, de hecho. Créame, el matrimonio de mis padres fue por amor, y le aseguro que no hay personas más dichosas en el mundo entero que ellos.

Salió de aquella habitación como alma que lleva el diablo. Tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar. Había ido allí a buscar un poco de paz y se había encontrado con más desasosiego que antes. En su prisa por volver junto a su hermano no vio a Christian, que le detuvo tomándole del brazo.

—¿Andrew? —preguntó extrañado— ¿Qué haces aquí?

—¿Podemos hablar fuera? Necesito un poco de aire fresco.

—Por supuesto.

Su amigo le siguió hasta las puertas dobles que daban al jardín. Se perdieron por los parterres de flores hasta encontrar la escondida glorieta, donde Andrew se dejó caer en uno de los bancos de forja escondiendo la cabeza entre las manos.

—¿Estás bien? —preguntó Chris.

—No lo estoy —susurró Andrew—. Debería haberme quedado en casa, aún es demasiado pronto para esto.

—¿Qué ha pasado?

—Nada en particular, pero es abrumador estar sin ella. No puedo sacármela de la cabeza, Chris... Es imposible hacerlo.

Su amigo se sentó a su lado apretándole el hombro para infundirle ánimo.

—Al menos esta vez no has recurrido al alcohol —dijo.

—No creas que es por falta de ganas. Le he prometido a mi madre que no volveré a verme en el estado en el que llegué anoche. Por cierto, gracias por llevarme de vuelta a casa.

—De nada.

—¿Cómo me encontraste?

—Alguien conocido envió a un mozalbete a decirme que estabas en *El ganso dorado*. Te encontré dormido sobre una de las mesas, y el tabernero me dijo que nadie había sido capaz de sacarte del local.

—Anoche fue realmente espantoso —susurró—. No podía dormir y los gritos de Charlotte durante el parto resonaban con fuerza en mi mente. Me sentí tan culpable, Chris... Si no la hubiera dejado embarazada ahora mismo estaría viva.

—No debes culparte, Andrew. Nadie tiene la culpa de lo que le pasó a Charlotte. Su salud era muy delicada y Dios decidió llevársela cuando tu hijo falleció. Debes dejarlos ir de una buena vez.

—Sé que tengo que hacerlo, pero ¿cómo? Ellos son mi familia, Chris... son mi vida.

—Tu madre y tu padre también son tu familia. Clement y Elijah también lo son. La pequeña Marianne te necesita. Hazlo por ellos, amigo... haz un esfuerzo.

Andrew miró a su amigo y asintió, ganándose un apretón en el hombro. Regresaron al baile y buscó a su padre, a quien encontró hablando con su mejor amigo, el marqués de Waterford. Harvey y el marqués llevaban muchos años siendo amigos, y para él y sus hermanos Abraham era parte de la familia.

—Buenas noches, Abraham —saludó.

—Buenas noches, hijo —respondió el marqués—. Me alegra verte.

—Lo mismo digo, milord. Padre, ¿puedo marcharme a casa? Me encuentro bastante cansado.

—Avisaré a tu madre y tus hermanos y nos iremos —respondió su padre.

—No es necesario, tomaré un coche de alquiler y volveré solo a casa.

—Por supuesto que es necesario. Ya hemos hecho lo que veníamos a hacer aquí, regresaremos todos juntos.

—No tienes que vigilarme, papá. No voy a beber.

—No quiero vigilarte. También estoy cansado, acabo de decírselo a Abraham.

—Es cierto —coincidió el marqués—. Tu padre estaba diciendo que quería marcharse lo antes posible.

—¿Seguro que no le apoyas porque es tu amigo? —preguntó Andrew mirando al marqués con una ceja arqueada.

—¿Por quién me tomas, jovencito? —protestó Waterford mirándole con fastidio— Un poco de respeto, que puedo ser tu abuelo.

—Hablo en serio, Andrew... —insistió su padre— Confío plenamente en ti, pero ya estoy cansado. No voy a casar por el momento a ninguno de mis hijos y sabes que no me gustan demasiado estos eventos.

—Muy bien, iré a buscar a mamá y a mis hermanos.

Encontró a su madre sentada en la terraza con algunas amigas, y a Elijah charlando con sus amigos de la universidad. Se dirigió al salón de juegos para encontrarse con Clement... a quien encontró apostando su reloj de oro.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —espetó.

—Andrew... No voy a perder, ya lo verás.

—Caballeros, mi hermano se retira ahora mismo —dijo tomando el reloj de la mesa—. Si nos disculpan...

—¡No! —exclamó Clement— ¡Es mi partida ganadora, Andrew! ¡Tengo un palpito, te lo aseguro!

—Si no mueves tu culo hacia la puerta en este mismo momento te aseguro que no solo tendrás un palpito... sino mi puño adornando tu estúpida cara.

Clement se mordió el labio, pero se despidió del resto de jugadores y siguió a Andrew hasta la salida de la mansión, donde el mayor se enfrentó a él.

—¿En qué demonios estabas pensando para apostar tu reloj, Clement? —espetó.

—No iba a perder —insistió el menor.

—¡Por supuesto que ibas a perder! ¡Esos hombres estaban compinchados para desplumarte, maldición!

—¡Son mis amigos!

—¡Un amigo no te permitiría apostar hasta perder el maldito reloj!

—Es solo un reloj, Andrew. No seas aguafiestas.

—¿Pero tú te has visto, Clement? ¡Parecías un loco ahí dentro!

—Estás exagerando, como de costumbre.

Andrew le tomó del cuello de su camisa y lo estampó contra la puertezuela del carruaje, poniendo nerviosos a los caballos.

—Óyeme bien porque solo voy a decírtelo una vez, Clem —dijo con los dientes apretados—. Como vuelva a pillarte apostando te juro por Dios que hablaré con papá para que te quite tu asignación.

Clement se zafó del agarre de su hermano y le propinó un puñetazo.

—¿Crees que puedes darme lecciones, hermano? —respondió Clement— ¡Al menos yo no estoy muerto en vida como tú! ¿De veras Charlotte merecía tanto sufrimiento?

Andrew se lanzó sobre su hermano y comenzó la pelea. Ni siquiera se dio cuenta de que su familia llegaba, solo que fue separado de su hermano por Elijah y que su padre se interpuso entre los dos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —espetó el conde.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Andrew se limpió la sangre de la comisura de la boca y Clement se dedicó a mirar al vacío.

—¿No pensáis decir nada? —insistió el conde— Bien, hablaremos en casa. ¡Andando!

Andrew se subió al carruaje y se pasó la mano por el rostro magullado. Al día siguiente tendría un ojo morado, pero estaba seguro de que Clement no luciría mejor aspecto. Su hermano empezaba a tener un problema con el juego, y él no permitiría que se viera arruinado.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Andrew se despertó con un terrible dolor en el rostro. Se pasó la mano por la mejilla para comprobar que, efectivamente, debía tener un buen moretón. Su ayuda de cámara entró en el dormitorio poco después para encender el fuego de la chimenea, y casi se cae del susto al ver el rostro maltrecho de su señor.

—¡Por Dios santo, milord! —exclamó— ¿Qué demonios le ha pasado?

—¿Tan mal se ve, August? —preguntó con fastidio.

—Peor... parece como si le hubiera pisado la cara un elefante. ¿Hago venir al médico?

—No será necesario, un poco de hielo calmará la hinchazón.

—No creo que un poco de hielo sea suficiente.

—Por favor, August —le interrumpió—. Pretendo evitar a mi padre tanto como pueda, ¿sí? Me va a caer una buena reprimenda por haber peleado anoche con mi hermano.

—Como desee, milord, pero le advierto que esa hinchazón no desaparecerá para el baile de esta noche.

—Rezaré para que sí lo haga.

August salió de la habitación y Andrew se bajó las mantas hasta la cintura. Estaba cansado, no había podido pegar ojo en toda la noche pensando en lo que podía hacer con su hermano y el dolor en la mejilla no ayudaba demasiado. No supo cuánto tiempo había pasado desde que August se marchó, pero volvió con una palangana de agua con hielo, un bote de ungüento y algunas toallas. Envolvió un gran trozo de hielo en una de ellas y lo colocó sobre el rostro de Andrew, que siseó cuando el frío paño tocó su rostro maltrecho.

—Sujételo ahí un buen rato, voy a prepararle una infusión de corteza de sauce para el dolor —dijo el sirviente.

—Gracias, August.

—¿Y puedo saber por qué ha peleado con el señor Clement?

—Descubrí que iba a apostar su reloj en una partida de cartas. Sabía que mi hermano apostaba de vez en cuando, pero no pensé que tuviera un problema con las apuestas.

—Tal vez debería haber hablado con él en vez de recurrir a la violencia, ¿no cree?

—Lo intenté, pero mi hermano dijo algo que me sacó de mis casillas.

—Usted es el mayor, debería ser el más responsable.

Observó al sirviente salir de nuevo por la puerta de servicio. Tenía razón, maldita sea, pero cuando Clement mencionó a Charlotte no pudo contenerse aunque hubiera querido. Cerró los ojos y soportó el frío tanto como pudo, pero al cabo de un rato dejó caer el trapo y el hielo en la jofaina. Se tomó la infusión en cuanto August se la entregó y se cubrió con las mantas hasta la cabeza para dormir un poco más.

—Que nadie me moleste, August, por favor —pidió—. Súbeme la comida cuando sea la hora, no voy a bajar al comedor.

—Como guste, milord.

—En cuanto a mis hermanos...

—Impediré que le molesten, señor.

—Gracias.

Durmió hasta cerca del mediodía. Se levantó cuando August llegó con el almuerzo... seguido de Marianne.

—Lo siento, milord, pero no he podido evitar que la pequeña me siguiera —se disculpó el sirviente.

—No te preocupes, sé bien que este pequeño diablillo hace lo que le viene en gana —dijo sentándose en la cama.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la niña mirando su rostro, que por fortuna empezaba a volver a la normalidad.

—Me he caído esta mañana del caballo —mintió.

No había ninguna necesidad de que la pequeña supiera que sus hermanos mayores habían peleado. Marianne posó una pequeña manita sobre la zona dañada, tan suavemente como las alas de una mariposa, haciendo sonreír a su hermano.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

—No ahora que me has curado.

Marianne rio, como esperaba.

—¡Si no he hecho nada! —exclamó.

—¿De veras? Debes ser un hada, porque desde que me has tocado no me duele nada.

—Eres un mentiroso, pero te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña.

—¿Por qué no bajas al comedor? Papá ha estado protestando porque te has quedado en la cama. Clement tampoco ha bajado, pero ha cerrado la puerta y no puedo entrar a ver qué le pasa.

—Clement también se ha caído del caballo —continuó la mentira—. Íbamos compitiendo en el parque y una rama nos derribó a ambos.

—Sois demasiado torpes —bufó la niña.

—Eso me temo. Ahora ve con la señorita Beatty, estará preguntándose dónde estás.

—La señorita Beatty cree que estoy durmiendo la siesta, así que seguramente sea ella quien esté durmiendo. ¿Quieres que me quede contigo y te lea un rato?

—Por favor...

Disfrutó del almuerzo mientras su hermana leía uno de sus cuentos. Cuando terminó, August se llevó los platos y Andrew se tumbó en la cama de nuevo, disfrutando de la compañía de la pequeña. Casi sin quererlo, se vio a sí mismo sentado en un cómodo sillón de orejas con su hijo no nacido sentado sobre sus rodillas. Sería tan hermoso como Marianne, sino más. Tendría por supuesto los ojos de los Pennington, aunque habría heredado los rasgos de su madre. Sería él quien leyera aquel cuento, y el pequeño estaría empezando a quedarse dormido. Una lágrima solitaria rodó por su maltrecha mejilla. Andrew había querido ser padre desde que Marianne nació. Se había sentido tan protector con ella que deseó tener sus propios hijos en un futuro, pero el destino cruel le arrebató ese privilegio mucho antes de lo que pensó. Ni siquiera había tenido la oportunidad de ver el rostro de su pequeño. Solo supo que era un niño porque el doctor se lo había dicho, pero no le había permitido ver el cadáver de la criatura.

Su madre entró en la habitación en ese momento como una exhalación y Andrew se limpió las lágrimas para que no volviera a verle llorar.

—¡Aquí estás! —exclamó Violet— Te he buscado por todas partes, Marianne. La señorita Beatty...

Se detuvo de golpe a los pies de la cama cuando vio el rostro maltrecho de su hijo.

—¡Por Dios santo, Andrew! —exclamó— ¡Tu cara!

—Se ha caído del caballo, mamá —explicó Marianne inocentemente—. Clement también se ha caído, pero no puedo entrar a su cuarto para ver cómo se encuentra.

—Así que tus hermanos se han caído del caballo, ¿mmm? —insistió su madre mirando a Andrew con fastidio.

—Son tontos, ¿verdad? Caerse los dos al mismo tiempo... —rio la pequeña.

—¿Por qué no vuelves a tu habitación, cariño? La señorita Beatty te espera para jugar con tus muñecas y yo tengo que hablar con tu hermano.

—¿De verdad me espera para jugar y no para dar clase?

—Te lo prometo.

Marianne besó a su madre y a su hermano y salió corriendo de la habitación. Violet se aseguró de cerrar la puerta y se sentó junto a Andrew, mirándole con seriedad.

—Sé bien que no te habrías enzarzado en una pelea con tu hermano si no tuvieras un motivo de peso, Andrew —dijo—. ¿Qué pasó anoche para que terminaseis de esa forma?

—Creo que Clement tiene un serio problema con el juego.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Cuando fui a avisarle de que nos marchábamos del baile estaba apostando su reloj.

—Entiendo...

—Sabes bien que papá nos ha insistido siempre en saber cuándo parar de apostar, pero él no respetó los límites. Le retiré de la apuesta y se puso como loco, jamás le había visto tan desesperado por algo en toda mi vida.

—¿Y por qué peleasteis al salir a la calle?

—Le reprendí por apostar el reloj e intenté hacerle ver que tiene un problema con el juego, pero dijo algo sobre Charlotte y... —Suspiró—. Sé que eso no es excusa para lo que ocurrió, pero estaba agobiado y me sacó de mis casillas. Lo siento.

—Hablaré con tu padre y le contaré lo que acabas de decirme —respondió Violet acariciando la mejilla sana de Andrew—. En cuanto a ese rostro maltrecho, haré llamar ahora mismo al doctor Baxter.

—No es necesario, estoy bien.

—No estás bien, Andrew. Estás hecho un desastre.

—Apenas se notará esta noche, lo prometo.

—No irás a ninguna parte esta noche, te quedarás en casa.

Violet se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo con la mano sobre el picaporte y volvió a mirarle.

—Creo que será mejor que olvidemos la idea de buscarte esposa hasta la próxima temporada —dijo.

—No es necesario, mamá. Tienes razón, es hora de que empiece a pensar en volver a casarme.

—Aún te duele demasiado la muerte de Charlotte, hijo, no creo que sea buena idea...

—Siempre me dolerá la muerte de Charlotte —reconoció en un susurro.

—Algún día lo superarás y volverás a enamorarte. Entonces...

—No amaré a nadie como la amaba a ella. Mi próximo matrimonio será una mera transacción de negocios.

—No digas eso... Odio que digas eso.

—Búscame algunas damas que sean adecuadas para mí. Las conoceré y elegiré a la más indicada para convertirse en la futura condesa de Onslow.

—¿Estás seguro de lo que me estás pidiendo?

—Lo estoy.

Violet asintió y se dio la vuelta para marcharse, pero las próximas palabras de su hijo la detuvieron de nuevo.

—Gracias, mamá —dijo Andrew.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por ser la mejor madre del mundo. Tenemos mucha suerte de tener unos padres como vosotros, solo quería que lo supieras.

—Que seamos los mejores padres del mundo no te libra de la regañina de tu padre. Lo sabes, ¿verdad?

—Créeme... Lo sé. Bajaré a verle dentro de un rato, cuando hayas hablado con él.

—Descansa un poco más entonces. Te avisaré cuando debas ir a su despacho.

Violet cerró la puerta de su hijo mayor con suavidad y suspiró. Por si no tenían suficientes problemas con el comportamiento de Andrew, ahora debían lidiar con los problemas de juego de Clement. Se dirigió hacia la habitación de su segundo hijo y golpeó con los nudillos al encontrarla cerrada.

—Abre la puerta, Clement —ordenó.

—Estoy durmiendo, mamá.

—Me da igual, ábreme inmediatamente.

Como esperaba, al escuchar el tono autoritario que tantas veces había usado cuando eran niños, Clement abrió la puerta de la habitación. Sin embargo, evitó mirarla a los ojos y corrió hasta la cama para impedir que su madre le viera la cara. La habitación estaba completamente a oscuras, pero Violet abrió los cortinajes de par en par y se volvió hacia su hijo con los brazos en jarras. Como esperaba, el rostro de Clement estaba tan magullado como el de Andrew, sino más. Tenía el ojo morado y el labio partido, pero nada de eso disminuiría su enfado por lo que le había contado Andrew hacía un momento.

—Aparenta estar peor de lo que es —susurró Clement.

—Te lo tienes merecido si lo que me ha contado tu hermano es cierto.

—Andrew siempre ha sido un bocazas.

—¿Es cierto que estabas apostando tu reloj? ¿Un reloj que tu abuelo, mi padre, te regaló?

—No iba a perder.

—¿Cómo puedes saber eso, dime? ¿Acaso eres Dios?

—Era mi partida ganadora.

—Ninguna partida es la ganadora si tienes que apostar algo que tiene tanto valor como el reloj, Clem. ¿Qué habrías hecho si hubieras perdido? ¿Apostar algo más para recuperarlo?

—Me riñes a mí, pero fue Andrew quien empezó la pelea, no yo.

—¿De veras? ¿Qué le dijiste a tu hermano sobre su difunta esposa?

Clement agachó la cabeza, avergonzado. La noche anterior, las palabras salieron de sus labios antes de darse cuenta y cuando quiso retirarlas había sido demasiado tarde. Tal vez su hermano lanzara el primer puñetazo, pero sus palabras hacia Charlotte habían sido muchísimo más hirientes que eso.

—Me disculparé con él por eso —reconoció—. Pero no tenía derecho a intervenir en mis asuntos.

—Oh... por supuesto que tiene derecho, Clem. ¿Crees que el peso que tu hermano lleva sobre los hombros solo le da obligaciones? Ser el heredero al título le hace responsable de todos nosotros cuando vuestro padre falte, por lo que también le da el derecho a intervenir si considera

que alguno está haciendo cosas que no debe.

—Todos los caballeros apuestan.

—Pero no todos lo hacen hasta quedarse sin un penique. Por tu bien espero que no vuelvas a llegar a ese extremo, o me veré obligada a hablar de esto con tu padre.

—No será necesario —dijo al cabo de un rato.

—Eso espero. Le he dicho a tu hermano que no acuda al baile de esta noche, y creo que tú tampoco deberías hacerlo. Podrías aprovechar para pedirle perdón a tu hermano y hablar con él de lo que ha pasado.

—No quiero hablar con él ahora.

—En ese caso, quédate en tu habitación y recapacita sobre tus actos.

Violet dejó a su hijo solo y se dirigió hacia el despacho de Harvey. En cuanto la vio, el conde apartó la silla del escritorio y abrió los brazos para sentar a su esposa sobre sus rodillas. La besó en los labios, saboreándola durante un buen rato, e intentó meter la mano bajo su falda aprovechando que no serían interrumpidos, pero ella le detuvo con un suspiro de cansancio.

—Me temo que ahora mismo no podemos, Harvey —dijo la condesa.

—¿Has averiguado algo sobre lo que pasó anoche?

—Me conoces demasiado bien —sonrió—. Tenemos un problema, mi amor. Un problema bastante grave.

—¿Qué ocurre?

—Anoche Clement apostó su reloj. Andrew detuvo la apuesta y al parecer Clem se puso como loco por no poder seguir jugando. Cuando salieron a la calle, Andrew intentó razonar con él y Clem dijo algo que no debía sobre Charlotte. Por eso pelearon.

—¿No crees que tal vez Andrew esté exagerando? Sabes que está muy irascible desde que Charlotte murió.

—Creo que esta vez no es así. Cuando he ido a increpar a Clem por la apuesta ha intentado excusarse diciendo que esa era su apuesta ganadora. Solo quienes tienen problemas de juego dicen esas cosas.

—Vigilaré a nuestro hijo más de cerca.

—Será lo mejor. Les he dicho a ambos que no vayan al baile de esta noche.

—Deberías obligarlos a ir como castigo.

—Ambos tienen el rostro deshecho, darían mucho de qué hablar después del numerito de ayer delante de todo el mundo.

—Tienes razón. ¿Hago llamar al médico?

—Ya lo he hecho yo, estará aquí en cualquier momento.

—¿Crees que es correcto que atienda a Andrew? Desde la muerte de Charlotte...

—Es el médico de la familia, deberá acostumbrarse.

—Como tú digas.

—Me ha dicho que le busque algunas candidatas para elegir esposa —susurró.

—Eso es bueno, ¿no crees?

—No, no lo es. No quiere encontrar el amor, Harvey. Me ha dicho que esta vez su matrimonio será una simple transacción de negocios.

—Bueno... te ha pedido tu ayuda, puedes buscar damas que se amolden a sus gustos. Tal vez alguna logre enamorarle.

—¿Pretendes que busque una copia de Charlotte?

—Si es lo que necesita para volver a ser feliz...

—No creo que funcione. Creo que lo que necesita es precisamente lo contrario... una

mujer que no se parezca en nada a ella.

—¿Por qué?

—Si se parece demasiado a Charlotte se sentirá culpable por desearla, así que se alejará inmediatamente de ella. Sin embargo, si la mujer es completamente distinta a ella tendrá una oportunidad de conquistarle... y con un poco de suerte y mucha ayuda divina será capaz de lograr que se enamore de ella.

—¿Tienes ya alguna candidata en mente?

—Ninguna, pero le pediré ayuda a lady Arden. Seguro que ella es capaz de encontrar algunas muchachas que sean del agrado de Andrew.

—Os deseo suerte a ambas. Y ahora —dijo mirando el reloj de pared— tenemos un par de horas para seguir por donde lo habíamos dejado, ¿no te parece?

—¿Y dónde lo habíamos dejado, milord? —preguntó Violet con picardía.

—Creo que intentando engendrar a nuestra segunda hija.

La ocurrencia de su marido la hizo reír a carcajadas.

—Dudo mucho que eso sea posible, milord —contestó sin dejar de reír.

—No perdemos nada por intentarlo, ¿mmm?

El conde introdujo la mano por debajo de la falda de la condesa dirigiéndola hacia su muslo... y no se escuchó sonido alguno en el despacho en lo que restaba de tarde.

Capítulo 4

Dos semanas más tarde, Andrew seguía sin dirigirle la palabra a su hermano Clement. Bueno, en realidad no se la dirigía siempre que sus padres no se encontraran cerca. Cuando alguno de sus dos progenitores se hallaba en la misma habitación que ellos se limitaban a decirse frases vanas en tono mortalmente formal para no tener que volver a recibir una reprimenda por parte de su padre, que la última vez resultó ser aterradora. Jamás había visto al conde enfadarse de aquella manera con uno de sus hijos, mucho menos con dos de ellos. Y era ese el único motivo por el que se encontraba sentado en el mismo salón que su hermano aparentando leer el periódico mientras tomaba el té de la tarde.

—Voy a salir —dijo Clement mirando su reloj, ese reloj que tan poco esfuerzo le costó apostar—. No me esperéis para cenar.

—¿A dónde vas? —preguntó su padre sin apartar la mirada de su lectura.

—Voy a encontrarme en el club con mis amigos y seguramente cenaré con ellos allí.

—Nada de apuestas —advirtió el conde.

—Lo sé, lo sé... No hace falta que me lo repitas cada vez que salgo por la puerta —protestó mientras se alejaba.

Violet se quedó mirando fijamente a su hijo mayor hasta que este bajó la página del periódico que leía para mirarla también.

—¿Qué? —preguntó.

—Deberías ir con él —sugirió.

—Clement ya es mayorcito para tener una niñera —protestó Harvey.

—Pero...

El conde suspiró y dejó el libro sobre la mesita de té.

—Si Andrew le sigue para vigilarlo las cosas empeorarán entre ellos —insistió mirando a su hijo—. ¿O acaso crees que no me he dado cuenta de que solo habláis cuando nosotros estamos cerca?

—Eso no es cierto —se apresuró a decir Andrew—. Nosotros...

—Vosotros no os miráis a la cara cuando estáis solos —interrumpió su padre—. No hace falta ser muy listo para saber eso.

—Y Marianne nos lo ha contado —admitió su madre.

—No entiendo por qué debo ser yo quien le dirija la palabra —protestó—. Fue él quien se pasó de la raya.

—Y tú eres el mayor —espetó su padre—. Clement es tu responsabilidad, al igual que Elijah y Marianne. No puedes mirar hacia otro lado.

—No estoy mirando para otro lado, solo...

—¿Entonces qué es, dime?

—¡Ya tengo bastante con lo que lidiar, maldita sea! —exclamó poniéndose de pie—. ¿Crees que para mí es fácil mantenerme sobrio? ¿Crees que no sigo sufriendo por la muerte de mi esposa solo porque intento ser el de siempre?

—Andrew... —advirtió su madre.

—Lo estoy intentando, padre —continuó—. Estoy haciendo el mayor esfuerzo de mi vida para ser el hombre que debo ser, no me lo pongas más difícil.

—Llevas todo un maldito año llorando la muerte de Charlotte —protestó el conde.

—¡Y voy a llorarla toda mi maldita vida, maldición! ¿Cómo te sentirías tú si mamá muriese, dime?

El conde agachó la cabeza sin decir una palabra. Porque su hijo tenía razón, si su esposa muriera seguramente reaccionaría como él, tal vez peor.

—Es lo que suponía —susurró Andrew abandonando la habitación.

—¿No te parece que estás siendo demasiado duro con él? —dijo Violet sin levantar la mirada de su bordado.

—Debo ser duro con él. No puede permitirse el lujo de morir en vida por una mujer.

—¿Aunque esa mujer haya sido el amor de su vida?

—Incluso así. Tiene responsabilidades sobre sus hombros que son mucho más importantes que el amor, y si no curte su piel y se vuelve más fuerte temo que...

—Lo siento —se disculpó su esposa posando las manos sobre sus hombros—. A veces olvido todo el peso que debes soportar sobre tu espalda.

—Te juro que me duele más a mí ser duro con él —susurró Harvey sujetando una de las manos de su esposa con fuerza—. Ojalá Charlotte no se hubiera ido, ojala mi pobre hijo no hubiera tenido que sufrir tan duro golpe siendo tan joven, pero...

—No es algo que tú puedas controlar, mi amor.

—Lo sé, y sin embargo me habría gustado hacer mucho más por él.

—Hiciste más de lo que crees —dijo su hijo desde la puerta con la voz rota por la emoción—. Fuiste mi baluarte, papá. No podría haber continuado viviendo de no ser por ti.

—Andrew, yo daría mi vida si con ello te hubiera evitado sufrir tanto dolor por la muerte de tu esposa y tu hijo —respondió el conde—. Habría vendido mi alma al diablo, incluso.

—Lo sé —susurró.

—Tal vez pienses que estoy siendo muy duro contigo, pero debes saber que todo lo que hago es por tu bien.

—Lo sé —repitió.

—Vamos, ven aquí.

Padre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo que hizo sonreír a Violet entre lágrimas. Tras unos susurros “te quiero”, ambos hombres se separaron con los ojos vidriosos.

—He vuelto para disculparme —dijo Andrew tras aclararse la garganta—. Siento haber estallado de la forma en que lo he hecho, no volverá a suceder. En cuanto a Clement... me ocuparé de ello, te doy mi palabra.

—Está bien, hijo. Si es demasiado para ti...

—Tienes razón, soy responsable de mis hermanos. Yo me encargo.

Era ya noche cerrada cuando Andrew recibió una nota de Lance Newbery, barón de Degrey, para reunirse con él en una dirección de los suburbios de la ciudad. La nota denotaba una urgencia que no pasó desapercibida para él. Degrey y él no tenían una relación cercana, aunque era cierto que habían coincidido en varias ocasiones en los bailes de sociedad y habían mantenido algunas conversaciones interesantes. Decidió acudir a dicho encuentro, tenía curiosidad por saber qué se traía entre manos el barón.

Tomó un coche de alquiler para no alarmar a nadie de su familia y se dirigió a la dirección acordada. El barón le esperaba de pie junto a su propio carruaje, vestido como si

acabara de acudir a uno de los bailes de sociedad. En cuanto Andrew bajó del coche, el barón se acercó a él con paso apresurado.

—Gracias a Dios que ha venido, milord —dijo con gesto preocupado—. Su hermano está en serios problemas.

—¿Mi hermano? ¿Dónde está?

—Está a unas cuantas manzanas de aquí, en un local llamado *El nido del cuervo*. ¿Lo conoce?

—Nunca he oído hablar de él.

—Es un lugar de apuestas clandestino. Algunos nobles acuden allí para apostar a lo grande, y creo que su hermano ha sido terriblemente engañado.

A Andrew se le heló la sangre en cuanto escuchó de qué tipo de lugar se trataba. Comenzó a correr tras el barón hasta una estrecha callejuela. Se detuvieron frente a una puerta de madera y el barón golpeó tres veces con la empuñadura de su bastón. Se abrió un pequeño ventanuco en la parte superior de la puerta dentro de la cual se pudo ver un par de ojos de color pardo.

—La fortuna favorece a los audaces —dijo Degrey.

El ventanuco fue cerrado y la puerta se abrió, dando paso a los dos caballeros al local. No era un lugar demasiado amplio, y carecía de ventanas que dieran al exterior. Las mesas estaban apiñadas en el reducido espacio creando un ambiente sofocante y abrumador. El aire estaba cargado con el humo del tabaco y el murmullo constante de las conversaciones, lo que añadía una sensación de claustrofobia. Andrew apretó los puños y buscó entre el gentío a Clement, pero no logró divisarlo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Sígame. Su hermano se encuentra en la sala interior.

—¿Aún hay más?

—Es una sala reservada a los hombres más influyentes de la sociedad —explicó Degrey—, entre los que me jacto de encontrarme. Por aquí, por favor.

Siguió al barón hasta la parte trasera del local y entraron por una pequeña puerta lateral que se abría con una pequeña llave que Degrey sacó del bolsillo interno de su chaqueta. El ambiente de esa habitación estaba igualmente enrarecido, pero al menos la gente no estaba apiñada por doquier. En el centro de la estancia, sobre una mesa circular en la que jugaban al menos una docena de caballeros, encontró a Clement. No pudo reconocerle con facilidad. Había perdido la chaqueta, el chaleco y el pañuelo, sujetaba un puro entre sus dientes y su rostro estaba cubierto de sudor. Estaba tan concentrado en la partida que no se percató de la llegada de Andrew.

—Maldita sea...

En dos grandes zancadas estaba junto a su hermano. Le levantó de la silla de un tirón y le arrastró tras de sí hasta que logró encontrar el resto de su vestuario.

—Caballeros, mi hermano ha terminado aquí —sentenció.

—No tan deprisa, Pennington —dijo uno de los caballeros levantándose de la mesa—. Antes de marcharse debe pagar.

—Lo siento, Andrew, yo... —intentó decir Clement, que era más que evidente que había bebido de más.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Veinte mil libras —susurró su hermano.

—¿Veinte mil... ¡Por Dios santo, Clement! ¿Te has vuelto completamente loco?

—Lo siento.

—Más te vale sentirlo. —Se volvió hacia el caballero, a quien no tenía el gusto de conocer—. Conseguiré el dinero lo antes posible, tiene mi palabra.

—No tengo todo el tiempo del mundo, Pennington —espetó el otro—. Tres días, ni un minuto más.

—¿Estás loco, Rutland? —espetó Degrey— ¡Nadie sería capaz de reunir tal cantidad de dinero en tres días!

—Que lo hubiera pensado mejor antes de seguir jugando —fue la respuesta del duque.

Andrew apretó los dientes, pero asintió y arrastró a Clement hasta la calle. No tenía ni idea de cómo demonios iba a reunir el dinero. Tendría que recurrir a su padre, vender algunas propiedades o... Dios, no quería ni pensarlo.

—¿En qué demonios estabas pensando, Clem? —gritó cuando estuvieron fuera— ¿De dónde vamos a sacar tanto dinero?

—¡Lo siento! —espetó.

—¿Lo sientes? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Pennington... —interrumpió el barón sujetándole del brazo— Detente, tu hermano no está en sus cabales.

—Está completamente borracho, ya lo sé.

—No... no es solo el alcohol. Mira.

El barón se acercó a Clement y abrió uno de sus ojos con los dedos. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían completamente negros.

—Le han drogado —espetó Andrew.

—Eso me temo.

—Le mataré —dijo con los dientes apretados volviendo hacia el local—. Voy a hacerle pagar por...

—Detente, hombre —insistió el barón sujetándole—. No ganarás nada con eso.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que me quede de brazos cruzados?

—Pensaremos en algo, pero ahora tienes que llevar a tu hermano a casa. Necesita descansar.

—Tienes razón, perdona.

—Me reuniré contigo mañana en el White's y buscaremos una forma de evitar el pago. De lo contrario...

—Puedo reunir el dinero... pero tendría que recurrir a mi padre —le interrumpió—. Si no hay otra opción tendré que hacerlo.

—Bien, nos vemos mañana. Te ayudo a subirlo al carruaje.

—Degrey... Gracias por todo, de verdad.

—No soporto las injusticias —respondió el otro encogiéndose de hombros.

—Estaré en deuda contigo toda la vida.

Degrey le ayudó a subir a Clement al carruaje y se marchó. Andrew observó a su hermano detenidamente. Estaba demacrado, jamás le había visto con semejante aspecto. Suspiró.

—Lo siento mucho —susurró Clem—. Sé que he vuelto a defraudarte.

—Habla mañana.

—¡No! Quiero decírtelo ahora. ¡Debo decírtelo ahora, Andrew!

—De acuerdo, habla —respondió intentando calmarle.

—Creí que eran mis amigos. Creí que estabas exagerando, pero ¡tenías razón! Ellos solo intentaban estafarme, ¿no es así?

—Eso me temo.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a conseguir tanto dinero?

—Buscaremos una solución cuando estés sobrio. Ahora debemos preocuparnos de meterte en casa sin que nuestro padre te descubra en ese estado.

—Solo bebí un bourbon. Apostaría mi vida a que solo bebí un bourbon, hermano.

—Bueno, creo que lo más inteligente ahora sería no volver a apostar nada.

—Desapareceré. Me ocultaré de...

—No seas botarate —protestó Andrew—. Dormirás la borrachera y mañana veremos qué podemos hacer.

—Por favor, Andrew... No se lo digas a papá.

—Tendré que hacerlo si no tenemos otra opción.

—¡Se decepcionará también!

—Eso deberías haberlo pensado antes de entrar en ese antro de mala muerte, ¿no te parece?

Andrew apretó los dientes sintiéndose ridículo. ¿Qué demonios hacía discutiendo con un borracho? Cuando llegaron a su casa, ayudó a Clem a subir a su habitación lo más en silencio posible, se deshizo de las botas y la chaqueta de su hermano y lo metió en la cama. Ya se ocuparía su ayuda de cámara al día siguiente de adecentarlo. Regresó a su propia habitación, se deshizo de toda su ropa y se tumbó también... pero fue incapaz de conciliar el sueño en toda la noche.

A la mañana siguiente escribió una nota a Hertford para que se reuniera con ellos y con Degrey en el club a media mañana. Bajó al comedor, donde ya se encontraba su hermano. Era evidente que lo que fuera que le dieron a tomar el día anterior le estaba pasando factura. Tenía unas ojeras terribles, los ojos hinchados y seguramente un horrible dolor de cabeza. Entró en la habitación, se sirvió un plato de comida y se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Su hermano dio un respingo y se llevó una de las manos a la sien. Sí, definitivamente le dolía horrores la cabeza.

—Como si me hubiera pasado un carruaje por encima —respondió Clem—. No recuerdo cómo regresé a casa anoche.

—Créeme, no te gustará saberlo. Esta vez has liado una muy gorda, Clem. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—Fui al club a comer con mis amigos. Me hablaron de un lugar nuevo y acepté ir con ellos. Cuando llegué descubrí que era un lugar de apuestas clandestino.

—*El nido del cuervo*.

—Creo que ese era el nombre, sí. Me disculpé con ellos y decidí marcharme, pero Rutland insistió en que tomara una copa.

—¿Quién te la sirvió?

—¿Importa eso ahora?

—Importa mucho, Clem. ¿Lo hizo alguna de las camareras?

—Lo hizo el mismo Rutland. Nos sentamos en una mesa y empezó a hacer la repartición de cartas. Deslizó también cartas en mi lugar, pero le dije que no iba a apostar. Observé la partida tomándome la copa, pero sentí unas ganas irrefrenables de unirme al juego y me levanté para marcharme. Creo que sentí un mareo, no lo recuerdo con claridad. Después de eso... nada.

—Estuviste apostando, Clem.

—Imposible... me marché.

—No te marchaste. Degrey me avisó cuando vio que te habías metido en serios problemas y fui a por ti. Estabas jugando.

—Dios, no...

—Perdiste dinero, Clem. Demasiado dinero.

—¿Cuánto?

—Veinte mil.

—Imposible... eso es imposible.

—Es lo que dijo Rutland.

—¡Pero no es cierto, Andrew! Admito que se me fue la mano cuando aposté el reloj, ¡pero jamás he apostado más de lo que podía permitirme perder!

—Baja la voz, no hay necesidad de que papá lo descubra.

—¿Y cómo demonios voy a pagar tanto dinero, Andrew? ¡No lo tengo!

—Termina de desayunar. Vamos a reunirnos con Degrey y Hertford para buscar una solución.

—¿Y qué pasa si no podemos encontrarla?

—No nos quedará más remedio que pedirle ayuda a papá.

Una hora más tarde entraban por las puertas dobles del White's. Hertford ya se encontraba allí, por supuesto, pero Degrey aún no había aparecido. Se sentaron en su mesa habitual y pidieron una botella de licor, aunque Clem declinó el ofrecimiento de su hermano de beber una copa.

—¿Qué ocurre para que me busques con tanta urgencia? —preguntó Hertford.

—Necesito tu ayuda, Chris —dijo Andrew—. Mi hermano se ha metido en un buen lío y no sé cómo demonios sacarlo de él.

—¿Qué has hecho ya, botarate? —espetó el marqués al menor de los Pennington.

—Creo que esta vez no ha sido culpa suya —respondió Andrew por él—. Tengo la sospecha de que lo han timado.

—¿Quién demonios querría timar a un segundo hijo?

—El duque de Rutland —respondió una voz a su espalda.

Los tres caballeros se giraron hacia Degrey, que, tras entregarle su sombrero y su bastón a uno de los camareros, se unió a ellos.

—Creo que no hemos sido presentados formalmente, Hertford —continuó—. soy Lance Newbery, barón Degrey.

—Un placer conocerle.

—Creo que teniendo en cuenta el grave problema que tenemos entre manos deberíamos dejar los formalismos a un lado —sugirió Andrew—. Será mucho más sencillo para todos.

—Tienes razón —concordó Degrey—. He estado haciendo algunas averiguaciones esta mañana. ¿Conocéis al duque?

—De oídas —respondió Hertford.

—Se suponía que era uno de mis amigos —bufó Clem.

—Como bien sabrás, heredó el título hace tan solo unos meses —informó Degrey.

—Sí, su primo no tenía herederos legítimos y el título pasó a ser suyo —asintió Clement.

—Lo que seguro que no sabes es que su primo estaba completamente arruinado. No heredó fortuna ni tierras, tan solo un trozo de papel antiguo.

—Y vio en Clement una forma sencilla de conseguir una fortuna —añadió Chris.

—Es lo que creo, sí —asintió Degrey.

—Podría haber conseguido una esposa rica y habría solucionado el asunto —protestó

Andrew.

—¿Por qué complicarse en buscar una debutante cuando podía sacarle el dinero fácilmente a tu hermano? No te ofendas —dijo a Clement—, pero te he visto jugar y lo haces de pena.

—Él es el único que no se ha dado cuenta de eso —bufó Hertford.

—¿Podemos centrarnos en lo que importa, por favor? —pidió Clement con fastidio.

—El caso es que he hablado con algunas personas del club —continuó diciendo Degrey—, personas que conocen los ardides de Rutland para conseguir dinero, como usar drogas en la bebida, por ejemplo.

—¿Y están dispuestas a hablar? —preguntó Hertford.

—Desde luego —sonrió Degrey—. Muchos en el club están cansados de sus artimañas, créeme.

—Bien, vayamos a enfrentarle —dijo Andrew levantándose.

—No tan deprisa, amigo —le frenó Degrey—. De esa forma no conseguiremos nada.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Iremos esta noche al club y lo desenmascaramos delante de todos —sugirió Degrey—. Es la única manera de deshacernos de alguien como él.

A las diez en punto de la noche, el carruaje de los Pennington se encontró con el de Hertford a tres calles del lugar. Se reunieron con su amigo y se encaminaron hacia el club, donde les esperaba Degrey para permitirles pasar. Cuando llegaron a su altura, el caballero negó.

—¿No? —preguntó Andrew sin comprender.

—Vosotros no debéis entrar —explicó Degrey—. Debemos ser Hertford y yo.

—¿Y por qué demonios no debo entrar? —espetó Andrew.

—Porque Rutland puede sospechar.

—Demonios, tienes razón.

—Esperadnos en el carruaje —ordenó Chris—. Nos reuniremos con vosotros cuando todo esto termine.

Dos horas más tarde, Hertford y Degrey subían al carruaje de los Pennington con un papel en la mano que eximía de cualquier deuda a Clement. Andrew nunca supo qué ocurrió durante aquellas dos horas, pero estaría en deuda con ellos por el resto de su vida.

Capítulo 5

La señorita Nicole Lonsdale había sido una de las damas más deseadas el año de su debut. Había cautivado a condes, marqueses, vizcondes e incluso a un duque, pero tres años más tarde aún permanecía soltera. No era porque fuera una dama poco agraciada o porque careciera de aptitudes que la hicieran atractiva, nada de eso. De hecho, Nicole era una belleza de cabello castaño y ojos grises... tan grises que a veces parecían dos cuentas de cristal. Hablaba varios idiomas, tocaba el pianoforte y el violín a la perfección y tenía la voz como los mismísimos ángeles. Tampoco se encontraba en aquella situación por decisión propia, por supuesto que no. De hecho, si de ella hubiera dependido a esas alturas estaría casada con alguno de los caballeros que la pretendieron y, seguramente, estaría embarazada de su segundo o tercer hijo. Pero su padre tenía reservado para ella un destino diferente, uno que a ella le provocaba escalofríos... y temor.

Durante seis generaciones, la hija mayor de la familia Lindley había sido destinada a tomar los hábitos en el convento de San Pablo, al norte de Cornualles. Era una tradición que los antepasados de Nicole habían llevado a cabo con orgullo y satisfacción. Seguramente los vizcondes Lindley lo habían hecho, Nicole dudaba seriamente que las damas ofrecidas al convento como una ofrenda estuvieran contentas con su atrozmente aburrido destino. O tal vez ella había heredado la sangre francesa de su madre y su carácter rebelde y obstinado. El caso era que cuando se preparaba para su primera temporada, y animada por su hermano Ricard, había decidido poner todo su empeño en cazar un marido que la librara de aquel tedioso destino. Con lo que no contó fue con que su padre tuviera la última palabra a la hora de conceder su mano. Y Percival Lonsdale no tenía ninguna intención de cambiar las antiquísimas costumbres de su antiquísima familia inglesa.

Hacía una semana que su padre la había informado de que partirían a la mayor brevedad hacia el convento de San Pablo. Ingresaría como novicia y se ordenaría monja tras cinco años de estudio. Nicole había rogado, gritado, pataleado, pero nada había servido. Incluso se atrevió a huir de la casa vestida con las ropas de su hermano en plena noche. No tenía ningún lugar a donde ir, pero pensó que cualquier destino sería mejor que el convento. Fue Rick quien la encontró antes de que su reputación quedase arruinada... o tal vez algo peor. La convenció de regresar a casa con la promesa de que él intentaría convencer a su padre de olvidar aquella estúpida tradición, y ella obedeció. Aunque lo único que Rick había conseguido había sido una paliza por parte de su progenitor.

Nicole metió en su baúl el último de sus vestidos, los más sencillos de su limitado guardarropa (pues su padre se había negado las dos temporadas anteriores a confeccionarle vestidos nuevos y había tenido que averiguárselas para modificar los antiguos), y se sentó sobre la madera con gesto cansado. Su hermano la miraba apoyado en el vano de la puerta, con los ojos vidriosos por las lágrimas no derramadas. Él era su mejor amigo, la única persona que se preocupaba por ella desde la muerte de su madre. Sabía que Rick estaba sufriendo aquello mucho más que ella, tanto que no era capaz de mirarle a los ojos.

—Te juro que lo he intentado todo, Nick —susurró—. Lo he hecho, pero...

—Lo sé —le interrumpió ella.

—Perdóname por no haber podido salvarte.

—No es tu responsabilidad salvarme, Rick.

—Debería haber incitado a alguno de tus pretendientes a comprometerte —dijo con los dientes apretados—. Al menos así...

—Estaría deshonrada y fuera de la sociedad —respondió ella sonriendo.

Se levantó y se acercó a su hermano mayor, a quien abrazó con cariño. Permanecieron así un rato, inhalando el olor de su colonia para retenerlo en su memoria el mayor tiempo posible. No volvería a verle en mucho tiempo, estaba segura de que su padre no le permitiría visitarla para evitar que huyeran juntos, y no quería olvidar ninguno de sus pequeños detalles.

—Gracias por intentarlo —susurró—. Gracias por quererme.

—¿Cómo no te voy a querer? Eres mi hermana.

—Soy la hija de nuestro padre y él no me quiere en absoluto.

—Él solo se quiere a sí mismo y a esa estúpida tradición —protestó su hermano.

—Por suerte la tradición terminará con él —suspiró ella apartándose de Ricard—. Mis sobrinas no correrán mi cruel destino.

Acarició el pecho de su hermano intentando eliminar una arruga imaginaria de su camisa. En realidad estaba aguantando las ganas de llorar, sabía que si volvía a ver su rostro no podría reprimirlas por más tiempo. Dio un paso atrás y se giró hacia la cama para recoger su abrigo y sus guantes.

—¿Nos acompañarás? —preguntó sin mirarle.

—No me lo permite —bufó él—. No sé qué demonios piensa que puedo hacer estando él delante.

—Deja de maldecir en presencia de las damas, Rick —le regañó ella sonriendo entre lágrimas.

—No lo haría si la ira no hirviera en mis venas con tanta fuerza. —Apretó la mandíbula—. Te juro que si no fuera un delito...

—No digas cosas de las que más adelante te puedas arrepentir —intervino ella posando un dedo enguantado sobre sus labios—. No hay nada que puedas hacer por mí salvo vivir tu vida y evitar que otras damas de nuestra familia sufran el cruel destino que me espera.

—Te doy mi palabra —asintió él.

—Ahora acompáñame a la puerta. Puede impedir que me acompañes, pero no que me escoltes hasta el carruaje.

Ricard apretó la mano que Nicole depositó en su brazo y bajaron las escaleras hasta el recibidor. El vizconde esperaba impaciente, dando paseos sin rumbo fijo por el suelo de mármol, y bufó cuando vio a su hermano acompañarla.

—Te he dicho que no vas a venir —dijo.

—Me acompaña hasta el carruaje —explicó ella—. ¿O también piensas arrebatarme la despedida de mi hermano?

Tras un momento de duda, el vizconde asintió.

—No te demores demasiado, el camino hasta el convento es largo y no tenemos tiempo que perder —advirtió.

—El convento no va a moverse de donde está, puedo retrasarme unos minutos.

Su padre se adentró en el carruaje protestando por lo bajo y ella se volvió hacia Ricard. Su hermano, el hombre más fuerte, apuesto y gallardo que había conocido en la vida, permitía

que las lágrimas rodaran sin control por sus mejillas, rompiéndole el corazón.

—Escribeme todos los días —pidió el hombre.

—Te lo prometo.

—Si no estás bien, si quieres escapar de allí, avísame. Te sacaré de inmediato, buscaré la manera de...

—Estaré bien, Rick —le interrumpió—. Mortalmente aburrida, pero bien.

—Nicky...

—Ya lo he aceptado, lo prometo. No es el peor destino para una solterona, ¿no te parece?

—Tú no eres una maldita solterona.

—Puede que no lo hubiera sido si él me lo hubiera permitido, pero ahora...

—Eres la dama más hermosa de Londres, la más inteligente y divertida, y cualquier caballero se sentiría honrado de casarse contigo seas o no una solterona.

—Es admirable la fe que tienes puesta en mí —rio ella.

—No es fe, es la realidad. Iré a verte en cuanto pueda.

—Te crearás problemas innecesarios con él.

—¿Crees de veras que me importa? Para mí él está muerto por lo que te ha hecho, hermana. Jamás se lo perdonaré.

—Te quiero, mi querido hermano —susurró ella cuando él la abrazó con fuerza.

—Yo también te quiero.

Ricard permaneció allí, de pie en mitad del camino, mirando cómo el carruaje de su familia se alejaba. Apretó los puños y lloró. Nicole había sido la alegría de su vida. Su pequeña hermana, su tesoro máspreciado. Había querido verla felizmente casada por amor, pero su maldito padre no veía más allá de esa estúpida y absurda tradición. Prometió que haría todo lo posible por salvar a su hermana de aquel destino atroz, así tardase cien días... o cien malditos años.

—Deja de mirar a tu hermano —protestó lord Lindley sin mirar a su hija.

—¿También me vas a prohibir llorar?

—No seas impertinente, o...

—¿O qué? ¿Vas a golpearme? ¡Hazlo! Ya no me importa absolutamente nada.

—Tal vez ahora no lo veas, Nicole, pero esto es lo mejor para ti.

—¿Para mí? —rio ella con amargura— Lo mejor para mí habría sido que me permitieras casarme con lord Grafton, o lord Staford, o incluso con lord Coventry. Cualquiera de los caballeros que me cortejaron me habría servido.

—Ninguno de ellos era digno de...

—¿De mí? Todos ellos son hombres con título, fortuna y buena reputación. ¿Qué puede hacerlos indignos de mí?

Su padre no contestó. Desde luego, no había nada que el vizconde pudiera contestar a aquello. Se repantigó en su asiento, cruzó los brazos y se durmió. Nicole dejó escapar todas las lágrimas que había estado conteniendo durante todo el día, todo el dolor y la desesperación que sentía. Había rogado a ese Dios a quien su padre quería entregarla todos los días, había rezado durante horas enteras pidiendo que, por favor, su padre cambiara de opinión respecto a su decisión. Pero ese Dios omnipotente al que su familia tanto había venerado no la había escuchado ni una sola vez.

—Por mí Dios puede irse al mismísimo Infierno —susurró.

El convento de San Pablo se alzaba majestuoso, abrazado por la sublime belleza de los acantilados y el mar azul profundo de las costas de Cornualles. Su imponente edificio, una obra

maestra de ladrillos rojizos, se erguía con torres agudas que desafiaban al cielo, mientras que sus vidrieras multicolores destellaban con la luz del sol, revelando pasajes bíblicos. Al cruzar el umbral, uno era acogido por unos jardines exuberantes repletos de flores de todos los colores, desde rosas rojas hasta lirios blancos, y árboles frutales que ofrecían sombra y fruta fresca. El convento de San Pablo era un oasis de paz en medio del bullicio del mundo exterior... para cualquiera menos para Nicole.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la escalinata de la entrada, una monja les esperaba para darles la bienvenida. En cuanto Nicole bajó del vehículo con ayuda del cochero, la religiosa la miró con una cálida sonrisa que le transmitió un poco de paz.

—Buenos días, lord Lindley —saludó la novicia—. Soy sor Agnes, la madre superiora de este convento. Usted debe ser la señorita Lonsdale, si no me equivoco. Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo, madre —dijo Nicole haciendo una reverencia.

—Una dama de modales exquisitos, por lo que veo —sonrió—. Pasemos a mi despacho, el día es caluroso y seguro que agradecerán un vaso de limonada fresca.

Nicole siguió a la mujer por los largos pasillos de suelos de damero^[1], en los que se cruzaron con varias monjas que se dirigían a sus quehaceres diarios. El despacho de la madre superiora era un claro ejemplo de la sobriedad. La mujer los invitó a sentarse en unos sillones de orejas de color azul oscuro situados frente a su escritorio y tomó asiento en el suyo. Como si hubiera sido llamada, una novicia entró en la habitación y sirvió limonada acompañada de unas galletitas de aspecto delicioso.

—Me alegra saber que has decidido seguir el camino de Dios, hija mía —dijo la mujer con una sonrisa.

—No es un camino elegido, madre, sino impuesto —se atrevió a decir Nicole.

—Oh... creí que...

—Mi hija hará lo que se le ordene, sor Agnes —interrumpió el vizconde.

—Por supuesto, milord. Como ya le expliqué en mi última carta, la celda de su hija ya ha sido preparada. Se someterá a una formación de setenta días antes de empezar el noviciado, y tras dos años hará sus primeros votos.

—¿Primeros votos? —preguntó Lindley con una ceja arqueada.

—En efecto, milord. No será hasta tres años más tarde que su hija pronunciará sus votos perpetuos.

—¿No puede apresurarse el proceso? Creo recordar que mi hermana lo hizo en tan solo un año.

—Le aseguro que recuerda usted mal, milord. Ninguna monja puede tomar los hábitos sin una exhaustiva preparación. Y dicha preparación es un largo proceso de cinco años en total, ni uno menos.

—Por supuesto, por supuesto...

—Bien, en cuanto a su donación...

—Mi abogado se personará mañana mismo aquí para hacer el pago.

—Me alegra oírlo. Como bien sabe, nos dedicamos a ayudar a los más necesitados y su dinero sería un gran apoyo para esta santa entidad.

Nicole miraba a sor Agnes con absoluta fascinación. Si no fuera una mujer de Dios, juraría que estaba tratando a su padre con auténtico desdén. Pero no podía ser así, ¿verdad?

—Y ahora, si nos permite, debo guiar a su hija por su nuevo hogar —terminó la mujer levantándose—. Las visitas a las novicias no están permitidas hasta pasados seis meses, espero que lo entienda.

—Desde luego.

—Sor Anna —llamó la mujer.

Una monja de aspecto inocente que irradiaba felicidad entró por la misma puerta lateral por la que había entrado la anterior hermana a dejar la limonada.

—¿Qué se le ofrece, madre? —preguntó.

—Acompañe a lord Lindley a la salida, por favor.

—Por supuesto, madre.

Nicole se quedó sentada en el sillón viendo cómo su padre era despachado por aquella menuda mujer a la que debía doblarle la edad. Una vez el vizconde se perdió de vista, la madre superiora se acercó a ella y le tendió la mano.

—Siento muchísimo que tu padre te haya reservado un destino que es más que evidente que no deseas, Nicole —se lamentó.

—Se lo agradezco, madre.

—Estoy segura de que Dios será misericordioso y tendrá un destino reservado para ti mucho mejor que este. Pero mientras tanto, hagamos que tu vida en San Pablo sea lo más amena posible, ¿te parece?

—Pero dentro de dos años, yo...

—Ten fe en nuestro señor —insistió—. Te trajo aquí por una razón, y estoy segura de que sea la que sea, será la mejor para tu felicidad.

—De acuerdo —susurró.

Sor Agnes se sentó a su lado y suspiró.

—Nicole... ¿Puedo llamarte Nicole? —Ella asintió—. Creo que tienes una percepción errónea de lo que es vivir en San Pablo. No nos pasamos el día orando y encerradas en nuestras celdas, criatura.

—Eso es exactamente lo que pensé —sonrió Nicky.

—Nos ocupamos del cuidado del convento, del huerto y los jardines, pero también nos ocupamos de ayudar a los más desfavorecidos.

—Me alegra saber que tendré algo que hacer.

—Te aseguro que no tendrás tiempo de aburrirte. Ven, te mostraré tu nueva casa —ofreció alargando la mano hacia ella.

Nicole no dudó en tomar aquella mano amiga, y tomadas del brazo sor Agnes y ella pasaron por todas las instalaciones de la institución.

—San Pablo no solo es el hogar de nuestras hermanas —comenzó a decir Sor Agnes—, también es el hogar de mujeres y niños que necesitan un refugio donde quedarse.

Salieron al patio trasero, donde un grupo de niños y niñas jugaban a la pelota.

—¿Es un orfanato?

—Esos niños no están solos aquí, Nicole. Vinieron acompañados por sus madres, que están ahora mismo trabajando en la fábrica textil situada al pie de la colina.

Caminaron hasta el edificio adyacente. En los pasillos había hileras de puertas, algunas abiertas que dejaban ver en su interior un par de camas y un armario.

—Viven aquí hasta que su situación mejore —explicó sor Agnes—. Bien encontrando un buen hombre que se ocupe de ellas, bien encontrando un trabajo que les permita independizarse.

—¿Quiénes son?

—Algunas son damas de alta alcurnia como tú que han sido engañadas por algún caballero. Otras son sirvientas a las que sus señores han mancillado y tirado a la calle cuando han descubierto que estaban en estado.

—Es terrible...

—El mundo es demasiado horrible, hija. Demasiado oscuro y cruel para que Dios pueda ayudarnos a todos.

Regresaron al edificio principal y subieron una escalera que llevaba a un inmenso pasillo con hileras de celdas a cada lado.

—Estas son las habitaciones de las hermanas —explicó la madre superiora—. Cada una tiene una habitación individual gracias a la extensión de nuestro convento.

Abrió una puerta al final del pasillo y la miró con una sonrisa.

—Esta será tu habitación a partir de ahora —añadió—. Tu baúl debe estar en el interior, aunque la ropa que hayas traído de Londres no te servirá, tienes lo que usarás a partir de ahora dentro del armario. Los enseres personales, sin embargo, puedes quedártelos.

—¿Mi ropa puede servir para las mujeres acogidas aquí?

—Sería un bonito gesto por tu parte.

—Me gustaría hacerlo, madre.

—En ese caso, toma lo que necesites de tu baúl y deja el resto dentro. Mañana enviaré a uno de los mozos a que se encargue de bajar el baúl al ala norte.

—De acuerdo.

—Deberías descansar, el viaje ha sido muy largo y supongo que estarás agotada. Haré que una de las hermanas te traiga aquí la cena, empezarás con tus obligaciones por la mañana.

—Se lo agradezco.

—Buenas noches, hija. Que descanses.

Nicole miró la puerta cerrarse tras la mujer y suspiró. Se dejó caer en su cama, que no se parecía en nada al mullido colchón de plumas del que disfrutaba en Londres. Tardaría demasiado en acostumbrarse a aquello, pero sor Agnes le había dado un rayo de esperanza. Había muchas cosas que hacer en aquel lugar, no tendría tiempo de aburrirse. Por el momento se puso de pie, abrió la tapa del baúl y se sumergió en él. Tenía muchas cosas que hacer antes de irse a dormir.

Capítulo 6

Dos años después...

Andrew se levantó aquella mañana de bastante buen humor. Se desperezó en la cama que tanto había echado de menos y sonrió. Acababa de regresar de un viaje de dos años con su hermano. Después del incidente con Rutland dos años atrás, ambos habían decidido alejarse de la ciudad, Clement para superar su adicción al juego y él para superar la muerte de su esposa. Habían pasado la mayor parte del tiempo en unas excavaciones arqueológicas en Egipto, aunque habían visitado también algunas ciudades importantes del sur de Europa antes de eso. Clement había descubierto que compartía la fascinación de su hermano por la arqueología, aunque lo más importante era que se había encontrado a sí mismo. En cuanto a Andrew... bueno, el dolor por la pérdida de Charlotte se había convertido tan solo en una pequeña punzada cuando la recordaba. Había vuelto a ser él mismo, a disfrutar de la vida y la compañía de Clement tanto como antes. Definitivamente viajar había sido la mejor de las elecciones. Asombrosamente, fue más sencillo de lo que ambos pensaban que su padre les diera los fondos y el permiso para realizar aquel viaje. El conde debió creer que sería bueno para ambos, y si fue aquello lo que pensó, había tenido razón. Sus hijos habían regresado el día anterior más morenos, pero también con las ideas mucho más claras. Se habían convertido en verdaderos hombres, aunque para conseguirlo hubieran tenido que postponer los planes de su madre de matrimonio.

Andrew se vistió (se había acostumbrado a no tener ayuda de cámara en el desierto y aún le costaría un poco volver a las viejas costumbres) y bajó al comedor a desayunar. En cuanto le vio, una Marianne de diez años saltó a sus brazos con una enorme sonrisa.

—¡Habéis vuelto! —exclamó— ¡Es verdad que habéis vuelto!

—¿Creías que me quedaría en el desierto para siempre? —rio él.

—Creí que te habías olvidado de mí —protestó la niña con un mohín.

—Jamás me olvidaría de mi pequeña princesa —susurró besándola en la frente—. De hecho, tengo una tarea muy importante para ti.

—¿Cuál es?

—Debes ir a mi habitación y buscar en mi baúl los regalos que te hemos traído.

—¿Me habéis traído muchos regalos?

—Desde luego...

La niña echó a correr hacia las escaleras ante la sonriente mirada de todos los presentes.

—Buenos días, hijo —saludó su madre—. ¿Has dormido bien?

—Mejor de lo que recordaba. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos las comodidades de Londres.

—No las habrías echado de menos si no hubierais alargado vuestro viaje tanto tiempo, maldición —protestó Harvey.

—Ha sido un tiempo bien invertido, padre —dijo Clement desde la puerta—. A ambos nos ha hecho mucho bien.

—¿Dónde está Elijah? —preguntó Andrew.

—Aún está durmiendo —explicó su madre—. Anoche acudió al baile de los marqueses de Downshire y fue asediado por demasiadas debutantes para su gusto.

—¿Molesta? —rio Clem.

—¿Por qué debería estarlo? Mis tres hijos huyen del matrimonio como de la peste. A este paso no veré crecer a mis nietos.

—Qué exagerada eres, mamá —dijo Clement abrazándola.

—Además, tengo la intención de encontrar esposa durante esta temporada —añadió Andrew.

—Eso dijiste hace tres años y huiste del país.

—Hace tres años no estaba listo, mamá. Ahora sí lo estoy.

—¿De veras? —insistió la condesa con una ceja arqueada.

—De veras... Pero nada de anuncios, por favor. Buscaré esposa por mi cuenta.

—Hablas como si mis elecciones del pasado no hubieran sido aceptables.

—No fueron acertadas —la corrigió—. Quiero tomármelo con calma, valorar a varias damas y elegir al final de la temporada. ¿Me lo permitirás?

—¿Te casarás este año?

—Te doy mi palabra.

—Muy bien, te dejaré a tu aire esta vez. ¿Y qué me dices de ti, Clem?

—Es Andrew el que ha venido dispuesto a sentar cabeza, no yo —respondió el aludido levantando los brazos en alto.

—Ya tienes edad para hacerlo.

—Lo sé, pero lo que me faltan son ganas. Confórmate con Andrew por el momento, por favor.

—Muy bien —suspiró la mujer—. Uno es mejor que nada.

—Saludaré a Elijah más tarde, me voy al club —dijo Andrew levantándose—. Quiero encontrarme con Chris y Lance lo antes posible. ¿Me acompañas, Clem?

—Creo que hoy voy a quedarme en casa haciendo el vago —negó su hermano—. Aún no me acostumbro al cambio horario.

—Como quieras.

—¿Acudirás esta noche con nosotros al baile de lady Carlisle? —preguntó su padre.

—Te lo diré más tarde —respondió—. No sé si el cambio horario va a pasarme factura a mí también.

—¿Te esperamos para el almuerzo?

—Desde luego, solo voy a saludarles para ponernos al día.

Andrew se subió a su carruaje y se dirigió al White's. Sonrió cuando vio a sus amigos sentados en la mesa de costumbre compartiendo una humeante taza de café. Desde aquel día en *El nido del cuervo*, Degrey se había unido al grupo de amigos. Andrew había hablado con ambos por carta muy a menudo, y durante su estancia en *El valle de los reyes*^[2] había recibido muchas cartas de ambos también. Fue de aquel modo que se enteró de que, casualidades del destino, Degrey se había casado con la señorita Berrycloth el mes anterior.

—Veo que no se olvidan las viejas costumbres por estos lares, caballeros —dijo a su espalda.

—¡Andrew! —exclamó Chris palmeándole la espalda— No nos habías dicho que regresabas.

—Quería darle a todo el mundo una sorpresa —respondió él abrazando a Lance—. Mi

familia tampoco tenía idea de nuestro regreso.

—¿Cómo estás?

—De maravilla —reconoció—. Este viaje me ha hecho mucho bien, os lo aseguro.

—Me alegra escucharlo —asintió Hertford.

—Incluso estoy pensando en buscar esposa —continuó—. Enterarme de que Degrey se ha casado con mi querida señorita Berrycloth me ha puesto celoso.

—Lady Degrey para ti, sinvergüenza —bromeó Lance—. Deberías venir a comer a casa, se alegrará mucho de verte.

—Agradezco la oferta, pero solo me he escapado un rato para encontrarme con vosotros. Mi familia me espera.

—¿Acudirás al baile de esta noche? —preguntó Chris.

—Debería, aunque no sé si el cambio horario me lo permitirá.

—Deberías acudir, hay algunas novedades esta temporada que deberías tener en cuenta —aconsejó Degrey.

—¿Qué tipo de novedades?

—La señorita Bridgeman, por ejemplo —dijo Chris—. No solo es una auténtica belleza, sino también inteligente. La otra noche tuve el placer de bailar con ella y casi cambio de opinión respecto al matrimonio.

—¿Casi? —rio Andrew.

—Por suerte yo no tengo a una madre tras de mí insistiendo en que debo casarme, como tú.

—No he decidido casarme porque mi madre insista en ello. Lo hago porque pienso que es el momento de rehacer mi vida y olvidarme de Charlotte.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Lance.

—Ella siempre tendrá un lugar muy especial en mi corazón, pero sé que preferiría que siguiera adelante con mi vida.

—Estoy seguro de que sería así —susurró Chris.

—Creo que le pediré ayuda a tu esposa —dijo Andrew repantigándose en el sillón—. Seguramente conocerá a alguna dama que sea adecuada para mí.

—¿Desde cuándo eres tan amigo de mi esposa? —preguntó Lance levantando una ceja.

—¿No te lo he dicho? Hace tres años fue una de las damas sugeridas por mi madre para que me casara. Como bien sabes yo no estaba preparado para hacerlo y ella buscaba el amor en su matrimonio, así que nos despedimos amablemente y prometimos ser buenos amigos.

—Pero te marchaste —asintió Lance.

—Pero me marché. Le escribí una carta avisándola de mi decisión poco después de hacerlo y ella me respondió deseándome suerte en mi travesía. Creo que esa fue la única vez que hablamos después de nuestro intento fallido de cita.

—Ella nunca me comentó nada.

—No había mucho que comentar, ¿no te parece?

—Supongo que tienes razón. ¿Y cómo han ido las cosas con tu hermano?

—Clem ha regresado mucho más centrado. No ha vuelto a jugar desde aquello, lo que es un alivio para toda la familia.

—¿Crees que volverá a hacerlo ahora que ha regresado a Londres? —preguntó Hertford.

—Lo dudo, ha cambiado mucho en estos dos años. De hecho, ha preferido quedarse en casa a acompañarme, aunque le mantendré vigilado. Nada me garantiza que no vuelva a relacionarse con Rutland.

—No debes preocuparte por el duque —respondió Lance—. Hace meses fue encarcelado en Marshalsea^[3]. Al parecer intentó estafar a la persona equivocada.

—Te aseguro que es una gran noticia para mi paz mental. Bastante voy a tener con aguantar a mi madre y sus intentos de emparejarme con jóvenes de su elección.

—Va a resarcirse por estos dos años —rio Lance.

—Le he dicho que yo me encargo precisamente por eso.

—¿Y crees que va a darse por vencida solo porque le has dicho que lo haga? —se carcajeó Chris.

—Sé que no lo hará, pero al menos me aseguro de que no lo proclame a los cuatro vientos como la vez anterior.

—Cierto... No podías dar dos pasos sin que las madres desesperadas te asediaran para endilgarte a sus hijas.

—Fue espantoso —respondió con un escalofrío.

—Bueno, caballeros, la conversación está siendo realmente interesante, pero debo marcharme —dijo Degrey poniéndose de pie—. Mi adorable esposa me espera para almorzar y no quiero hacerla esperarme demasiado.

—Apenas son las once —rio Chris.

—Hay... diversiones que podemos llevar a cabo antes de la comida —respondió Lance con un guiño.

Los dos caballeros observaron al recién casado marcharse y sonrieron.

—Parece que le va bien en su matrimonio —observó Andrew.

—Más que bien. Son un par de tórtolos enamorados, los verás pronto.

—Me alegro de que Amelia haya encontrado a alguien que le dé lo que buscaba.

—¿Y tú cómo estás realmente?

—Cansado —bromeó—. Aturdido por el cambio horario. Pero de veras que me encuentro de maravilla. Estando en Egipto he tenido mucho tiempo para reflexionar, Chris. Para reflexionar y hacerme a la idea de que Charlotte y mi hijo están ahora en un lugar mejor.

—No sabes lo que me alegra oír eso. No soportaría verte de nuevo caer como entonces.

—Te doy mi palabra de que eso no volverá a ocurrir. Y te agradezco enormemente todo lo que has hecho por mí, inclusive lo que sea que hicieras para salvar a mi hermano de pagar aquella deuda.

—Chantajeé a Rutland —confesó Hertford—. Había ciertas... intimidaciones que sabía de él y que no quería que salieran a la luz. Cambié mi silencio a cambio de saldar la deuda de Clem.

—Estaré en deuda contigo por ello. Contigo y con Lance.

—Es un gran tipo —asintió Chris—. Durante este tiempo nos hemos hecho grandes amigos, y te aseguro que es uno de los mejores hombres que he conocido.

Andrew miró su reloj de bolsillo y apuró su café.

—Debo marcharme, quiero ir al sastre antes de regresar a casa —dijo—. ¿Me acompañas?

—No tengo nada mejor que hacer —respondió su amigo levantándose.

Se dirigieron hasta Savile Row y entraron en el local del sastre de la familia Pennington. Se encontraron allí con un grupo de caballeros, algunos de ellos desconocidos para él.

—Buenos días, Lindley —saludó Chris a uno de ellos.

—Hertford...

—No conoces a lord Pennington, ¿me equivoco?

—No tenía el placer —respondió el hombre llevándose la mano al sombrero, gesto que

Andrew imitó.

—Acaba de regresar de Egipto después de dos años de ausencia —explicó Chris—. Lindley es de Cornualles, llegó a la ciudad al principio de la temporada.

—Quise cambiar de aires —asintió Lindley—. Cornualles empezaba a ser un infierno para mi familia.

—Bienvenido sea a Londres, lord Lindley. Seguramente nos veremos en los bailes de sociedad.

Lindley se marchó poco después y ambos amigos pasaron a la sala privada de la sastrería.

—¿Qué venimos a hacer aquí? —preguntó Chris repantigándose en el sofá.

—Debo confeccionarme un guardarropa completo —respondió—. Mi ropa estará anticuada después de dos años de ausencia.

—Entiendo... debes resultar atractivo a los ojos de las inocentes damas casaderas —bromeó.

—A las damas en general, no estoy pensando específicamente en una dama recién presentada en sociedad.

—¿Vas a casarte con una viuda?

—Si resulta que nuestras personalidades son afines no veo por qué no.

—Sigues sin pensar en enamorarte.

—He superado la muerte de mi esposa, pero sé que mi corazón solo le pertenecerá a ella.

—Ojalá tengas que tragarte tus propias palabras, amigo. No podría haber nada que me satisfaga más que verte loco de amor por otra mujer.

—Eso es tan probable como que las vacas vuelen, amigo mío.

Capítulo 7

Nicole Lonsdale miró por tercera vez consecutiva la carta que descansaba desdoblada sobre su regazo. Era de Ricard, su querido hermano. La informaba de que su padre, el vizconde Lindley, había fallecido hacía ya dos semanas y le rogaba que regresara a Londres con él y con Chantal, su esposa, para recuperar la vida que este le había arrebatado. Aún no era capaz de asimilar la noticia. El hombre que había truncado todos sus planes de futuro ya no tenía ningún poder sobre ella. Dejó la carta sobre la mesita de noche y suspiró. Había soñado tantas veces con salir de aquel lugar que había perdido la cuenta, y ahora que tenía oportunidad... estaba aterrada.

Sintió, más que vio, a su amiga Isabel, otra de las novicias del convento, entrar en su celda y sentarse junto a ella. Ni siquiera así reaccionó, estaba demasiado aturdida para hacerlo.

—¿Qué dice la carta? —preguntó Isabel con voz suave.

—Mi padre ha muerto —susurró—. Mi padre ya no está y mi hermano me ruega que regrese con él a Londres.

—Lo siento mucho, debías quererle mucho.

Jamás había hablado con el resto de hermanas sobre los verdaderos motivos por los que se encontraba en aquel convento. Sor Agnes le había dicho que debía perdonar a su padre para estar en paz con Dios, pero aunque lo había intentado con todas sus fuerzas jamás había logrado hacerlo. Lo relegó a un rincón apartado de su mente, eso sí, y por ello sus compañeras solo la habían escuchado hablar durante aquellos años de su hermano. De su hermano y de su cuñada Chantal, una mujer adorable con la que Ricard se había casado hacía ya un año.

—No lo sientas, es la mejor noticia que me han dado en toda mi vida —reconoció en un susurro.

—Es horrible que pienses eso.

—Nunca se lo he contado a nadie, pero mi padre era un verdadero monstruo.

—¿Qué te hizo?

—Rechazó todas y cada una de las propuestas de matrimonio que me hicieron durante tres temporadas porque quería obligarme a tomar los hábitos.

—¿Tú no querías estar aquí?

—Quería casarme —confesó—. Quería tener un buen esposo y tres o cuatro hijos, tal vez más. Quería vivir en el campo y pasar la temporada social acudiendo a fiestas y eventos sociales, porque me encanta bailar. Pero él me lo impidió.

—Pero ahora tu hermano te pide que vuelvas a tu antigua vida, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y por qué parece que no te agrada la idea? Deberías estar feliz.

—Tengo ya veintitrés años, Isabel. Ahora seré considerada una solterona. No tendré la oportunidad de casarme, ¿entiendes?

—Habrà hombres que no tengan en cuenta esas estupideces.

—Los habrá, desde luego. Tal vez algún viudo con veinte años más que yo.

—Creo que exageras.

—Te aseguro que no lo hago.

Isabel nunca había sido presentada en sociedad, y siendo hija de un soldado del ejército de Su Majestad no conocía demasiado la alta sociedad londinense.

—También habrá otras opciones para alguien como tú, Nicole —la animó su amiga—. Puede que no consigas el sueño de tu juventud, pero debe haber alguna otra cosa que llene tus días de dicha.

—Puedo convertirme en institutriz. O quizás en dama de compañía.

—Se te da bien enseñar, los niños adoran tus clases.

—¿Y qué le digo a mi hermano? Él insistirá en que me case.

—Ricard te quiere con locura, respetará cualquier decisión que tomes sobre tu futuro.

—Tienes razón... Él no es como mi padre.

—Escríbele y dile que venga a por ti. Te echaré mucho de menos, pero esto es lo mejor para ti.

—¿Por qué no vienes conmigo? Tú eres aún joven, podríamos presentarte en sociedad.

—Sabes bien que a diferencia de ti, yo estoy aquí por devoción, no por obligación. Sé feliz en Londres, yo lo seré en este convento.

—Vendré a visitaros, lo prometo.

—No hagas promesas que no sabes si podrás cumplir. Con que te acuerdes de nosotras en tus oraciones será más que suficiente. Y ahora vayámonos, se hace tarde para la *nona*^[4].

Diez días más tarde, el carruaje con el emblema de los Lindley entraba en el patio delantero del convento. Nicole esperaba al pie de las escaleras, y había dejado de lado su hábito de novicia para usar un vestido sencillo de lana que las hermanas habían cosido para ella. Estaba tan nerviosa que apenas era capaz de detener el movimiento de su pie. La madre superiora posó suavemente una mano sobre su muslo y sonrió sin apartar la mirada del carruaje.

—Calma... —dijo.

—Lo siento, madre.

Observó a su hermano bajar del carruaje. No hacía demasiado tiempo que había ido a verla, pero a Nicole le pareció que habían pasado siglos. Ricard levantó la mirada, sonrió... y abrió los brazos como había hecho tantas veces cuando ella era tan solo una niña. Nicole se vio corriendo hacia él con los ojos anegados en lágrimas y una enorme sonrisa idéntica a la de su hermano en los labios. Se abrazaron durante largo rato, y cuando Ricard se separó de ella la miró con una sonrisa.

—¿Estás lista para volver a casa? —preguntó con suavidad.

—Más que lista. ¿Dónde está Chantal?

—Se ha quedado en Londres preparándolo todo para tu regreso.

—Mis cosas están en mi celda. No son demasiadas, pero...

Ricard le hizo una señal al cochero y se acercó a la madre superiora, que los miró en todo momento realmente feliz de que su querida Nicole regresara al mundo al que pertenecía. Desde que su padre la llevó al convento aquella mañana de octubre, supo sin lugar a dudas que aquel no era lugar para una joven como ella. Nicole estaba hecha para brillar, no para estar encarcelada entre cuatro paredes como aquellas.

—Quería agradecerle enormemente todo lo que ha hecho por mi hermana, sor Agnes —dijo Ricard.

—Ha sido una auténtica bendición tener a alguien como mi querida Nicole entre nosotras, aunque como usted también sabe, este no es su lugar.

—Desde luego que no. Me he tomado la libertad de hacer una donación para el convento

como muestra de mi gratitud, mi abogado se pondrá en contacto con usted en unos días para llevar a cabo las gestiones pertinentes.

—Mandaremos reparar el tejado y compraremos alimentos y medicinas para los más necesitados de nuestra comunidad. Su generosidad, lord Lindley, ha proporcionado un rayo de esperanza a aquellos que más lo necesitan en estos tiempos difíciles.

—No es nada comparado con lo que usted ha hecho por mi hermana.

Ricard le ofreció el brazo a Nicole y la ayudó a subir en el carruaje. Se sentó frente a ella y dio unos golpecitos en el techo para que el cochero emprendiera la marcha de regreso a casa.

—Estás mucho más delgada que la última vez que te vi —protestó Ricard.

—¿De veras? Yo me veo como siempre.

—Y tu rostro se ve demacrado. ¿Acaso no has dormido bien estos últimos días?

—Me conoces demasiado bien —sonrió—. Anoche no fui capaz de conciliar el sueño, es cierto.

—¿Y puedo saber por qué? —Nicole suspiró.

—Porque no sé qué planes tienes para mí una vez esté de vuelta en Londres.

—Había pensado en introducirte de nuevo en sociedad —explicó Ricard—. Sé que siempre quisiste formar tu propia familia, y...

—No —le interrumpió—. No sigas, por favor.

—¿Qué ocurre?

—Piensas en mí como en la joven que entró en el convento hace tres años, hermano. Pero ahora tengo veintitrés años y las oportunidades que tenía antes no son las que tengo ahora.

—Eres increíblemente hermosa, Nick. Estoy seguro de que los caballeros harán cola en nuestra puerta para cortejarte.

—Los únicos que harán cola serán viudos diez años mayores que yo, hermano. No quiero eso.

—¿Pretendes permanecer soltera?

—Lo prefiero, sí. Ya me he hecho a la idea de que no voy a casarme, y estoy feliz con ello, lo prometo.

—¿Y a qué vas a dedicar tu vida, Nicky? No puedes quedarte en casa sin hacer nada. Morirás de aburrimiento.

—Desde luego no es lo que pretendo. Tengo algunos planes en mente para ocupar mis días.

—Ilumíname, por favor —respondió Ricard cruzándose de brazos.

—Puedo convertirme en institutriz, o tal vez en dama de compañía. No te parece bien —continuó al ver el rostro serio de su hermano—, puedo leerle mejor que a un libro abierto.

—Para serte completamente sincero, había pensado en buscar un caballero adecuado para ti. Alguien a quien no le importe tu edad y que esté dispuesto a hacerte feliz.

—No existe en Londres alguien así y lo sabes.

—Si lo que quieres es permanecer soltera, lo aceptaré.

—¿De veras?

—No soy nuestro padre, Nicky. No tengo ninguna intención de arrebatarte tu felicidad como hizo él. Si te hace feliz convertirte en dama de compañía me encargaré de buscar una dama de buena familia con la que puedas trabajar.

—Muchas gracias, Rick.

—Pero debes prometerme que, si conoces a alguien que haga latir tu corazón, y ese alguien se interesa también en ti, te plantearás casarte con él.

—No estoy cerrada a la idea de casarme, hermano. Te aseguro que si existe un hombre así no dudaré en casarme con él.

—Nicky... Lamento mucho no haber podido hacer nada por ti cuando nuestro padre decidió tu futuro —susurró el vizconde—. Debería haberlo intentado con más ahínco, tal vez así...

—Tú no podías hacer nada —le interrumpió tomando su mano entre las de ella—. Nuestro padre tenía mi futuro pensado desde el día de mi nacimiento por esa estúpida tradición familiar, nada le habría hecho cambiar de opinión.

—Le odio tantísimo por lo que te hizo sufrir... Que Dios me perdone, pero me alegro de que al fin haya muerto.

—Debes perdonarle, Rick, pero sobre todo debes perdonarte a ti mismo. No es bueno vivir con el resentimiento y el dolor en tu corazón, hermano.

—¿Tú no le odias?

—Le odié con toda mi alma al principio. Cada vez que rechazaba a uno de mis pretendientes le odiaba con todas mis fuerzas. Pero ahora ya no siento nada por él. Compasión, tal vez, pero nada más.

—Ni siquiera se merece tu compasión, maldita sea.

—Yo creo que sí, porque no supo valorar a sus hijos y nunca pudo saber lo que era su amor puro y desinteresado.

—Vivió atemorizándonos a ambos y por eso ha muerto como merecía: completamente solo.

—Ya ha tenido su castigo, Rick. Déjalo ir, por favor.

—Deberías dormir un poco, el camino es largo y no nos detendremos hasta el mediodía —susurró.

Nicole asintió sonriendo y se acomodó mejor en el mullido asiento para poder dormir un poco. Llegaron a Londres cinco días después. Nicole se sentía sucia por el polvo del camino y lo que más quería en el mundo era un baño y una comfortable cama para dormir. Durante el viaje, Ricard y ella habían tenido oportunidad de hablar largo y tendido. Ella le había hablado sobre sus hábitos en el convento, lo que más le gustaba y lo que más había odiado de su estancia en San Pablo. Le habló de Isabel, su querida amiga, y de las muchas jóvenes que había conocido a lo largo de los años. Le habló de los temores que le provocaba su regreso a la sociedad, de su cambio de parecer respecto al matrimonio y de los muchos planes que tenía para sí misma. Y su hermano la escuchó sin interrumpirla, sin tomarse sus miedos y sus ideas a broma y sin intentar convencerla de que cambiara de opinión. Había sido el hermano que ella tanto había admirado y el que tanto la había protegido aunque él pensara que no había sido capaz de hacerlo.

Ricard no vivía en la casa familiar, la había vendido en cuanto tuvo en su poder las escrituras. En su lugar había comprado una bonita mansión en Grosvenor Square. De paredes blancas y con un pequeño jardín delantero cuajado de flores de vivos colores, la nueva residencia Lindley era todo lo contrario a la oscura mansión barroca del siglo XV en la que habían vivido siendo niños. La puerta principal se abrió y un mayordomo ataviado con una librea de color azul les dio la bienvenida.

—Buenas tardes, Barnaby —saludó Ricard entregándole su sombrero—. Ella es mi hermana, la señorita Lonsdale.

—Es un placer conocerla al fin, milady.

—Lo mismo digo, Barnaby —respondió Nicole con una sonrisa.

—¿Es cierto lo que oyen mis oídos?

Nicole levantó la mirada para ver a su cuñada de pie en lo alto de las escaleras. Chantal, la mujer que había colmado de amor a su hermano, bajó a toda prisa y la apresó en un fuerte abrazo. Nicole se lo devolvió, por supuesto. La había conocido hacía ya un año, cuando su hermano y ella decidieron casarse. Chantal era realmente encantadora, irradiaba una luz que encandilaba a cualquiera que estuviera a su alrededor.

—¡Pero mírate! —exclamó Chantal— Haremos de ti una auténtica belleza. Con los vestidos adecuados serás capaz de conquistar al caballero más apuesto de la ciudad esta temporada.

—No cree que vaya a encontrar un esposo adecuado —intervino Ricard.

—¿Por qué no iba a encontrarlo? —exclamó su esposa—. Eres una auténtica belleza, Nicky. Estoy segura de que...

—Respetaremos su decisión sea cual sea, amor —advirtió Ricard.

—Por supuesto que lo haremos, pero ¿qué piensas hacer de ahora en adelante?

—Había pensado en convertirme en institutriz o dama de compañía, Chantal. No estoy cerrada al matrimonio, pero no voy a casarme con el primero que me lo proponga.

—Claro que no, querida mía.

—Adiós a tus planes de hacerle de casamentera... —se burló su esposo besándola en la frente.

—Al contrario... puedo presentarle algunos caballeros muy adecuados para ella —rio su cuñada.

—Chantal... no la atosigues, por favor. ¿No ves que acaba de palidecer al escucharte?

—Muy bien, no me entrometeré, pero eso no me impide consentirla y cubrirla de vestidos preciosos y joyas igual de bellas —protestó su cuñada cruzándose de brazos.

—De veras, Chantal, no es necesario...

—¡Por supuesto que lo es! Soltera o casada, toda dama debe experimentar el placer de verse cubierta de seda y encaje, de diamantes y perlas.

—Voy a darte un consejo, hermana... —susurró Ricard— Déjala hacer lo que quiera. Te volverá completamente loca si no consigue lo que quiere...

—¡Eso no es cierto, Rick! —protestó Chantal— Vas a hacer creer a tu hermana que estamos discutiendo todo el tiempo.

—No es así —desmintió su esposo—, solo me gusta hacerla rabiar de vez en cuando.

—No le hagas caso a tu hermano, Nicky. Vamos, he mandado preparar un baño caliente en tu habitación. Pediré que te suban la cena para que puedas irte a descansar, debes estar agotada después del largo viaje.

—Te lo agradezco.

La habitación de Nicole era una auténtica maravilla. Estaba dominada por una gran cama con dosel adornada con cortinas de seda bordadas a mano en tonos suaves de marfil y oro. Los muebles eran de caoba tallada, incluyendo una cómoda, un escritorio, un tocador con un espejo ovalado y una pequeña mesa de té junto a una enorme ventana con vistas al jardín trasero. Las paredes estaban cubiertas con papel pintado de damasco en un tono suave de verde, complementado por algunos cuadros de paisajes ingleses en marcos dorados. Un hogar de mármol blanco proporcionaba calor, y junto a él había una silla de lectura tapizada en terciopelo verde. El suelo de madera estaba cubierto con una alfombra persa de colores ricos y patrones intrincados, y en la pared frente a la cama había una puerta que daba al vestidor, donde había una enorme bañera de cobre llena de humeante agua caliente.

—Espero que sea de tu agrado —dijo Chantal masajeándose las manos.

—Es una verdadera maravilla, Chantal... Me encanta, muchísimas gracias.

—Mañana iremos a la modista para confeccionarte tu nuevo guardarropa. Ya que no eres una joven debutante, creo que deberíamos optar por colores vivos que te sienten de maravilla.

—No necesito un guardarropa inmenso, me he acostumbrado a la sobria vida del convento y...

—Ya no estás en el convento, Nicky. Estás en Londres, y tendrás que vestir de manera adecuada en los bailes de sociedad —la interrumpió—. Llamaré a Aimee, tu doncella, para que te ayude a bañarte. Haré que te suban la cena en media hora para que puedas irte a descansar, estarás cansada después de tan largo viaje.

Nicole asintió y su cuñada se dio la vuelta para marcharse, pero a medio camino regresó a su lado y la abrazó.

—No tienes ni idea de lo que tu hermano y yo nos alegramos de que estés aquí con nosotros, Nicky —susurró—. Ojalá tu padre nos hubiera permitido traerte de vuelta muchísimo antes.

—A mí también me habría gustado.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches, y gracias por todo.

Chantal se marchó y ella se dejó caer en la mullida cama de plumas. Suspiró. Su vida estaba cambiando demasiado deprisa... y no sabía si sería capaz de afrontar todos esos cambios.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, cuando Aimee entró en la habitación para despertar a Nicole, la encontró sentada en el sillón de orejas admirando el ajetreo de Londres por la ventana. Miró a la sirvienta y sonrió, pero aquella sonrisa no fue devuelta.

—Por Dios bendito, señorita Lonsdale, va a pillar usted un resfriado estando tan desabrigada —la regañó la sirvienta.

—Me he puesto un chal, Aimee, estoy acostumbrada a las frías temperaturas de Cornualles. En las celdas del convento no podíamos tener el lujo de contar con una chimenea.

—¿Estaba usted encarcelada, milady? —Nicole sonrió.

—No, no lo estaba. Así se llaman las habitaciones de las monjas en los conventos, Aimee.

—Oh, entiendo. ¿Cómo era vivir allí?

—Bueno... no teníamos tiempo de aburrirnos, pero en realidad la vida en San Pablo era bastante tediosa. Nos levantábamos a las cinco y media para acudir a la misa de las seis todas las mañanas. Tomábamos un sencillo desayuno y nos dedicábamos a diferentes tareas, como cultivar el huerto, preparar la comida, remendar algunas ropas...

—Pero usted es una dama...

—En el convento no se diferencia entre pobres y ricos, todos somos iguales ante los ojos de Dios.

—¿Qué más hacían?

—Después del almuerzo volvíamos a rezar y dedicábamos el resto del día a ayudar a los más necesitados. Cenábamos a las seis y rezábamos una vez más antes de irnos a dormir. Una vida muy monótona, como puedes ver.

—A partir de ahora su vida cambiará por completo. Acudirá a los bailes, al teatro, a la ópera...

—Ya viví eso mismo en mis años de juventud —dijo sonriendo.

—Oh, pensé que...

—No estaba en el convento por decisión propia —adivinó Nicole—. Mi padre truncó cualquier oportunidad de desposarme que se me presentó durante tres temporadas y me obligó a ordenarme.

—¿Pero por qué? Es usted una dama muy hermosa, seguro que muchos caballeros con títulos importantes la pretendieron.

—Lo hicieron, sí... Pero en mi familia era tradición que la primera hija mujer se ordenara monja en el convento de San Pablo.

—Vaya tradición más estúpida.

La joven se tapó la boca con ambas manos al darse cuenta de lo que había dicho.

—Lo siento, señorita, yo...

—No lo sientas, es cierto que es una estúpida tradición. Una tradición que mi hermano y yo detestamos y que no volverá a llevarse a cabo, te lo aseguro.

—Debió sentirse muy desdichada.

—No todo fue malo, Aimee. Conocí a mujeres maravillosas allí, hice muchas amigas y a veces me divertía paseando por la playa con los niños acogidos en el convento. A veces impartía mis clases en la orilla del mar, sobre todo en los meses más calurosos de verano.

—Por fortuna ahora está aquí y todo eso terminó. Preparémosla entonces para su nueva vida, ¿le parece? —dijo Aimee abriendo el armario.

—Me temo que no hay demasiado donde elegir por el momento —rio Nicole al ver la cara de espanto de la sirvienta al descubrir sus únicos tres vestidos en tonos apagados.

—Haré lo que pueda con lo que tenemos, entonces. ¿Cuál prefiere?

—Todos están bien, elige el que quieras.

Aimee sacó del armario el vestido azul. Era demasiado sencillo, sin adornos, pero a Nicole le había resultado bastante cómodo cuando acudía a la ciudad a ayudar a los necesitados. La joven lo tendió sobre la cama y se volvió hacia ella con la intención de ayudarla a cambiarse, pero Nicole la detuvo levantando la mano.

—Por hoy puedo vestirme por mí misma, Aimee —dijo—. Puedes ir a ocuparte de tus otras tareas mientras termino.

—Pero es mi trabajo ayudarla, señorita.

—Ya lo harás cuando tenga que ponerme uno de esos pomposos vestidos de baile. Por ahora puedo apañármelas sola.

—Su vestido es demasiado sencillo, señorita. Le pediré a lady Lindley algunos adornos que podamos usar para mejorar su aspecto, ¿qué le parece?

Nicole asintió con una sonrisa. No le importaban demasiado los adornos, pero parecía que aquello haría feliz a Aimee. Se vistió y se sentó delante del espejo para peinar su cabello y trenzarlo para hacerse, como cada día, un moño en la parte baja de la cabeza. Cuando Aimee regresó, dejó una cesta llena de abalorios sobre el tocador, le arrebató el cepillo con un mohín y deshizo la trenza que con tanto esmero había hecho ella.

—Ahora no está en un convento, señorita —protestó—. Es usted la hermana de un vizconde y su aspecto debe ser acorde con su posición.

—Con este vestido no es necesario un peinado elaborado.

—No tal como está, pero cuando termine con él le aseguro que podrá acudir al té de la tarde de cualquier casa noble sin ninguna vergüenza.

Aimee la puso de pie, la hizo abrir los brazos y obró su magia. Colocó encaje de puntilla en el escote, las mangas y el bajo del vestido, añadió algunos lazos y perlas en la falda y el corpiño y el vestido pasó a ser una auténtica hermosura. La sirvienta miró su obra realmente satisfecha y la llevó a sentarse de nuevo junto al tocador.

—No es un vestido de madame Prynne, pero puede servir —dijo—. Ahora nos ocuparemos de su cabello, creo que un recogido sencillo adornado con algunos lazos y perlas serían perfectos.

—Eres increíble, Aimee. Te agradezco de veras las molestias que te estás tomando por mí.

—Solo hago mi trabajo, señorita Lonsdale.

—En cualquier caso, muchas gracias.

Cuando estuvo lista, bajó al salón principal, donde Chantal y Ricard tomaban su desayuno. Nicole rompió a reír cuando su hermano expulsó todo el café por la nariz al verla, y Chantal se puso de pie aplaudiendo con entusiasmo.

—Hice bien en asignarte a Aimee como doncella —dijo acercándose a ella—. Ha hecho

un trabajo impresionante con ese sencillo vestido.

—Por un momento me ha parecido ver a la Nicole ilusionada de su primera temporada —dijo Ricard con la voz rota por la emoción—. Pero has cambiado, ahora eres incluso más bella que antes. Ojalá...

—Dejemos el pasado en el pasado, amor —le interrumpió su esposa—. Ven, siéntate a mi lado y toma el desayuno. Tenemos muchas cosas que hacer hoy y tienes que coger fuerzas.

—¿Vas a torturarme durante todo el día? —bromeó Nicole.

—Voy a convertirme de nuevo en la dama que eres, querida. Y para ello necesitamos tiempo y un poquito de ayuda.

Pasaron gran parte de la mañana en la modista, y el resto del tiempo entre el zapatero, el sombrerero, la joyería y la tienda de abalorios. Cuando llegaron a casa para la hora del almuerzo Nicole ya estaba totalmente agotada y rezando porque su cuñada le permitiera descansar un poco después de comer.

—Barnaby, por favor, haz que suban los vestidos de la señorita Lonsdale a su habitación y que nos sirvan el almuerzo —ordenó Chantal—. ¿Mi esposo está en casa?

—¿Cómo has conseguido que madame Prynne te consiga tantos vestidos sin antelación? —preguntó Ricard saliendo del despacho y admirando los cinco vestidos que portaba el mayordomo en su brazo.

—No hemos ido a madame Prynne, amor. Ha llegado una nueva modista a la ciudad, madame Fairfax. Dicen que viene de Francia y sus vestidos son realmente revolucionarios.

—Tiene muchos vestidos en exposición —explicó Nicole deshaciéndose de su abrigo—. Las damas pueden elegir los que quieren y sus costureras los arreglan en unas pocas horas.

—Su guardarropa estará listo en dos semanas, así que elegimos algunos vestidos para que pueda usarlos mientras tanto. Para cuando terminamos nuestros recados, madame Fairfax los tenía pulcramente empaquetados y esperando para ser subidos a nuestro carruaje.

—¿Tenéis algún compromiso esta tarde? —preguntó Ricard.

—He querido darle tiempo a Nicky para que se habitúe a su nueva vida —explicó Chantal—. No tenemos ningún compromiso esta semana. ¿Por qué lo preguntas?

—He pensado que podríamos ir a dar un paseo esta tarde por el parque. ¿Qué me decís?

—Me encantaría —dijo Nicole con una sonrisa enorme, olvidando de golpe todo el cansancio que sentía.

—Podéis ir vosotros, amor —respondió Chantal—. Estoy demasiado cansada y quiero dormir un poco antes del baile de los Montrose.

—Acabas de decir que no tenemos ningún compromiso esta semana —protestó su esposo.

—Déjame que rectifique entonces: Nicole no tiene compromisos esta semana, nosotros debemos acudir al baile de los Montrose.

—Aguafiestas...

Nicole rio, contagiando a su hermano y su cuñada. Ricard besó a las dos mujeres de su vida y las escoltó hasta el comedor, donde se sirvió una succulenta comida. Nicole miró los distintos platos con un pequeño resquicio de añoranza en su mirada.

—¿En qué piensas? —preguntó su hermano.

—En lo diferente que es esta comida a la que nos servían en el convento. Había muchas mujeres acogidas bajo nuestro techo y muchas veces escaseaba el alimento. Ha habido días en los que solo hemos tenido un tazón de sopa para comer.

Ricard tomó su mano y la apretó con fuerza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con la voz rota por el dolor de pensar en lo mucho que había sufrido su hermana— Habría hecho una donación al convento.

—No puedes solucionar los problemas del mundo tú solo, Rick. Tu ayuda nos hubiera aliviado la carga durante un tiempo, pero nada más.

—Me encargaré de buscar patrocinadores para San Pablo, ¿qué te parece? Pediré a mis amigos que contribuyan en el funcionamiento de la institución para que tus compañeras no deban conformarse de nuevo solo con una sopa para comer.

—Gracias.

Rick miró hacia la ventana abierta y sonrió.

—Parece que el día se ha despejado —comentó—. ¿Qué te parece si damos el paseo en el cabriolet?

—Una idea estupenda, Nicky —respondió su cuñada—. Necesitas tomar un poco de aire fresco después de tanto encierro.

—No estuve encerrada en una cárcel, Chantal —rio ella.

—Como si lo fuera.

—Iremos en cabriolet, entonces —accedió.

Se dirigieron a Hyde Park después del té de la tarde, para que Nicole pudiera descansar un poco antes del paseo. La primavera había llegado y los jardines florecían en todo su esplendor. Había parejas paseando vigiladas de cerca por sus acompañantes, familias haciendo un picnic y grupos de damas y de caballeros que buscaban algún acercamiento. Nicole cerró los ojos elevando el rostro al cielo y suspiró.

—¿Abrumada? —preguntó su hermano.

—Un poco —reconoció ella—. Chantal... va demasiado deprisa, por decirlo de alguna manera.

—Quiere lo mejor para ti.

—Lo sé, y de veras se lo agradezco. Está siendo una hermana increíble y estoy feliz de tenerla en mi vida, pero... necesito que frene un poco, solo eso.

—Hablaré esta noche con ella, si quieres. Puedo pedirle que...

—No es necesario, no quiero ser desagradecida.

—No es ser desagradecida, Nicky. Pero si necesitas tiempo para amoldarte...

—Chantal tiene razón, hermano. La temporada ya ha empezado y debo darme prisa si quiero hacer mi aparición en sociedad.

—Muy bien, pero si ves que es demasiado para ti deberías hablar con ella. Lo entenderá, Nicky.

—Te prometo que lo haré.

—Me conformo con eso.

No vieron la pelota que rodó por la hierba hasta enredarse entre las patas del caballo, que se encabritó y viró demasiado bruscamente hacia la derecha. Nicole sintió como si fuera a cámara lenta cómo el carruaje empezaba a volcarse, viéndose irremediabilmente lanzada por los aires, pero tres caballeros salieron de la nada y lograron controlar al animal. Terminó cayendo de bruces al suelo con un ruido sordo, quedándose sin aire por un momento.

—¡Santo cielo, señorita! ¿Se encuentran ustedes bien? —dijo una voz a su espalda.

—Estoy bien —susurró cuando encontró su voz.

—Déjeme ayudarla.

Nicole se sentó como pudo en la hierba y levantó la mirada hacia el hombre que le hablaba, el caballero que había logrado sujetar las riendas del caballo y controlar al animal. Su

respiración estaba acelerada debido al cansancio y el nudo del pañuelo que lucía en su cuello se había deshecho por el esfuerzo de controlar al equino, pero era realmente muy apuesto. Sus ojos eran claros, pero no podía distinguir el color desde tanta distancia. Tenía el cabello castaño algo revuelto, rasgos angulosos y mirada penetrante. Se le aceleró la respiración cuando esos ojos se clavaron fijamente en ella.

—¿Señorita? —insistió el caballero ofreciéndole la mano.

—Discúlpeme, aún me siento algo aturdida.

Rick saltó del cabriolet y se agachó para tomarla en sus brazos. La depositó con cuidado en el asiento y se aseguró de que no tuviera ningún hueso roto debido al golpe antes de volverse hacia su salvador.

—Mi hermana se encuentra bien, lord Pennington —respondió su hermano por ella—. Les agradezco enormemente su ayuda, caballeros. De no ser por ustedes tal vez el accidente habría sido mucho peor.

—Ha sido un placer —respondió lord Pennington—. Su hermana parece algo confundida aún por el incidente, lord Lindley. Si gustan, pueden acompañarnos hasta que se encuentre mejor.

—¿Qué dices, Nicky? —susurró su hermano— ¿Necesitas un momento?

—Prefiero que regresemos a casa, hermano —respondió ella en un susurro—. Han sido demasiadas aventuras para un solo día.

Rick asintió y se volvió de nuevo hacia lord Pennington tocando el ala de su sombrero.

—Le agradezco enormemente el ofrecimiento, lord Pennington, pero mi hermana prefiere que regresemos a casa para poder descansar.

—Como gusten —añadió el hombre acariciando con suavidad el flanco del caballo—. Conduzca con cuidado, el animal aún no se ha recuperado del susto y puede volver a encabritarse.

—Iré con sumo cuidado —respondió su hermano—. Buenas tardes, milord.

—Buenas tardes.

Nicole no pudo evitar la tentación de volver a girarse para observar una vez más a la familia del caballero. Parecía una familia numerosa, a juzgar por las personas sentadas sobre la manta, y desde luego la belleza le venía a Lord Pennington de familia. Él permanecía de pie, apoyado distraídamente en la corteza del árbol que les proporcionaba sombra, y el resto de la familia se encontraba sentada en una manta de picnic jugando a las charadas. Pero su mirada estaba fija en el carruaje que se alejaba, y por un momento sus miradas volvieron a encontrarse. Nicole se giró abruptamente, haciendo que su hermano tuviera que tirar de las riendas.

—Si vuelves a moverte así terminaremos en el suelo —protestó el vizconde.

—Lo siento, no lo haré otra vez.

—¿Acaso mirabas a lord Pennington? —sonrió— Es un hombre bastante apuesto, ¿no crees?

—No le miraba a él, Rick —mintió—. Intentaba averiguar de dónde vino esa pelota.

—¿Y has encontrado a su dueño?

—Me temo que no —suspiró—. ¿De qué conoces a lord Pennington?

—No le conozco realmente. Hace unos días un amigo en común nos presentó en el sastre. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad.

—Parece que acaba de llegar del extranjero, y por lo que tengo entendido no tiene esposa.

—No empieces, Rick —rio ella.

—Es un buen partido, Nicky. Tiene una gran fortuna en su poder y será el próximo conde de Onslow.

—Y a un buen puñado de debutantes recién salidas de la escuela entre las que escoger.

—No parece ser de los que se deja llevar por lo que dicta la sociedad —respondió su hermano encogiéndose de hombros—. Tal vez se termine interesando en ti.

—Te aseguro que no lo hará, mucho menos después del ridículo que acabo de hacer frente a él.

—Ha sido un accidente, Nicky. Estoy seguro de que se le habrá olvidado en menos de una hora.

—Lo dudo mucho —rio ella—. No todos los días se encuentra uno a una dama despatarrada en Hyde Park.

—Debes tener la mente abierta, hermana. Tal vez el hombre adecuado está más cerca de lo que piensas... y puede que lo dejes escapar por tozuda.

Capítulo 9

Andrew no prestó atención a la conversación que mantenía su familia. Continuaba con la atención puesta en el carruaje que se alejaba por uno de los caminos hacia la entrada del parque. La hermana de Lindley había logrado llamar su interés, desde luego. Era realmente hermosa, pero parecía como si a ella le desagradara el resto del mundo. Suspiró.

—¿Cuándo has conocido a Lindley? —preguntó Elijah con curiosidad— Llegó a la ciudad mientras estabas en Egipto.

—Hertford nos presentó hace unos días cuando nos encontramos con él en el sastre. ¿Conoces a la hermana?

—Ni siquiera sabía que tenía una —respondió Elijah—. Se casó hace un año con la hija de los marqueses de Stafford, pero su hermana no acudió a la ceremonia.

—¿Te interesa? —preguntó su madre esperanzada por hacer de casamentera.

—No especialmente, mamá. Solo siento curiosidad.

—Parece una dama muy introvertida —observó Clem—. Cuando Andrew les ha ofrecido acompañarnos hasta que se recuperase de la caída me ha dado la sensación de que se ha asustado.

—¿Asustarse de nosotros? —bufó su madre— Menuda estupidez.

—Más bien asustarse de la idea de relacionarse con los demás —adivinó Andrew—. Yo también he tenido la misma sensación.

—¡Por Dios santo! —rio Harvey— Esa pobre muchacha acaba de salir despedida del carruaje y ha aterrizado en el suelo de una manera bochornosa. Seguramente estaba muerta de vergüenza y quería huir del parque lo antes posible.

—¿Tú crees? —preguntó Clem.

—No lo creo, estoy seguro de ello.

—Tienes razón, querido. Esa pobre joven acaba de aparecer por primera vez en público y ha terminado con el vestido levantado y la cara llena de barro. Espero que no sean demasiado crueles con ella.

—No hay suficiente gente en el parque como para que el accidente se convierta en un chisme, amor —la tranquilizó su esposo.

—¿Creéis que acudirá al baile de esta noche? —preguntó Elijah.

—¿Te interesa a ti?

—No me interesa, ni ella ni nadie, mamá —rio su hijo—. Tienes un grandioso proyecto de matrimonio justo a mi lado, a mí déjame en paz.

—Un grandioso proyecto que no necesita mi ayuda —protestó.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —exclamó Andrew.

—Dijiste que la encontrarás por ti mismo.

—Dije que la elegiré yo mismo tomándome mi tiempo, que no es lo mismo.

—¿Puedo ayudarte entonces?

—Puedes proporcionarme información sobre las damas que me interesen, nada más.

—¿Y dónde está la diversión entonces?

—Mamá... eres incorregible —rio Clem—. Espero que cuando Marianne tenga que casarse hayas cambiado... porque si no, pobre de ella.

—Yo no voy a casarme —dijo la aludida, que leía un libro sentada con la espalda apoyada en un árbol.

—Por supuesto que te casarás —dijo Harvey.

—¿Es obligatorio tener que ir a los bailes, papá? —preguntó la niña con ojos de gatito perdido.

—¿Dónde esperas conocer a tu futuro esposo si no?

—Podría conocerle en una librería, o en el parque mientras ambos leemos un libro.

—Si ambos leéis no creo que sea capaz de percatarse de tu presencia —rio Elijah.

—Entonces vosotros le elegiréis por mí —respondió Marianne muy satisfecha de sí misma.

—Presentarse en sociedad es lo más hermoso que puede ocurrirle a una dama, mi cielo —dijo su madre—. Tendrás preciosos vestidos y joyas. Irás a bailar, a montar a caballo, a pasear por el parque, a...

—Nada de eso me interesa —la cortó la niña encogiéndose de hombros—. Prefiero quedarme en casa y leer un buen libro.

—No le hagas caso —susurró Harvey—. Aún es una niña. Cuando crezca sus gustos cambiarán, ya lo verás.

Regresaron a casa para cenar y prepararse para el baile de los Montrose. El salón de baile estaba a rebosar, y Andrew descubrió con satisfacción a unas cuantas debutantes que podrían despertar su interés. Tomó una copa de champán de una bandeja y se acercó a su madre, que charlaba animadamente con su amiga, lady Arden.

—Señoras... —saludó— Madre, ¿conoces a aquella joven de allí? La del vestido de color vainilla.

Violet miró en la dirección que le decía su hijo. Se refería a la señorita Hawthorne, la hija del barón Hawthorne. Había oído algunos comentarios sobre ella la temporada anterior. Se decía que era una joven soberbia y déspota que no desaprovechaba la oportunidad de poner en evidencia al resto de jóvenes. Definitivamente no quería una mujer así para su hijo.

—Es la señorita Hawthorne —respondió—. Bellísima por fuera... pero su interior está totalmente podrido.

—¿A qué te refieres?

—Disfruta poniendo en ridículo al resto de debutantes, sobre todo a las que son tímidas o poco agradecidas.

—No me interesa ese tipo de mujer —dijo Andrew mirando hacia las puertas del jardín—. ¿Y qué me dices de aquella?

—La señorita Sterling —respondió lady Arden—. Está comprometida con el conde Warrington.

—Lástima —se lamentó—. ¿Y...

Su conversación se detuvo cuando el mayordomo informó de la llegada de los vizcondes Lindley y la señorita Lonsdale. Giró la cabeza hacia la puerta para ver llegar al vizconde seguido de su esposa, una mujer realmente bella, y su hermana. La señorita Lonsdale no parecía estar herida después del accidente de aquella tarde, lo que alegró a Andrew, no sabía por qué.

—Nicole Lonsdale —susurró lady Arden—. El cínico de su padre le arrebató la oportunidad de hacer un buen matrimonio, maldito sea.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Violet.

—Rechazó nada más y nada menos que a catorce pretendientes durante las tres temporadas de la muchacha, incluido mi sobrino Charles. Estaba empeñado en obligarla a tomar los hábitos. Por suerte ese malnacido murió hace un mes y su hermano la sacó de aquel lugar.

—Pobre mujer.

—Ahora tiene ya veintitrés años y será considerada una solterona. Será muy difícil que encuentre un marido adecuado a estas alturas.

Andrew pensó que eso era una soberana estupidez. La señorita Lonsdale era una de las mujeres más hermosas que había visto jamás. Tenía el cabello recogido en un moño del que escapaban algunos mechones ondulados. Parecía tan sedoso que cualquier hombre estaría encantado de enterrar sus dedos en él. Le había dado un suave toque de color a sus labios y sus ojos, de un color grisáceo muy claro, resplandecían como los cristales de murano que adornaban las lámparas del salón. Sí... definitivamente la señorita Lonsdale era una auténtica belleza. Se sintió especialmente generoso esa noche y se acercó a ella con la intención de pedirle un baile. Tal vez así los demás caballeros terminarían fijándose en ella.

—Lord Lindley, volvemos a vernos —saludó a su hermano.

—Eso parece, lord Pennington —respondió el hombre con una sonrisa. —Permítame presentarle a mi esposa, Lady Lindley.

—Milady... es un auténtico placer —dijo llevándose su mano enguantada a los labios, pero sin llegar a rozarlos—. Señorita Lonsdale... me preguntaba si me concedería el honor de un baile.

—Yo...

—Por supuesto que bailará con usted, lord Pennington —respondió lady Lindley por ella—. ¿No es así, querida?

—Iba a decir que estaré encantada de bailar con usted —protestó ella mirando con fastidio a su cuñada.

Andrew le tendió la mano y ella la aceptó con una sonrisa algo forzada. Se posicionaron en el centro de la pista de baile y sonaron los primeros acordes de un minué.

—Tengo la sensación de que su cuñada la ha obligado a bailar conmigo, señorita Lonsdale —comentó Andrew.

—Siento haberle dado esa impresión, milord, pero nada más lejos de la realidad. Como he dicho, iba a aceptar su petición antes de que ella se inmiscuyera.

—¿Por qué parece incómoda, entonces?

—Porque esta es la primera vez que bailo en dos años, lord Pennington —reconoció—. Intento no pisar sus pobres pies.

—Le aseguro que lo está haciendo usted de maravilla, señorita Lonsdale —rio Andrew.

—Es usted demasiado amable, pero se lo agradezco.

—Me alegra comprobar que salió ilesa del accidente de esta tarde.

—Lo único que salió herido fue mi orgullo, por suerte. Me gustaría agradecerle su actuación, milord. De no ser por usted y sus hermanos podría haber sido mucho peor.

—En cuanto vi la dirección que tomaba esa pelota supe que iba a traer problemas.

—¿Descubrió quién era su dueño?

—Fuera quien fuera, en cuanto vio el daño ocasionado desapareció del parque como un fantasma. Me temo que nunca sabremos quién lo causó.

—Me ha dicho mi hermano que acaba usted de regresar a Londres después de un largo viaje.

—Así es. He pasado dos años en Egipto estudiando arqueología.

—¿Le gustan los hallazgos arqueológicos?

—Disfruto mucho escuchando a los grandes maestros de la materia hablar sobre ellas, sí. De hecho, un amigo de la familia posee la mayor colección de objetos egipcios del país y suelo ir a visitarle para que me cuente sus muchas historias.

—Es increíble tener algo que te apasione tanto en la vida —suspiró.

—¿Usted no tiene ninguna afición?

—Me temo que no, milord. He vivido en un convento durante estos dos últimos años y mi tiempo estaba demasiado ocupado como para tener aficiones.

—¿Por decisión propia?

—Por obligación. En mi familia tenían la tradición de reservar a la primera hija nacida para tomar los hábitos.

—Pero por su tono deduzco que usted no quería hacerlo.

—Desde luego que no. Me habría gustado casarme y formar mi propia familia, pero ahora...

—Aún puede tener su oportunidad.

—¿No sabe que ya soy considerada una solterona? —susurró— Durante el poco tiempo que llevo aquí he escuchado más veces de las que me gustaría las palabras “pobre mujer” refiriéndose a mí.

—Yo no diría que es usted una pobre mujer. Si está aquí significa que es una dama con suerte. ¿Me equivoco?

—Desde luego que no. Mi familia —dijo señalando a su hermano, que bailaba con Chantal a pocos pasos de ellos— es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Tanto mi hermano como mi cuñada me quieren y se preocupan por mi felicidad.

—Debería usted buscar un esposo y callar a todas esas alcahuetas que sienten lástima por usted.

—¿Un viudo con varios hijos que seguramente me odien por haberme inmiscuido en su vida? No, gracias.

La carcajada de Andrew resonó por todo el salón, haciendo que todas las miradas se volvieran hacia ellos.

—Debo decirle, señorita Lonsdale, que está usted bailando con uno de esos viudos —confesó Andrew—. Sin hijos, lamentablemente.

—¡Oh! ¡Dios santo, lo siento tanto! No pretendía...

—No se disculpe, no tiene importancia.

—Lamento mucho su pérdida, milord.

—Fue hace ya mucho tiempo. De hecho, curiosamente estoy buscando una esposa, si está usted interesada...

Volvió a reír ante la cara de espanto de ella. La señorita Lonsdale era sin duda una mujer muy divertida... e interesante.

—Solo bromeaba, no se espante usted tanto —bromeó—. Es usted una dama de lo más interesante, señorita Lonsdale.

—¿Es un halago o un insulto, milord?

—Un halago, por supuesto. Y dígame, ¿qué pretende hacer con su vida si no baraja el matrimonio?

—Me gustaría ser la dama de compañía de alguna dama viuda a quien le guste mucho viajar. El único lugar que he visitado fuera de Cornualles ha sido Londres y me gustaría conocer otras ciudades del mundo.

—Antes de dirigirme a Egipto para llevar a cabo mis estudios me desvié para visitar algunas ciudades del sur de Europa. Fue una experiencia única, le aseguro que lo disfrutará mucho.

La melodía terminó y Andrew acompañó a la señorita Lonsdale hacia donde se encontraba su hermano.

—Un placer, señorita Lonsdale —se despidió.

—Lo mismo digo, milord.

Nicole le observó desaparecer entre el gentío. Cuando le había visto al llegar al baile se había quedado sin respiración. Era realmente apuesto, todo un caballero y ahora que había intercambiado unas palabras con él, había descubierto que era un tipo divertido. No solo no la había juzgado, sino que había bromeado con ella cuando creyó haber metido la pata.

—¿Sabías que lord Pennington es viudo? —preguntó a Chantal.

—¿Cuál de ellos? Porque hay tres.

—El Pennington con el que acabo de bailar —rio Nicole.

—Oh, ese Pennington... Creo que estuvo casado hace unos años, pero su esposa murió en el parto junto con su bebé. Fue una verdadera tragedia y él resultó muy afectado.

—Seguramente ese fuera el motivo de su viaje —adivinó ella.

—Puede ser. Su hermano le acompañó, según tengo entendido. El mediano —aclaró al ver la pregunta en el rostro de su cuñada.

—Parece una familia muy unida.

—Todo el mundo habla con cierta envidia del matrimonio de los condes de Onslow.

—¿Fue por amor?

—No fue un matrimonio por amor, pero se casaron enamorados. Durante el cortejo los sentimientos fluyeron entre ellos como una bella flor y siguen enamorados después de tantos años.

—¿Y qué me dices de los otros dos hermanos?

—Elijah Pennington dirige el laboratorio de astronomía de Oxford. Es un erudito a quien no le gusta demasiado acudir a eventos sociales. Si lo hace es por contentar a su madre.

—¿Y el otro?

—Clement Pennington es el tipo de hombre del que tienes que alejarte a la mayor brevedad. Es un mujeriego y un jugador empedernido. Dicen las malas lenguas que se embarcó junto a su hermano para huir de un escándalo, pero jamás nada salió a la luz.

—Quizás es que las malas lenguas se equivocan, Chantal.

—Puede ser. ¿Estás interesada en alguno de ellos, Nicky?

—¡Claro que no! Solo siento curiosidad. Fueron ellos quienes nos salvaron esta tarde de sufrir un accidente.

—Espero que se lo hayas agradecido como corresponde.

—Lo he hecho, sí. Al Pennington viudo al menos.

—Andrew. Se llama Andrew.

La conversación fue interrumpida cuando otro caballero, y después otro más, se acercaron a ella para sacarla a bailar. En un momento dado, su mirada se cruzó con la de Andrew Pennington y este le dedicó un descarado guiño acompañado de una sonrisa cómplice. Entonces lo entendió todo. Andrew Pennington había mostrado un genuino interés en ella, y había llamado la atención sobre ellos durante el baile, solo por una razón: pretendía que los demás caballeros se fijaran en ella.

Capítulo 10

Durante los días siguientes, Nicole recibió visitas todos los días. Lord Cavendish la visitó cada día durante cinco días consecutivos. Lord Harrington y lord Fizwilliam la visitaron el primer día, pero debía haber algún tipo de rivalidad entre ellos porque al descubrir que ambos estaban interesados dejaron de pretenderla casi al mismo tiempo (cosa que agradeció, porque no estaba interesada en ninguno de ellos). Lord Beaumont comenzó a visitarla tres días después del baile y lord Northumberland no la había visitado, pero se había encargado de pedirle un baile en cada evento social en el que se encontraban. Nicole se sentía totalmente exhausta... y cansada de aquello. Porque ninguno de esos caballeros le interesaba en lo más mínimo, y ahora que tenía la oportunidad de elegir por sí misma no se iba a conformar con cualquiera.

Por suerte para Nicole, en ese tiempo también había conseguido hacer una amiga. La señorita Gavenia Pelham-Clinton, una mujer menuda, aunque llena de calidez y bondad. A diferencia de Nicole, Gaby no había recibido ni una sola proposición de matrimonio durante sus tres temporadas anteriores. Y no es que careciera de belleza, pero era americana. Su padre se había casado con una neoyorquina, y aunque fue amenazado con perder la herencia, cuando su abuelo falleció resultó que el anciano jamás le había desheredado, así que lord Pelham heredó el título de barón y una fortuna más que considerable. Regresó a Londres para hacerse cargo de su título cuando Gaby tenía ya quince años, y la noticia de su procedencia se extendió como la espuma... aunque nadie tenía idea de quién podía haber esparcido el rumor.

Había quedado en encontrarse con ella aquella mañana para acudir al mercadillo. Gaby necesitaba algunos lazos y Aimee pensó que sería buena idea buscar algunos adornos para ella también. Trinket Lane era un hervidero de vestidos elegantes y parasoles con bonitos diseños florales. Encontró a Gaby en el puesto de los abanicos, su debilidad. Su amiga poseía una extensa colección de ellos y siempre que podía aprovechaba para aumentarla un poco más.

—Sabía que te encontraría aquí —sonrió Nicole al acercarse a ella.

—¡Nicky! Ya me conoces, me encantan los abanicos.

—Ella es Aimee, mi doncella.

—Es un placer, Aimee. Jean debe estar por alguna parte —dijo estirando el cuello para mirar por encima de la multitud—. Allí está, en el puesto de lazos.

Gaby se tomó de su brazo y caminaron juntas mirando entre los diferentes puestos. Nicole compró unas horquillas de perlas que le gustaron mucho, algunas flores secas que eligió Aimee para adornar su nuevo sombrero y un broche en forma de cisne para su nuevo chal. Cuando terminaron sus compras, se dirigieron a Convent Garden para tomar el té en *The Blooming Teapot*, el salón de té más famoso de la ciudad. Nicole se sorprendió al ver allí a Andrew Pennington tomando el té con una dama. No había tenido oportunidad de verle desde el baile de los Montrose y sintió un vuelco en el estómago cuando sus ojos de color caramelo se posaron en ella. El caballero se levantó rápidamente para saludarla con una sonrisa.

—Me alegra verla de nuevo, señorita Lonsdale —dijo con una elegante reverencia.

—Lo mismo digo, milord. ¿Conoce usted a mi amiga, la señorita Pelham-Clinton?

—No tengo el placer. Señorita Pelham...

—Lord Pennington... Debo decir que yo sí he oído hablar de usted.

—Cosas buenas, espero.

—De todo un poco, aquí y allá. Pero la mayoría bueno.

—Me alegra escucharlo. ¿Cómo ha estado, señorita Lonsdale?

—Algo atareada, milord. Gracias a su estratagema del otro día los caballeros no dejan de llamar a mi puerta.

—Pensé que si uno de los solteros más deseados de la temporada se fijaba en usted, rápidamente el resto de caballeros se pondrían a la cola.

—Le agradezco la ayuda, milord, aunque creo que no dará resultado. Algunos me doblan la edad, y los que no...

—Acaba de aparecer en sociedad, señorita Lonsdale —respondió él con un guiño—, deles un poco de tiempo.

La mujer que estaba sentada con él se acercó y le tomó del brazo mirando a las dos amigas con una sonrisa.

—Permítame presentarle a una buena amiga, la baronesa Degrey —presentó lord Pennington—. Amelia, ellas son la señorita Lonsdale y la señorita Pelham-Clinton.

—Es un placer conocerla, milady —respondió Gaby una sonrisa.

—Lo mismo digo, señorita Pelham. Señorita Lonsdale, debe saber que mucha gente está hablando de su innegable belleza. Será la sensación de la temporada.

—Tengo ya veintitrés años, lady Degrey —respondió Nick—. La mayoría me considera ya una solterona.

—Tonterías... Ninguna dama es demasiado mayor para contraer matrimonio. Y si como dice hay tantos caballeros interesados en usted...

—El problema es que yo no estoy interesada en ninguno de ellos, milady.

—Es un punto a tener en cuenta —rio la baronesa—. ¿Por qué no nos acompañan? Hay sitio de sobra en nuestra mesa.

—No quisiéramos molestar...

—Tonterías, no molestan —negó lady Degrey tomándola del brazo—. Empezaba a aburrirme de tanta charla sobre Egipto.

—Mentirosa... estabas encantada —protestó Pennington.

—Lo estaba... pero ya me cansé. Y dígame, ¿cómo es que nunca la he visto por Londres? Conozco de vista a la señorita Pelham, pero a usted...

—Acaba de mudarse desde Cornualles —explicó brevemente Andrew, cosa que Nicole agradeció.

—Oh... me encanta aquel lugar —suspiró Amelia—. Solía acompañar a mi madre en verano. El balneario de agua salada es espectacular.

—Echo de menos los paseos por la playa —respondió ella sonriendo—. A veces podía pasarme la tarde entera sentada en la arena leyendo o buscando conchas.

—En Londres no tenemos mar, pero hay muchas otras diversiones que estoy segura de que le encantarán.

—Seguro que sí.

Tomaron el té acompañado con una charla muy amena. Cuando llegó el esposo de lady Degrey (uno de los mejores amigos de lord Pennington), la pareja se despidió y él se ofreció a escoltarlas a ambas hasta sus respectivas residencias. Se dirigieron en primer lugar a la casa de Gaby, que se encontraba más cerca, y caminaron juntos hasta Grovenor Square.

—Le agradezco que me haya salvado de hablar sobre mi pasado con lady Degrey — agradeció en cuanto se quedaron a solas.

—Supuse que no querría hablar de ello con una desconocida.

—Tiene razón, no es algo de lo que me guste hablar en general.

—Me alegra saber que le transmito la suficiente confianza como para que me hablase de ello en aquel baile.

—También me sorprendió hacerlo, créame. Lady Degrey y usted parecen ser muy buenos amigos —comentó, arrancándole una sonrisa a Andrew.

—Amelia fue la primera mujer a la que cortejé, si es que se puede llamar así, tras el fallecimiento de mi esposa.

—Oh...

—Ella buscaba un matrimonio por amor y yo no estaba listo para comprometerme a algo semejante, así que el cortejo terminó y seguimos siendo amigos.

—Pero usted se marchó.

—Lo hice, sí. Y durante mi estancia en el extranjero descubrí que, casualidades del destino, encontró lo que buscaba con uno de mis amigos. Ha sido a mi regreso cuando nuestra amistad se ha afianzado más, señorita Lonsdale. Aprecio mucho a Amelia, pero también aprecio a su esposo.

—Sé a qué se refiere. Gaby y yo nos conocimos hace apenas unos días pero parece que nos conocemos desde siempre.

—¿No tenía amigas en el convento?

—Por supuesto que sí. Me llevaba bien con todas las hermanas, pero especialmente con Isabel. Al contrario de mí, ella estaba en el convento por vocación. Es una persona maravillosa y será una gran hermana algún día.

—Pero la señorita Pelham es diferente, intuyo.

—¡Son como la noche y el día! —rio ella— Mientras que Isabel era un remanso de paz y tranquilidad, Gaby es un torbellino que arrasa con todo a su paso. Me arrastra con ella sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

—Le hace bien su amistad.

—Mucho bien, lo reconozco. Temía sentirme sola al venir aquí, pero en ella he encontrado un apoyo incondicional.

—Me alegra oírlo.

—¿Y qué me dice de usted, milord? ¿Ha encontrado ya alguna dama con la que casarse?

—Me temo que ninguna ha logrado captar mi interés.

—Eso es porque no se ha esforzado lo suficiente.

—Lo estoy haciendo, créame. No hay mayor esfuerzo que escuchar a la señorita Lascelles tocar el pianoforte desde la primera fila.

—¡Oh, es usted cruel! —rio ella recordando el concierto en el que se encontraron por casualidad hacía tan solo unos días—. La señorita Lascelles es un poco... peculiar a la hora de tocar.

—¿Peculiar? Salí de su pequeño concierto con dolor de cabeza.

—Reconozco que yo escapé en la mitad del concierto aprovechando que mi cuñada no se sentía bien.

—¿Está enferma?

—Embarazada —confesó—. O al menos eso es lo que pienso.

—Dudo que tenga usted mucha experiencia en el asunto, señorita Lonsdale —rio

Andrew.

—Pero la tengo, milord. Durante mi estancia en San Pablo llegaron algunas mujeres en estado y compartían sus mismas afecciones.

—Espero que tenga usted razón.

—Rick sería el hombre más feliz del mundo. Y yo también, para qué negarlo. Estoy deseando tener un sobrino.

—Podría tener hijos. Aún tiene edad para poder hacerlo.

—Ese sueño se esfumó hace ya tiempo, milord. Ya me he hecho a la idea.

—Es una lástima que piense usted así —susurró Andrew.

Llegaron a su casa y lord Pennington se despidió de ella llevándose la mano enguantada al sombrero.

—Buenas noches, señorita Lonsdale —añadió.

—Buenas noches, milord, y gracias por escoltarme a casa.

—Ha sido un placer. Señoras...

Nicole le observó hasta que se perdió calle arriba y entró en la casa acompañada de Aimee, que aún suspiraba por el apuesto caballero.

—¿Es cierto lo que han visto mis ojos, Nicky? —preguntó su cuñada, que estaba bordando unos pañuelos sentada en el salón principal.

—No es lo que estás pensando. Nos encontramos con lord Pennington en el salón de té y se ofreció a acompañarnos a casa. A ambas.

—Ajam.

—¡Es cierto!

—Lo que tú digas.

—Lord Pennington solo estaba siendo amable, Chantal.

—Pienso que es demasiado amable con una dama que supuestamente no le interesa...

—¿Cómo te encuentras? —preguntó cambiando deliberadamente de tema— ¿Te sientes mejor?

—Algo mareada, pero como dijiste con las galletitas saladas se me han pasado las náuseas.

—Era el remedio que usábamos con las mujeres embarazadas en San Pablo —dijo con intención.

Se echó a reír cuando Chantal se irguió de golpe, dejando caer el bastidor al suelo.

—¿Crees de veras que puedo estar embarazada? —preguntó en un susurro.

—No lo sé. ¿Hay posibilidad de que lo estés?

—Muchísimas posibilidades —respondió su cuñada mirándola con picardía.

—Deberías hacer llamar al médico, Chantal. Creo que lo estás.

Dos días más tarde, el médico de la familia confirmaba que Chantal esperaba a su primer hijo. Su hermano lloró de la emoción... y ella sintió una pequeña punzada de celos en el pecho. Había sido ella quien decidiera no volver a casarse, pero ahora que veía la felicidad que sentían su hermano y su cuñada no lo tenía tan claro. Así se lo hizo saber a Gaby durante el baile de Almack's de aquella semana. Gaby la escuchó, alabó su decisión... y decidió tomar cartas en el asunto. Como solterona consumada que era, se acercó descaradamente a varios caballeros para hacer las presentaciones pertinentes... e incitarlos con disimulo a bailar con ella. Nicole no había bailado tanto desde su primera temporada. Pero no todo fue bueno... también estaba Samuel Brassey, marqués de Gough. Lord Gough era el hombre más desagradable que había tenido el placer de conocer. No solo le parecía desagradable a la vista (siempre tenía las comisuras de la

boca manchadas de espuma blanca producida por su saliva), sino que era un hombre insoportable en todos los sentidos. La hizo sentir como ganado a punto de ser comprado, y no solo eso, sino que siguió insistiendo en cortejarla a pesar de que ella ya le había dicho que no tenía intención de casarse.

Se escabulló entre la multitud en cuanto tuvo oportunidad para escapar de su acoso. Su intención era evitarle escondiéndose en el baño de señoras, pero antes de llegar a la puerta del salón se topó con un pecho musculoso.

—¿Huye usted de algo, señorita Lonsdale? —preguntó lord Pennington con humor.

—De alguien, milord —reconoció ella—. Un caballero que no entiende el significado de la palabra no.

—¿De quién se trata?

—Gough.

Andrew miró por encima de su cabeza hasta el lugar donde se encontraba el marqués.

—¿Quiere que me libre de él? —preguntó.

—¿Podría hacer eso por mí, milord?

—Desde luego. Somos amigos, ¿no es así?

Nicole le miró con una radiante sonrisa y asintió. Andrew le ofreció el brazo, que ella aceptó gustosa, pero en cuanto se dio cuenta de que se dirigían hacia el marqués intentó frenarle clavando los tacones de sus zapatillas de baile en el suelo de mármol, sin ningún éxito.

—¿Por qué vamos hacia él? —susurró.

—Confíe en mí.

—Pero...

—¡Lord Gough! —exclamó Andrew con demasiada efusividad para el gusto de Nicole—. Hacía mucho tiempo que no le veía por aquí. ¿Ha estado de viaje?

—Regresé de Bath hace unas semanas —respondió Gough sin apartar la mirada de Nicole.

—¿Conoce ya a la señorita Lonsdale? Es una muy querida amiga de la familia.

—La conozco, en efecto.

—¿Sabe? La señorita Lonsdale y yo hemos entablado una muy buena amistad durante el tiempo que lleva en Londres. Su hermano es uno de mis mejores amigos, como supongo que ya sabrá.

—No tenía noticias de ello.

—Eso es porque ha estado usted en Bath —continuó Andrew restándole importancia—. El caso es que lord Lindley es muy protector con su hermana... y por extensión, yo también lo soy. ¿Entiende lo que quiero decir?

—No tengo ni la más remota idea.

—Quiero decir que, si me entero de que algún caballero, por noble o rico que sea, molesta a la señorita Lonsdale, voy a tomar cartas en el asunto. ¿Me entiende usted ahora, Gough?

—Perfectamente, milord.

—Fantástico. Y ahora, si me disculpa, es mi turno de bailar con mi querida amiga.

Llevó a Nicole hasta la pista de baile. Los primeros acordes de una cuadrilla comenzaron a sonar y la joven empezó a bailar con una radiante sonrisa.

—Me ha salvado de nuevo, milord —dijo—. Estaré eternamente agradecida con usted.

—Si Gough vuelve a molestarla debería decírselo a su hermano. Él se encargará de ponerlo en su lugar.

—No quería preocuparle —reconoció—. Ahora está muy feliz por el embarazo de mi cuñada y...

—¿Finalmente está embarazada?

—Así es, milord.

—Transmítales mi enhorabuena a ambos.

—Lo haré.

—¿Puedo preguntar quién la acompaña esta noche?

—He venido con Gaby y sus padres —respondió ella—. Chantal no se encontraba muy bien y he obligado a mi hermano a quedarse con ella.

—¿Tiene ya en mente alguna dama a la que acompañar en sus viajes?

—Aún no —suspiró—. Con el interés que tienen los caballeros en mí, mi hermano ha olvidado convenientemente hablar con la mujer que tenía en mente.

—Y sigue usted sin encontrar a un caballero adecuado...

—Eso me temo...

—¿Hay algo que la preocupa?

—No es preocupación, en realidad. Al ver a mi cuñada encinta me ha dado un poco de envidia. Siempre quise casarme y tener al menos media docena de hijos...

—¿Tantos? —rio Andrew.

—Tal vez he exagerado un poquito —reconoció ella riendo también.

—Logrará hacer su sueño realidad, señorita Lonsdale. Solo debe tener un poco de paciencia.

El baile terminó y Andrew la acompañó hasta donde se encontraban los padres de su amiga. Nicole le vio marchar y por un instante pensó que Andrew Pennington sería una opción más que interesante para pensar en el matrimonio... Lástima que él no estuviera en absoluto interesado en ella.

Capítulo 11

Algunas semanas más tarde, Andrew y su familia acudieron al fin de semana que organizaban los marqueses de Huntly en su casa de campo, situada en Berkshire. Era uno de los eventos más esperados todos los años, pues el calor del mes de mayo algunas veces era extenuante. La Pennington que con más alegría esperaba ese fin de semana era Marianne, que compartía con la hija de los duques su gusto por la lectura. Mientras las dos niñas disfrutaban de su encierro en la biblioteca infantil de Josephine, los adultos tendrían por delante cuatro días de música, baile, juegos y diversión. Andrew se repantigó en el carruaje que compartía con sus dos hermanos y cerró los ojos dispuesto a dormir durante el largo viaje hasta Berkshire.

—¿Crees que Andrew encontrará esposa en el baile de los Huntly? —preguntó Elijah a Clement pensando que su hermano mayor estaba dormido.

—No parece tener prisa por encontrarla —respondió Clem.

—Pero le dijo a mamá que lo haría. Si ella descubre que no tiene interés en...

—Aún no he encontrado a una dama adecuada, es todo —le interrumpió él sin abrir los ojos.

—Pensé que dormías —se disculpó Elijah.

—Es imposible hacerlo con vuestra cháchara.

—¿Hay alguien a quien tengas en mente, hermano?

—¿A qué viene tanto interés en mi vida amorosa?

—Creo que mamá le ha chantajeado —rio Clem.

—Solo quiere saber si tienes a alguna candidata en mente, no pretende inmiscuirse —se defendió Ely.

—Eres demasiado joven para conocer las estratagemas de nuestra madre, Ely —rio Andrew—. Lo único que pretende es precisamente eso.

—Si no le digo algo pronto le dirá a todo el mundo que busco esposa para amargarme la existencia durante la temporada —bufó el menor.

—Dile que tengo a algunas damas en consideración, pero que aún no me he decidido por ninguna —concedió Andrew.

—Preguntará quiénes son —advirtió Clem.

—Tienes razón...

—Dile que está evaluando a la señorita Lonsdale —rio Clem.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Andrew incorporándose de golpe en su asiento.

—¿Quién es la señorita Lonsdale? —preguntó Elijah mirando de uno a otro.

—¿Recuerdas el día de picnic poco después de nuestro regreso? —explicó Clem— Evitamos un accidente.

—Oh... es cierto. Una dama se cayó del... Espera, ¿esa es la señorita Lonsdale?

—La misma —asintió Clement—. Desde entonces Andrew ha bailado con ella en alguna que otra ocasión.

—¿Te interesa, Andrew?

—No, no me interesa —bufó él—. La señorita Lonsdale y yo solo somos amigos.
—Amigos... —repitió Elijah escéptico.
—Eso es, amigos.
—Es una solterona —susurró Clem.
—Y nuestro hermano viudo —dijo Elijah sin pensar—. Lo siento, Andrew, yo...
—Está bien, Ely. Hace ya mucho tiempo de la muerte de Charlotte y no has dicho nada más que la verdad. Y en cuanto a la señorita Lonsdale... solo he estado ayudándola un poco.
—¿Ayudándola a encontrar esposo?
—A despertar el interés de los caballeros. Es una solterona, es cierto, pero no está cerrada a la oportunidad de casarse siempre que el caballero esté a la altura de sus expectativas.
—Y seguro que tú las cumples todas —adivinó Clement cruzándose de brazos.
—Ni siquiera estoy en la ecuación, Clem.
—Puede que tú no la tengas en mente a ella, hermano, pero ¿quién te dice que ella no te tiene a ti?
—Por lo que recuerdo, la dama en cuestión era muy hermosa —añadió Elijah acariciándose el mentón.
—Lo es, desde luego —coincidió Andrew.
—¿Y qué te detiene entonces de cortejarla? —preguntó Clem.
—La verdad es que ni siquiera me lo he planteado. Es agradable estar con ella, lo reconozco, pero jamás he pensado en ella como una posible candidata a ser mi esposa.
—¿Y por qué no?
—La verdad es que no lo sé.
—¿Por qué no la cortejas? —le animó Ely— Acabas de decirnos que te agrada pasar tiempo con ella, podría ser una buena unión después de todo.
Andrew no contestó, permaneció con la mirada perdida en la ventana. Sus hermanos tenían razón... en parte. De todas las damas que había conocido durante aquellos meses (y debía reconocer que habían sido quizás demasiadas), la señorita Lonsdale era la única con la que se divertía. Tal vez fuera porque nunca la había considerado una opción, o tal vez era porque ella no parecía estar en absoluto interesada en él. Sonreía cuando se acercaba a saludarla, aceptaba bailar con él o permitía que la escoltara si se encontraban en la calle, pero jamás mostró el típico comportamiento nervioso de una mujer interesada. No... definitivamente la señorita Lonsdale no era una opción.
—Ella no está interesada en mí —respondió—. Si le pidiera matrimonio seguramente me rechazaría.
—¿Cómo puedes saberlo si no lo intentas? —preguntó Elijah.
—No voy a estropear mi amistad con ella por probar algo que ya sé bien. Fin de la discusión.
—¿Y qué le digo a nuestra madre? —se quejó el menor.
—Que estoy en ello... pero aún no he encontrado a la adecuada.

Nicole observaba maravillada la gran mansión de los marqueses Huntly mientras su hermano saludaba a su anfitrión. Ricard se había sentido realmente sorprendido al recibir la invitación a dicho evento, pues el marqués y él ni siquiera habían sido presentados formalmente desde su llegada a Londres.

—Será la oportunidad perfecta para ti, Nicky —había dicho Chantal al enterarse de la noticia.

—¿Para mí?

—Podrás conocer a los mejores solteros de Londres. La creme de la creme de la alta sociedad se encontrará este fin de semana en Berkshire.

Nicole asintió con una sonrisa... aunque no estaba en absoluto de acuerdo con ella. Después de su charla con lord Pennington hacía ya tres semanas, había recibido algunas visitas de caballeros mucho más adecuados para ella. Caballeros jóvenes, apuestos y de buena fortuna con los que cualquier dama con dos dedos de frente aceptaría casarse. El único problema era que, a sus ojos, el único hombre al que le diría que sí en esos momentos era, ni más ni menos, que Andrew Pennington... que definitivamente no estaba interesado en ella más allá de su amistad. Y es que durante el corto lapso de tiempo que había vivido en Londres, Andrew era el único con el que realmente disfrutaba pasando su tiempo. Y no es que se hubieran visto a diario, todo lo contrario. Las pocas ocasiones en las que habían coincidido habían hecho a Nicole desear encontrarse con él en cada evento social, por pequeño que fuera.

Regresó a la realidad cuando su familia comenzó a andar hacia la mansión. Con la fachada de piedra caliza, grandes ventanas simétricas y un elegante pórtico con columnas, la residencia irradiaba refinamiento y elegancia. Los jardines que rodeaban la propiedad, cuidados con sumo esmero, poseían parterres bordeados por setos bajos y adornados con una variedad de flores que aportaban color y vida al paisaje. La habitación de Nicole se encontraba en la primera planta. Sus paredes estaban adornadas con papel tapiz de patrones florales suaves, con una gran chimenea de mármol presidiendo la estancia. Tenía una bonita cama con dosel vestida con sábanas de lino y una colcha de brocado, y el suelo estaba cubierto por una alfombra persa. Los muebles eran de caoba y, frente a la puerta, un gran ventanal daba paso a un balcón desde el que se podía divisar el hermoso jardín.

Se dejó caer en la cama con un suspiro y miró alrededor. Su baúl descansaba junto al armario, y seguramente Aimee ya se había encargado de su vestuario. Como si la hubiera conjurado, la doncella entró a la habitación seguida de dos lacayos que portaban cubos de agua caliente.

—Lady Huntly pensó que necesitaría un baño después de tan largo viaje —explicó Aimee observando a los sirvientes llenar la tina de cobre que se encontraba en una pequeña habitación contigua.

—Lady Huntly tenía razón... Estoy agotada.

—Puede usted dormir después del baño al menos un par de horas. Se servirá una cena informal en el comedor principal para los invitados que han llegado hoy, pero si lo prefiere puedo decirle al servicio que prefiere cenar en privado.

—No quiero ser irrespetuosa con nuestros anfitriones, Aimee. Dormiré un par de horas como dices y bajaré a cenar. ¿Podrías planchar mi vestido color vainilla, por favor?

—Por supuesto, señorita. Lo tendré listo para cuando se despierte.

Aimee la ayudó a lavar su largo cabello y, tras el relajante baño, se sentó junto a la ventana para secarlo con la brisa. Fue capaz de dormir solo una hora antes de la cena, pero se despertó tan renovada como si lo hubiera hecho durante horas. La doncella recogió su melena en un moño bajo adornado con una peineta de perlas y una vez vestida se miró en el espejo de cuerpo entero, admirando la belleza de aquel vestido con margaritas bordadas a lo largo del bajo de la falda. Chantal y su hermano pasaron a recogerla antes de bajar al salón. Apenas estaban allí la mitad de los invitados, el resto llegaría a primera hora de la mañana para unirse a las diferentes actividades que los marqueses habían preparado.

—Lord Lindley... —dijo una voz a su espalda.

A Nicole le dio un vuelco el estómago al escuchar la voz de Andrew Pennington. Se giró con una tímida sonrisa, y él la recompensó con una radiante y sincera.

—Lord Pennington... Querría agradecerle que le sugiriese mi nombre a lord Huntly —respondió su hermano—. Como bien sabe, no llevamos demasiado tiempo en Londres y aún no somos incluidos en algunos eventos de la índole de este.

—No es necesario tal agradecimiento. Me preguntaba si sería posible escoltar a la señorita Lonsdale hasta la mesa, dado que es una cena informal.

—No soy yo quien debe darle permiso, Pennington. Mi hermana es lo suficientemente adulta para tomar sus propias decisiones —respondió Rick con una sonrisa.

—Será un placer acompañarle, milord —dijo Nicole aceptando su brazo.

Entraron en el comedor y Andrew la llevó hasta el extremo donde se encontraba su familia. Chantal y Ricard se sentaron a su derecha, de modo que pudiera estar cómoda (le había hablado a su hermano del acoso de lord Gough y de cómo lord Pennington la había salvado).

—No sabía que nuestra presencia aquí fuera idea suya —comentó Nicole en un susurro—. Se lo agradezco.

—Pensé que podía ser una muy buena oportunidad para usted —confesó Andrew—, podrá conocer a todos los solteros a tener en cuenta de Londres. Y si no encuentra lo que busca, da la casualidad de que la dama de compañía de lady Arden, una buena amiga de la familia, dejará su puesto muy pronto.

—¿Por qué motivo?

—Para casarse. Lady Arden es conocida por su don para emparejar a todo el que le rodea. Por suerte, siempre acierta.

—Entiendo.

—Además de ello, durante el resto del año se dedica a viajar por Europa. Supuse que ese sería el mejor aliciente para que usted considerase quedarse con el puesto.

—Desde luego que lo es.

—Llegaré por la mañana, las presentaré a la hora del almuerzo.

—Tiende usted a rescatarme, lord Pennington —bromeó.

—No creo que esto pueda ser considerado un rescate. Simplemente ayudo a una amiga a ser feliz.

Feliz... era una bella palabra. La verdad era que Nicole era feliz desde que salió de San Pedro. Su familia era maravillosa y la trataban muy bien, había conocido buenos amigos y disfrutaba enormemente de los eventos sociales a pesar de ser una solterona.

La cena se componía de sopa de pescado, asado de venado con patatas y verduras asadas y una ensalada de vegetales de la temporada aliñada con salsa de mostaza. De postre se sirvió un pudín de pan con fruta fresca, crema batida y mermelada recién hecha. Para entonces, Nicole estaba realmente cansada. Habían madrugado mucho para prepararse para el viaje y había sido incapaz de conciliar el sueño durante la travesía, por lo que se le escapó un pequeño bostezo que disimuló con la mano enguantada.

—¿Cansada? —susurró Pennington a su oído, provocándole un escalofrío con su aliento.

—No he podido dormir mucho durante el viaje y al llegar solo he podido descansar una hora —reconoció.

—Es una pena que vaya usted a perderse los juegos de más tarde.

—¿Habrán juegos?

—Desde luego, aunque somos muy pocos los que nos quedamos hasta el final. Hay quien juega a las cartas o el ajedrez, pero le aseguro que lo más divertido son las charadas.

—Me temo que no sé si aguantaré suficiente.

—No se preocupe, podrá participar mañana por la noche. Es una costumbre que suele gustar mucho a los invitados.

Un remolino de faldas coloridas atravesó la habitación llenándola de gritos de pavor. Josephine, la pequeña hija de sus anfitriones, trepó rápidamente por la pierna de su padre, seguida de cerca por Marianne, que hizo lo mismo con el suyo.

—¿Qué ocurre, mi amor? —susurró el marqués *acariciando* el cabello de su hija.

—¡Un ratón! —exclamó— ¡*Princesa* ha metido un ratón en casa!

—Era enorme, papá —añadió Marianne a Harvey—. Al menos así de grande.

—Sí que es enorme —bromeó el conde—. Debisteis estar muy asustadas.

—¿Quién es *Princesa*? —susurró Nicole a lord Pennington.

—El gato persa de los Huntly —explicó—. Tiene por costumbre obsequiar a sus dueños con regalos algo...

—¿Vivos? —adivinó ella.

—O muertos, la mayor parte de las veces. La última vez dejó sobre el piano de cola un murciélago, y la vez anterior una lagartija.

—Qué asco...

—Fue divertido ver cómo las debutantes salían despavoridas del salón de baile —reconoció con un guiño.

La cena terminó y Nicole regresó a su habitación. Aimee la ayudó a quitarse el vestido, deshizo su peinado y la ayudó a ponerse el camisón. Cuando la doncella se despidió, Nicole se acercó hasta la puerta y echó el cerrojo. La joven sufría una curiosa afección que ningún médico había logrado curar. Nada grave, desde luego. Cuando estaba nerviosa o inquieta, solía caminar en sueños. Su padre había mandado instalar en la puerta de casa cuando era pequeña un cerrojo fuera de su alcance, y Ricard se había asegurado de hacer lo mismo en su nuevo hogar. Alguna vez se había despertado tumbada frente a la chimenea del salón, otra incluso dentro del armario donde los sirvientes guardaban los artículos de limpieza. No había vuelto a ocurrirle en años, pero no podía bajar la guardia. Que le ocurriera en su propia casa no era peligroso, pero allí... Allí correría el peligro de acabar comprometida por un caballero... o algo peor.

Se asomó al balcón antes de irse a dormir. La noche era fresca, pero el cielo estaba despejado y podía ver las estrellas. En el bonito jardín, al amparo de la oscuridad, una pareja de enamorados se besaba. Nicole suspiró e, inconscientemente, pensó en lord Pennington. En su cálida voz, en su sonrisa, en esos ojos de color caramelo que parecían ser capaces de ver a través de ella, en el tacto de su mano en la de ella cuando bailaban... Fijó la mirada en los amantes y, por un mínimo segundo, imaginó que eran ellos dos los que se besaban. Lord Pennington la sujetaría por la cintura mientras unía su boca a la de ella. Sería un beso dulce, lento, lleno de sensualidad. Sus labios rozarían los de Nicole de la misma forma en que los labios de aquel caballero acariciaban los de su dama. Su corazón latiría desbocado debido al nerviosismo, y subiría las manos por su pecho para enredarlas en su cabello ondulado (le habían hormigueado los dedos muchas veces por tocar aquel sedoso pelo). Pennington hundiría los dedos en su moño, desperdigando las horquillas por la hierba del jardín y... Se llevó las manos a las mejillas sonrosadas y las golpeó repetidamente para sacarse aquellas estúpidas ideas de la cabeza. Lord Pennington y ella solo eran amigos, y no debía olvidarlo jamás.

Capítulo 12

Andrew subió a su habitación bien entrada la madrugada. Había jugado con la familia a las charadas, y cuando sus padres se habían marchado a descansar había estado hablando con sus hermanos durante horas mientras compartían una copa de bourbon. Hacía mucho que no pasaba tiempo con sus hermanos. Desde su regreso había intentado hacerlo a menudo, pero aquella noche había hecho posible que se sintiera igual de unido a ellos que antes de la aparición de Charlotte en su vida. Cerró la puerta a sus espaldas y suspiró quitándose el pañuelo. Se sentó en el borde de la cama para deshacerse de las botas... y el caos estalló. Un grito desgarrador taladró su tímpano y de un salto se alejó cuanto pudo de la cama. Allí, vestida únicamente con un fino camisón de lino, se encontraba la señorita Lonsdale, mirándole con terror... e indignación. No pudo articular palabra por unos segundos, estaba tan aturdido que se quedó con la boca abierta.

—¿Se puede saber qué hace usted en mi habitación? —espetó ella llevándose la sábana a la barbilla.

Andrew miró en derredor para asegurarse de que aquella era, en efecto, la habitación que a él le habían designado. Su habitación, no la de ella.

—Esta es mi habitación, señorita Lonsdale —protestó—. ¿Se puede saber qué demonios hace usted aquí?

—¿Su... su habitación? —tartamudeó ella.

—Mi habitación —insistió él.

—¡Maldita sea, no otra vez! —se quejó la dama cubriéndose la cara con los brazos— Eché el cerrojo, me aseguré de...

—Señorita Lonsdale, explíquese —la interrumpió poniendo los brazos en jarras.

—No es lo que cree —comenzó a decir ella.

—¿Y qué creo, según usted?

—Cree que intento cazarlo, he podido verlo en su rostro.

—¿Acaso no tengo motivos para pensarlo? ¡Está en mi cama, por amor de Dios!

—Ya lo sé... y no alce usted la voz o nos descubrirán.

—¿No es eso lo que busca?

—¡Claro que no! —Suspiró con fuerza—. Camino en sueños. Cuando me siento nerviosa o inquieta suelo caminar en sueños.

—¿Espera que me crea eso?

—¡Es la verdad! ¡Pregúntele mañana a mi hermano si no me cree!

—Y de todas las habitaciones de la mansión, ¿ha venido a parar a la mía?

—Gracias a Dios... —susurró— No me malinterprete, es solo que confío en usted y sé que no hará nada para...

—¿Para... —insistió él al ver que se quedaba en silencio.

—¡Ya sabe para qué! Esto es demasiado embarazoso, milord. No me lo ponga más difícil.

Un golpeteo insistente en la puerta la hizo palidecer. Andrew se dirigió hacia ella tras

ponerse un dedo sobre los labios y abrió una sola rendija, de tal forma que la persona del exterior no lograra verla.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—He escuchado que gritabas, hijo. —Era su madre—. ¿Está todo bien?

—Perfectamente, mamá. No he sido yo quien ha gritado.

—No intentes mentirme, Andrew Byron Pennington —espetó lady Onslow.

—Te estoy diciendo la verdad, mamá. No...

La frase quedó en el aire cuando la mujer empujó la puerta y pasó por debajo del brazo de su hijo. Al verla en la cama soltó un exabrupto y cerró rápidamente la puerta para encarar a su hijo.

—¿Puedes explicarme qué está pasando aquí? —espetó.

El tono autoritario de la condesa, unido a la situación, hicieron que Nicole estallara en llanto. Lady Onslow se apresuró a sentarse en la orilla de la cama para atraerla a sus brazos, y le susurró palabras de aliento hasta que logró calmarse.

—Vas a hacerte responsable de esto, Andrew —ordenó.

—¡Si no he hecho nada!

—No es lo que parece, lady Onslow —sollozó Nicole—, si me deja explicarle, yo...

—Estás en la cama de un hombre soltero, querida. No es que lo parezca.

—¡Pero no ha sido intencionado! —exclamó Nicole.

—Camina de noche —explicó Andrew—. Camina dormida y en su paseo nocturno se equivocó de habitación.

—¿Es eso cierto, querida? —preguntó Violet a la joven.

—Lo es, milady. Cuando estoy nerviosa o inquieta camino dormida. En casa tengo un gran cerrojo en la puerta de entrada para impedir que salga a la calle, pero aunque he echado el de mi habitación he debido abrirlo.

—¿Me das tu palabra de que no has tocado a esta mujer, Andrew?

—¡Por supuesto que no la he tocado, mamá! ¿Por quién demonios me tomas?

—No maldigas en mi presencia —le regañó la condesa.

—Lo lamento.

—Bien, si lo que me decís es cierto, yo me ocuparé. Andrew, vigila que no haya nadie al acecho. Tenemos que sacar a la señorita...

—Lonsdale, milady —respondió ella—. Nicole Lonsdale.

—Es un placer, querida. Saquemos a la señorita Lonsdale de una vez de aquí. Dame tu bata, Andrew.

—¿Mi qué?

—Tu bata, deprisa.

Lady Onslow se quitó su propia bata y se la entregó a Nicole con una sonrisa.

—Póngase esto, querida —ordenó—. Si nos ven en el pasillo, nadie verá extraño que yo lleve la bata de mi marido, pero será un verdadero escándalo que la atrapen a usted en camión.

Nicole obedeció y, una vez que lord Pennington se aseguró de que no hubiera nadie acechando en los corredores, lady Onslow y ella salieron de la habitación. En cuanto estuvieron algo alejadas de la alcoba de su hijo, la dama se sujetó de su brazo como si fueran viejas amigas que estaban dando juntas un paseo nocturno.

—De veras lo siento, lady Onslow —se disculpó ella nuevamente—. Le aseguro que no tengo ninguna intención de...

—Por suerte, no hay nada que lamentar —susurró la condesa—. Buenas noches, lady

Bering.

Nicole no se había dado cuenta de la aparición inesperada de la dama al inicio de las escaleras. Su corazón empezó a latir a toda prisa temiendo lo peor.

—Buenas noches, lady Onslow —respondió la mujer.

—He convencido a la señorita Lonsdale para que me acompañe a tomar un poco de leche caliente, ya que soy incapaz de conciliar el sueño. ¿Nos acompaña?

—Se lo agradezco, pero ya me retiro a mis aposentos. Disfruten del tentempié, señoras.

—Lady Bering... —se despidió Nicole con una reverencia.

La condesa tiró de su brazo hasta que la dama se perdió de vista y suspiró.

—Por poco —susurró—. Démonos prisa en llegar a su habitación, querida. ¿Dónde está?

—En la primera planta, milady.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Violet sonrió, pero su sonrisa se convirtió en una risa suave.

—Ahora entiendo el error, mi querida niña —dijo cuando pudo recuperar el aliento—. La habitación de Andrew está justo encima de la suya, solo se equivocó de planta en su paseo nocturno.

—Mañana le pediré a mi doncella que duerma conmigo para evitar un nuevo desastre. De veras lo siento, lady Onslow.

—Deje de disculparse, señorita Lonsdale. Como he dicho anteriormente, no hay nada que lamentar. Buenas noches.

—Buenas noches.

Nicole no pudo pegar ojo en toda la noche. A la mañana siguiente, en cuanto Aimee la ayudó a ponerse su traje de montar fue a buscar a su hermano. Irían a pasear a caballo por la campiña, pero antes debía contarle lo que había sucedido la noche anterior. Le encontró entrando en el salón del desayuno acompañado de Chantal, que borró su sonrisa del rostro en cuanto vio la preocupación en el de ella.

—¿Qué ocurre, Nicky? —preguntó.

—¿Podemos hablar un momento? Hay algo que debo contaros.

—Por supuesto —respondió su hermano buscando un lugar donde poder hacerlo—. Salgamos al jardín, no creo que haya nadie allí a esta hora.

En cuanto estuvieron lejos de oídos indeseados, Nicole comenzó a contarles con todo lujo de detalle lo que ocurrió la noche anterior. El rostro de Ricard se llenó de preocupación al ver las lágrimas rodar por sus mejillas.

—¿Por qué no me habías dicho que habías vuelto a caminar en sueños? —se quejó su hermano— Habría tomado medidas para evitar lo que ocurrió.

—No lo sabía —reconoció ella—. Quizás sea la primera vez, debido a todo el revuelo de esta reunión, no lo sé.

—Bien, tranquilízate —dijo Chantal abrazándola—. Le pediremos a Aimee que duerma contigo durante el resto del viaje para evitar que algo semejante vuelva a ocurrir.

—Gracias a Dios Pennington es un hombre de honor —suspiró su hermano—. No quiero ni pensar lo que habría pasado si hubiera sido otro caballero el que...

—Espero que me creyera cuando le dije el motivo de mi presencia en su alcoba —se lamentó ella—. Nos habíamos hecho amigos y lamentaría mucho perder su amistad.

—Hablaré con él, no te preocupes —la animó Rick—. Debo agradecerle el haber actuado de manera honorable en tremenda situación.

—Gracias, hermano —respondió ella abrazándole.

—Venga, vayamos a desayunar.

Comenzaron a caminar hacia el salón, pero Nicole se detuvo en seco con gesto de horror.

—¿Qué ocurre? —preguntó su hermano.

—¿Y si alguien me vio entrar en su habitación? —se lamentó— Nos aseguramos de que nadie me descubriera al regresar, pero...

—Supongo que lo sabremos a la hora del almuerzo... y recemos porque, si realmente alguien te vio entrando en su habitación, lord Pennington haga lo correcto.

Gracias a Dios, nadie parecía haber descubierto la pequeña aventura de Nicole la noche anterior. Tras el desayuno, Ricard y ella (Chantal no podía montar debido a su embarazo) se dirigieron hacia las caballerizas, donde se encontraron con lord Pennington y su familia. Al contrario que las veces anteriores, aquella mañana el caballero se limitó a hacerle una leve inclinación de cabeza para seguir preparando su caballo.

—Espera aquí —ordenó Ricard—. Iré a hablar con él.

Andrew vio acercarse a lord Lindley y se tensó. Quería creer a la señorita Lonsdale, de veras quería, pero todo apuntaba a que lo de la noche anterior había sido una estratagema para cazarle. Y se sentía verdaderamente furioso porque depositó su confianza en alguien que parecía haber intentado engañarle.

—Buenos días, lord Pennington —saludó Lindley—. No le hemos visto en el desayuno.

—He preferido desayunar en mi habitación. Anoche no logré dormir demasiado.

—Sobre eso... Le agradezco enormemente lo que hizo usted por mi hermana —susurró sorprendiéndole—. No tenía conocimiento de que había vuelto a caminar dormida y lamento mucho los inconvenientes.

—¿Es cierto que camina en sueños? —insistió.

—Veo que no la creyó...

—Reconozco que una parte de mí no lo hizo.

—Nicole solía andar en sueños cuando éramos niños —explicó—, mi padre tuvo que instalar un cerrojo en la puerta de casa, fuera de su alcance, para evitar que deambulara dormida hacia la calle. Cuando creció sus paseos nocturnos se limitaron a cuando estaba preocupada o inquieta, y con el tiempo terminaron desapareciendo.

—Entiendo.

—El evento de este fin de semana debió inquietarla, pues no ha caminado desde que regresó de Cornualles. Lamento que se viera usted mezclado en todo esto.

—No hay nada que lamentar, lord Lindley. Por suerte mi madre me ayudó a regresar a su hermana a su habitación y todo quedó en una anécdota. Mi habitación está justo encima de la de ella, de ahí la equivocación.

—Eso me ha dicho mi hermana.

—Dígale que no debe preocuparse, nadie la vio entrar. Su reputación está intacta.

—No sabe cuánto me alegra escuchar eso. Ella insiste en que no encontrará un hombre adecuado para casarse, pero yo aún mantengo la esperanza.

—Su hermana es una mujer hermosa, no debería tener problemas en encontrar marido aunque tenga veintitrés años.

—Eso pienso yo. No le molesto más, Pennington. Una vez más, muchas gracias.

—No hay de qué.

Observó a Lindley alejarse en la dirección en la que se encontraba la señorita Lonsdale. El vizconde parecía ser un hombre de honor, no le creía capaz de mentir por su hermana. Se relajó un poco al saber que todo había sido un malentendido.

—Mamá me ha contado lo que ocurrió anoche —susurró Clem acercándose a él—. ¿Cómo estás?

—Cansado —bufó—. No he podido pegar ojo por culpa de ese maldito incidente.

—¿Crees que mintió y que lo que realmente quería era atraparte?

—Reconozco que al principio lo pensé, pero su hermano acaba de confirmar que lo que la señorita Lonsdale nos contó anoche era cierto.

—Así que camina en sueños —silbó—. Debe ser divertido acostarte y no saber dónde te vas a despertar.

—Dudo mucho que a ella le parezca divertido, Clem. Imagina que en vez de terminar en mi habitación termina en la de, por ejemplo, Gough.

—En la de Gough o en la de cualquier otro, incluido yo. Habría aprovechado la oportunidad sin rechistar.

—El problema es que no había ninguna oportunidad que aprovechar, Clem. La señorita Lonsdale estaba muy avergonzada por haber entrado en mi habitación, te lo aseguro. Incluso se puso a llorar cuando mamá la descubrió.

—Lo extraño es que nadie la viera hacerlo —añadió Clem—. A esa hora todos estaban volviendo a sus habitaciones.

—Supongo que lo hizo cuando aún jugábamos en el salón. La descubrí en mi cama, pero no tengo ni la más remota idea de cuánto tiempo llevaba allí.

—Por suerte para ambos, mamá pudo devolverla a su habitación sin incidentes. Si os hubieran visto, a esta hora estarías comprometido con ella.

Capítulo 13

Aún pensaba en las palabras de su hermano cuando regresaron a la mansión horas más tarde. Había estado taciturno durante todo el paseo, y la verdad era que no podía quitarse de la cabeza la idea de casarse... con la señorita Lonsdale.

—Aquí estás —dijo una voz a su espalda.

Andrew se volvió para saludar a Christian con un fuerte abrazo.

—Llegas tarde —protestó.

—Sabes que no me gusta madrugar —respondió su amigo encogiéndose de hombros.

—Vayamos a tomar un vaso de limonada al porche, tengo algo de lo que deseo hablar contigo.

—¿Es serio?

—Podría llegar a serlo.

Se dirigieron a las mesas que los marqueses habían dispuesto en la parte de la terraza en la que daba la sombra. Se sentaron en una de las más alejadas del gentío y esperaron a que los criados les sirvieran la limonada, que habían acompañado con galletitas y tartaletas.

—Tú dirás... —dijo Chris.

—¿Qué te parece la señorita Lonsdale?

—Oh... la recién llegada de Cornualles... La verdad es que es muy hermosa, es una lástima que sea una solterona.

—Anoche la encontré en mi cama.

Su amigo dejó escapar la limonada por la nariz, atrayendo las miradas de todos los presentes. Tras limpiarse y disculparse con los demás, se acercó a Andrew para que nadie más escuchara su conversación.

—Dime que estás bromeando, Drew... —le pidió.

—Te aseguro que no bromeo. Me llevé un susto de muerte, te lo aseguro.

—¿Y qué demonios hacía allí? ¿Intentaba ponerte una trampa?

—No, por supuesto que no. Al parecer camina dormida y mi habitación está justo encima de la de ella. Solo se equivocó de planta, nada más.

—¿Esa es la mentira que te ha contado?

—No es mentira, su hermano me lo ha corroborado esta misma mañana.

—Lindley no es de los que mienten... —respondió Chris pasándose la mano por la cuidada barba rubia— Debió ser todo un espectáculo.

—Espectáculo que mi madre presencié.

—¿Y para cuándo es la boda?

—Por suerte mi madre pudo sacarla de allí sin que nadie la descubriera, y al parecer nadie la vio entrar en mi habitación poco antes.

—Toda una suerte, desde luego.

—Aunque la verdad es que estoy barajando la posibilidad de casarme con ella.

—Así que esa dama te gusta... —No fue una pregunta, sino más bien una afirmación.

—¿A quién no le gustaría? No solo es hermosa, sino también inteligente y con buen sentido del humor, por no decir que posee unos modales impecables. Sería una buena condesa.

—Es una solterona.

—Y como Elijah me recordó ayer, yo soy viudo.

—Si estás seguro de que quieres casarte con ella, adelante. No sé a qué esperas para proponerle matrimonio, la verdad.

—Creo que ella no está en absoluto interesada en mí.

—Bromeas, ¿verdad? Cualquiera dama estaría interesada en ti, Andrew. Eres uno de los hombres más codiciados esta temporada.

—Tú también y aquí estás —sonrió.

—Yo no tengo intención de casarme... aún.

—Hablo en serio, Chris. La señorita Lonsdale ni siquiera se ha planteado que yo pueda ser un pretendiente a tener en cuenta. Ya sabes que he bailado con ella en cada ocasión que hemos tenido, pero siempre ha pensado que lo hago por amistad.

—¿Desde cuándo un hombre y una mujer pueden ser amigos?

—¿Dónde dice que no puedan serlo?

—Tarde o temprano los sentimientos terminan por surgir, la mayoría de las veces por una única parte.

—No será por la mía, Chris. Amé una vez y no creo que vuelva a hacerlo de nuevo.

—Eso no lo sabes.

—Me conformo con un buen matrimonio. Que nos llevemos bien, que podamos confiar uno en el otro.

—¿Y qué me dices de la pasión?

—Soy un hombre, no un eunuco —bufó Andrew.

—Lo que significa que la desees.

—No es que la desee... o tal vez sí, no lo sé. Ni siquiera la había mirado de esa forma hasta ahora.

Como si hubiera estado escuchando la conversación, la señorita Lonsdale salió a la terraza acompañada de su amiga, la señorita Pelham. Ambas iban tomadas del brazo, riendo por algo, y Andrew se tomó la libertad de mirarla por primera vez. Llevaba un vestido de color fucsia que realzaba sus rasgos, y el escote cuadrado resaltaba la curva de sus pechos, sobre los que descansaba una sencilla cruz de oro. Era alta, lo suficiente como para poder mirarla a los ojos sin dificultad mientras bailaban. Era simplemente hermosa... y se sentía estúpido por no haberla tenido antes en cuenta.

—Sí que es hermosa —dijo Chris—. Y su familia posee una gran fortuna, por lo que tendrá una buena dote.

—No me importa su dote.

—Sé que no te importa, pero ¿y al resto?

Andrew siguió la dirección de la mirada de Christian y comprobó que el marqués de Gough miraba a Nicole. No supo qué fue, pero algo en aquella mirada le dijo que no pensaba darse por vencido con ella.

—Ya la ha molestado antes —protestó—. Tuve que intervenir para que la dejara en paz.

—Tengo entendido que ha perdido gran parte de su fortuna en el juego. Necesita una rica heredera si quiere seguir manteniendo el estilo de vida actual. Deberías advertir a tu señorita Lonsdale, Drew. Debe tener mucho cuidado.

Andrew asintió, se levantó y se acercó a Nicole, que sonrió abiertamente en cuanto le vio.

—Buenos días, milord —saludó ella.

—Buenos días, señoritas. No la he visto esta mañana en el paseo matutino, señorita Pelham.

—Oh, no me gusta nada madrugar, lord Pennington —respondió la joven con una sonrisa—. Prefiero guardar mis energías para la próxima actividad de la mañana.

—Tiro con arco, una de mis favoritas —asintió Andrew.

—No es una actividad que me guste demasiado —añadió Nicole—, pero estaré allí para animarlos a ambos.

—Mi maleducado amigo ha olvidado presentar a tan bellas damas —dijo Christian acercándose a ellos y posando una mano sobre el hombro de Andrew—. Señoritas...

—Yo soy Gavenia Pelham-Clinton, y ella Nicole Lonsdale.

—Él es Christian Derricks, marqués de Hertford —los presentó Andrew.

—Es un placer, señoritas —respondió Chris derrochando todo su encanto varonil—. Me preguntaba si nos honrarían con el placer de su compañía durante la próxima actividad. Será muy aburrido si solo puedo hablar con él.

—¿De veras? —dijo Nicole— La verdad es que a mí la compañía de lord Pennington me parece muy agradable, lord Hertford. Debería darle vergüenza hablar así de su amigo.

Andrew pudo ver un atisbo de diversión en sus ojos plateados. Nicole le miró con una sonrisa y, para su sorpresa, le guiñó. Andrew no estaba preparado para el latigazo de placer que le produjo aquel gesto. Pasó por su mente la imagen de Nicole tumbada sobre la cama, completamente desnuda, guiñándole con una sonrisa. Se atragantó con su propia saliva ante aquel descubrimiento, lo que le provocó un ataque de tos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Nicole— Pediré que le traigan un vaso de agua.

—No es necesario —dijo con voz ronca—. Estoy perfectamente, gracias.

—No se avergüence, milord. Todos nos hemos ahogado alguna vez con nuestra propia saliva.

“No por pensar en lo deseable que estaría usted en mi cama”, pensó. Se recompuso y le dedicó una sonrisa.

—¿Qué dicen? —preguntó— ¿Nos acompañarán?

—Será un honor, caballeros —respondió Gaby por ella.

—En ese caso, si gustan sentarse con nosotros... —añadió Chris— Pediré que les sirvan un vaso de limonada.

Christian le ofreció el brazo a la señorita Pelham y se alejaron de ellos hasta la mesa. Andrew le ofreció el brazo a Nicole, mirando a Gough de reojo. Había dejado de mirarla, por suerte, pero debía advertirla para que tuviera cuidado.

—¿El marqués ha vuelto a molestarla? —preguntó.

—¿Gough? No desde aquella noche. ¿Por qué lo pregunta?

—Tenga cuidado, algo me dice que no se va a dar por vencido tan fácilmente.

—¿Cree que pueda hacer algo durante este evento?

—Es muy probable. Hertford me ha comentado que ha perdido gran parte de su fortuna en el juego, y no es ningún secreto que lleva un estilo de vida un poco disoluto.

—Tendré cuidado. ¿Cómo va su aventura de búsqueda de esposa, milord?

—En realidad tengo a alguien en mente.

—¿De veras? Me alegra oírlo.

—El problema es... que no sé si ella estará interesada en casarse conmigo.

—Bobadas. Estoy segura de que lo estará.

—Me tiene en muy alta estima, por lo que veo —bromeó él.

—Desde luego que sí. Somos amigos.

—¿Por qué cree que la dama en cuestión estará interesada, señorita Lonsdale?

El sonido ronroneante de su voz la confundió. Se vio mirando aquella boca sin querer, fijándose en que el labio inferior era ligeramente más grande que el superior, en que su color era más tirando a salmón que a rosado, y en que sus dientes estaban perfectamente alineados.

—¿Por qué? —preguntó, porque no recordaba si debía contestar a la pregunta.

—Eso he dicho. Por qué.

Nicole sacudió la cabeza y se esforzó en recordar la pregunta que acababa de hacerle. Carraspeó.

—Es usted apuesto —respondió—, y pertenece a una de las familias más importantes de la ciudad.

—¿Cree que soy apuesto? —Ella se ruborizó.

—Todas las damas lo piensan.

—Me alaga que lo piense usted, señorita Lonsdale.

—Tengo ojos en la cara, lord Pennington.

—Unos ojos preciosos, debo puntualizar.

—¿Se ha propuesto usted ruborizarme, milord?

—Lo ha hecho hace ya un rato, señorita Lonsdale —rio Andrew—. Si ese hubiera sido mi objetivo lo habría logrado. ¿Qué más motivos tendría esa dama para aceptar mi propuesta?

—¿Esa dama?

—La dama en la que estoy interesado.

—Oh, por supuesto... Es usted heredero de un título, y dueño de una gran fortuna.

—Todo lo que me ha dicho es superficial, señorita Lonsdale.

—Es usted divertido. Y amable. Por no decir que tiene unos modales exquisitos. Por la forma en la que le he visto comportarse con sus hermanos sé que la dama sería tratada con respeto por usted, y... ¡Oh, ahora se está riendo!

—Discúlpeme, señorita Lonsdale —añadió Andrew aguantando las ganas de reír—. Se ha puesto usted tan solemne que no he podido evitarlo.

—Solo estaba siendo sincera, milord.

—Y se lo agradezco.

Tras el refrigerio, los invitados se reunieron en el campo trasero de la propiedad para participar en el tiro con arco. Los dos hermanos menores de lord Pennington se unieron a ellos para formar un grupo de seis. Desde su conversación durante el descanso en la terraza, Nicole no podía calmar los latidos de su corazón. Le había dado la impresión de que lord Pennington había estado coqueteando con ella, pero eso no podía ser cierto, ¿verdad? Porque ellos eran amigos, y en ningún momento el hombre la había tenido en cuenta como candidata a convertirse en su esposa. O eso creía ella. Gaby la sacó de sus pensamientos tomándola del brazo para alejarse unos pasos de los caballeros que las acompañaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Por qué os habéis mantenido alejados de nosotros durante el refrigerio?

—Lord Pennington quería advertirme sobre Gough.

—¿Otra vez te ha estado molestando ese sinvergüenza?

—No lo ha hecho desde que lord Pennington le advirtió, pero piensa que puede ser capaz

de hacer algo deshonroso durante esta reunión. Al parecer tiene problemas monetarios y necesita desesperadamente la herencia de una heredera.

—Hay muchas jóvenes ilusas en el mercado matrimonial. ¿Por qué te habrá elegido a ti?

—Tal vez piense que por ser una solterona aceptaré casarme con él sin dudar. Si supiera cuán lejos está de la realidad...

—Es su turno, señorita Pelham —dijo Elijah Pennington, atrayendo su atención.

—Gracias, lord Pennington —agradeció su amiga tomando el arco.

—¿Está segura de que no quiere participar? —preguntó Andrew situándose a su lado.

—Sé tocar el arpa, el violín y el pianoforte. Hablo inglés, francés, italiano y español. Incluso puedo presumir de tener una bonita voz para el canto, pero el arco... Es mejor que no toque ese arma del demonio, milord.

Como pretendía, lord Pennington dejó escapar una carcajada.

—No me diga que no sabe usarlo —dijo cuando pudo hablar de nuevo.

—No es solo que no sepa usarlo... Es que cuando lo intento siempre hay alguien que sale herido a mi alrededor.

—No será para tanto.

—Pregúntele a mi hermano. Mire la cara de espanto que ha puesto al haberme descubierto aquí.

—Vamos, déjeme ayudarla.

—Muy bien, pero, si sale herido, no diga que no se lo advertí.

—Correré el riesgo con mucho gusto.

Nicole se acercó a donde lord Hertford sostenía el arco. Lo tomó con una mirada de disculpa, por si acaso, y se situó en posición para lanzar la primera flecha. El aire escapó de sus pulmones cuando sintió el cuerpo cálido y fuerte de Andrew Pennington contra su espalda, y sus manos tomaron las suyas alrededor del arma.

—Está usted demasiado tensa, es por eso que no logra usarla como corresponde —dijo junto a su oído.

La caricia de su aliento le produjo un escalofrío y se le puso la piel de gallina. El olor de su perfume inundó su nariz, y su corazón comenzó a latir torpemente, tanto que se regañó a sí misma por sentirse de aquella manera.

—Relaje esta mano —susurró Andrew—. Justo así... Suelte la cuerda. Perfecto.

Nicole vio a cámara lenta cómo la flecha cruzaba el aire para clavarse en la diana. No dio en el centro, por supuesto, pero pudo sentirse orgullosa de haberse acercado bastante. La euforia de haberlo conseguido la hizo darse la vuelta hacia el hombre con una sonrisa... craso error. Los labios masculinos estaban tan cerca de los suyos, y sus ojos la miraban con tal intensidad que se le doblaron las rodillas. Alzó la mirada hacia aquellos ojos oscuros que la miraban con intensidad y algo más que no supo descifrar. Algo que le calentó el cuerpo y la hizo sentir una descarga en el centro de su ser. Andrew carraspeó y se alejó dos pasos de ella.

—Mis felicitaciones —dijo con voz ronca.

—Todo ha sido gracias a usted. Si no me hubiera ayudado, seguramente la flecha habría terminado en el trasero de alguien más.

—Habría sido divertido verla en el de mi hermano —rio Clement, ganándose una mirada feroz por parte de Andrew.

—Mejor en el tuyo —protestó él—. Discúlpele, perdió los modales en Egipto.

—Su hermano estaba demasiado cerca como para que la flecha impactara en él, lord Pennington —respondió—. Lo más seguro es que hubiera terminado en el suyo.

Andrew miró a Nicole con orgullo y, con una sonrisa, se volvió hacia su hermano.

—Este es uno de los motivos por los que me agrada tanto la señorita Lonsdale, Clem — dijo—. Uno de los muchos motivos.

Capítulo 14

Por la noche, los Huntly celebraron un baile para sus invitados. Después de lo ocurrido aquella mañana en el campo de tiro, Nicole estaba verdaderamente confundida. Y no la ayudaba en absoluto tener a Gaby parlotando a su alrededor. Su amiga se había apresurado a vestirse para poder bajar juntas al salón de baile. Y mientras Nicole terminaba de arreglarse... no dejaba de hablar sobre lo ocurrido.

—Creo que estás exagerando —dijo Nicole quitándole importancia.

—Te aseguro que no lo hago, Nick. Lord Pennington estaba coqueteando descaradamente contigo.

—Solo me enseñaba cómo usar el arco.

—¡Por Dios santo, Nicky! ¿Cómo puedes estar tan ciega? Lo hizo para poder tenerte cerca. ¡Hasta a mí me flaquearon las rodillas cuando se situó detrás de ti!

Nicole se sentó junto a ella en la cama y se mordió el labio, nerviosa. Recordó cómo lord Pennington había pegado su cuerpo a la espalda de ella, y cómo había acariciado sus manos al posicionarlas correctamente sobre el arco. Recordó también su conversación anterior, cuando la había hecho ruborizarse... mientras hablaban de la mujer en la que estaba interesado. Suspiró.

—No estaba flirteando —susurró—. Momentos antes me dijo que tenía a una mujer en mente para casarse.

—¿Y quién te dice que no puedas ser tú?

—¿Por qué hablaría conmigo sobre ella si lo fuera?

—Tienes razón... sería una tontería.

—Somos amigos, nada más. Parecía que flirteaba pero...

—Pero solo estaba siendo amable con una amiga, lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes? Nunca he albergado esperanzas respecto a él.

Pero estaba mintiendo descaradamente, a su amiga y a sí misma. Porque en el fondo de su corazón había albergado una mínima esperanza de que su coqueteo fuera real, de que todo aquello significara que estaba interesado en ella. Había cometido el error de ilusionarse... pero no volvería a hacerlo de nuevo. Se levantó de la cama y se dirigió al tocador para terminar de arreglarse. Tomó su abanico y le ofreció la mano a su amiga con una sonrisa.

—Vamos a divertirnos —aconsejó—. Olvidémonos de lord Pennington y de esa mujer a la que va a pedirle matrimonio, ¿de acuerdo?

—¿Estás segura?

—Lo estoy. ¿Nos vamos?

Gaby tomó su mano con una sonrisa y bajaron juntas hacia el salón de baile. La habitación había sido adornada con flores frescas que desprendían un agradable y suave aroma. Nicole tomó una copa de champán de una bandeja y le ofreció otra a Gaby, que la aceptó con una sonrisa. Se dirigieron a una hilera de cómodos sofás que habían situado junto a las grandes cristaleras que daban al jardín, al fresco de la noche. Pero su camino fue interrumpido por el menor de los Pennington, que las saludó a ambas con una sonrisa, dejando ver un par de

hoyuelos en sus mejillas.

—Señorita Lonsdale, señorita Pelham... —dijo— Espero que ambas me concedan el honor de un baile esta noche.

—¿Huyendo de las debutantes, lord Pennington? —bromeó ella.

—Absolutamente, milady. ¿Qué me dice? ¿Salvará a este pobre hombre desesperado?

—Con mucho gusto, milord —respondió Nicole ofreciéndole su tarjeta de baile.

—Me he tomado la libertad de apuntar el nombre de mi hermano en el primer vals —añadió el caballero con un guiño—. Ha sido rodeado por las debutantes más insistentes y estoy seguro de que le agraderá enormemente librarse de ellas.

—¿Y si yo no quisiera bailar con él?

—Son ustedes amigos y baila con mi hermano en cada baile en el que coinciden, no puede engañarme. Señorita Pelham...

—Con gusto, milord —respondió Gaby ofreciéndole su carnet.

—Estaré eternamente agradecido con ambas por esto. Señoritas...

Le vieron alejarse serpenteando entre los invitados y no pudieron evitar reír. El descaro de los Pennington era hereditario, al parecer.

—¿Tu hermano no vendrá? —preguntó Gaby.

—Van a quedarse en la habitación. Chantal está encinta y hoy no se ha encontrado demasiado bien.

—Mi enhorabuena, futura tía. Estarás muy feliz por la noticia.

—Estoy muy feliz por ellos, es cierto.

—Pero...

—Pero reconozco que he sentido un poco de envidia. Esa es la vida que yo quería para mí, y ahora...

—Ahora también puedes conseguirla.

—Ya has visto los caballeros que se han interesado en mí, Gaby. Prefiero permanecer soltera, te lo aseguro.

—La temporada acaba de empezar, aún hay tiempo.

—Deberías estar buscando un esposo para ti misma, no para mí.

—Mi situación es diferente, Nicky. Soy americana, y al parecer a los caballeros ingleses no le parecemos en absoluto atractivas.

—Eso es una soberana estupidez.

—Aún hay quien piensa que nos dedicamos a cortar cabelleras y a correr desnudas por las praderas —protestó—. El otro día lord Hywel me preguntó si en mi país monto a horcajadas y sin silla.

—No te creo... —rio Nicole.

—¡Te lo juro! Y lord Melville me preguntó si pertenezco a los Sioux o a los Cherokee.

—¡Dios santo, Gaby! —exclamó Nick rompiendo a reír a carcajadas— Debes parar.

—Estuve tentada de sacar un puñal y amenazarle con cortarle la cabellera —continuó su amiga con una risita malvada—. El problema es que jamás he tenido un puñal, y de tenerlo no sabría cómo se utiliza.

Las risas de las dos mujeres atrajeron la atención de Andrew, que se encontraba en la otra punta del salón charlando con Hertford y Degrey. Sonrió inconscientemente al ver a Nicole realmente feliz por primera vez desde que la conocía.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Lance.

—No lo hace —respondió Christian por él.

—Voy a pedirle que sea mi esposa —confesó.

—¿Al fin te has decidido? —protestó Chris.

—Esperad... ¿Qué me he perdido? —preguntó Lance.

—Voy a pedirle a la señorita Lonsdale que se case conmigo.

Lance se giró para mirar en la misma dirección, descubriendo a las dos mujeres que charlaban en los sillones.

—¿Cuál de las dos? —preguntó.

—La morena.

—Sabia elección. Es bonita y tiene unas facciones delicadas.

—¿Bonita? —bufó Chris.

—Estoy felizmente casado, ¿recuerdas? La única mujer realmente bella para mí es mi esposa.

—Le pedí a Elijah que me reservara el primer vals con ella.

—¿Y por qué no lo hiciste tú mismo?

—Porque hasta que llegasteis estaba siendo acosado por algunas debutantes ansiosas. Fue realmente difícil deshacerme de ellas.

—¿Tu madre ha vuelto a difundir tu intención de casarte? —rio Chris.

—No esta vez. Creo que alguien me escuchó hablar de ello con la señorita Lonsdale esta mañana mientras nos dirigíamos al campo de tiro.

—¿Ya has hablado con ella de matrimonio? —silbó Lance.

—No de la manera que crees. Intentaba averiguar si le agrado.

—Lo que quedó patente durante tu numerito del tiro con arco —añadió Chris.

—¿Qué ocurrió durante el tiro con arco? —preguntó Lance.

—Nuestro amigo puso realmente nerviosa a la señorita Lonsdale con un acercamiento demasiado... íntimo.

—Solo la estaba enseñando a utilizar el arco —protestó Andrew, aunque sonreía bastante satisfecho de sí mismo.

—¿Cuándo vas a pedirselo? —quiso saber Lance.

—Esta noche, en cuanto tenga una oportunidad de estar a solas con ella.

—¿Tus padres ya lo saben? —preguntó Chris.

—Aún no les he dicho nada. Lo haré cuando ella me dé una respuesta, no quiero ilusionar a mi madre para nada.

Los últimos acordes de la música sonaron y Andrew se ajustó la chaqueta.

—Es mi turno de bailar, caballeros—informó—. Si me disculpan...

Se dirigió hacia donde se encontraba la mujer que, con suerte, se convertiría pronto en su esposa. La mirada de Nicole se fijó en él cuando se acercaba, y extendió la mano con una sonrisa cuando le tuvo delante. Andrew la tomó sin mediar palabra y la llevó hacia el centro de la pista, donde el resto de bailarines ya se encontraban en posición. Posó la mano en su cintura y la acercó hacia sí un poco más de lo que dictaba la moda. La sintió temblar, y con la mano libre levantó su barbilla para mirarla a los ojos.

—¿Está divirtiéndose? —preguntó.

—Mucho. Debo agradecerle que enviara a sus hermanos a bailar conmigo, hacía mucho tiempo que no me divertía tanto como esta noche.

—No he tenido nada que ver en eso, señorita Lonsdale. Mis hermanos han bailado con usted y con la señorita Pelham por propia voluntad.

—Se le da fatal mentir, milord.

—No estoy mintiendo, se lo aseguro. Elijah me ha confesado esta mañana que le parecían unas damas encantadoras, tanto usted como su amiga. No lo han hecho por caridad, sino por amistad.

—Me alegra oír eso.

—Me temo que dará usted mucho de qué hablar de ahora en adelante.

—¿Y eso por qué?

—¿Atraer la atención de todos los hermanos Pennington, por ejemplo?

—No atraigo la atención de los hermanos Pennington —rio ella—. Solo están siendo amables con una amiga.

—¿Por qué piensa que no puede atraer nuestra atención? La mía la ha atraído, sin duda.

—Se divierte usted conmigo, es cierto. Y debo reconocer que yo también me divierto con usted, pero...

—Le aseguro, señorita Lonsdale —la interrumpió—, que es usted la única mujer de este salón que ha captado toda mi atención. —La miró intensamente a los ojos—. Y no de la manera que parece creer.

La música terminó y Andrew le ofreció el brazo, pero no la llevó hacia donde se encontraba su amiga, sino en dirección al jardín.

—¿A dónde me lleva, milord? —preguntó.

—A un lugar donde podamos hablar sin que nadie nos interrumpa.

—¿Ocurre algo? ¡Oh, la señorita en la que está interesado ha aceptado casarse con usted!

—Aún no lo ha hecho —sonrió él—, pero espero que, con un poco de suerte, lo haga esta misma noche.

A Andrew no le pasó desapercibido el cambio del semblante de la mujer, lo que le dio una mínima esperanza. Se dirigieron hacia la balaustrada, un lugar alejado de oídos indeseados pero a la vista de todo aquel que saliera al exterior... aunque en ese momento el lugar se encontrase completamente vacío.

—¿Y bien, lord Pennington? —dijo ella mirándole con la espalda apoyada en la baranda — ¿Qué puedo hacer por usted?

“Casarse conmigo”, pensó Andrew, pero simplemente sonrió. Aún necesitaba asegurarse de que la señorita Lonsdale albergaba algún tipo de sentimiento por él.

—¿Qué cree que debo hacer para que la dama en cuestión acepte mi proposición? —preguntó.

—No creo que deba hacer nada especial, milord. Simplemente preguntárselo.

—Entiendo, pero... ¿cree que tendría más posibilidades de que ella me acepte si la miro de una manera especial, por ejemplo?

—¿Está preguntándome cómo seducirla? —preguntó ella sorprendida.

—La verdad es que he perdido la práctica.

—No creo que deba usted hacer nada, milord. Si la dama está interesada en usted no será necesario.

—El caso es que aún no sé si lo está.

Andrew se acercó y apoyó una mano en la balaustrada, muy cerca de su esbelta cintura, y se acercó un paso.

—Verá... el caso es que la dama en cuestión parece no darse cuenta del atractivo que posee —continuó—. Es, con diferencia, la dama más hermosa de la temporada. —Acarició su cabello con un dedo—. Su cabello es suave como la seda, y sus ojos... sus ojos son capaces de hipnotizar a cualquiera.

—Pero usted no va a pedirle matrimonio solo por su físico —respondió ella con voz ronca.

—Parece que me conoce usted mejor de lo que creía, señorita Lonsdale. Lo que me lleva a pedirle que se case conmigo está aquí —susurró pasando ese mismo dedo por su sien—. Justo aquí.

Andrew acercó lentamente su boca a la de ella. la respiración femenina se aceleró, pudo verlo claramente en el movimiento de sus redondeados senos. Colocó la otra mano en la balaustrada, de modo que la señorita Lonsdale quedó atrapada entre sus fuertes brazos.

—¿Qué... Qué está usted haciendo? —balbuceó ella.

—Besarla, por supuesto.

La boca de Andrew estaba a tan solo unos milímetros de la de ella, pero colocó una mano sobre sus labios para impedir ser besada. Andrew sonrió. No había nada que le gustase más que un verdadero reto.

—Debería besar a la dama con la que piensa casarse, milord —protestó ella.

—Y eso hago.

Apartó la mano de Nicole por sorpresa y unió sus labios a los de ella. Fue un beso demasiado fugaz, un leve roce de labios para descubrir a qué sabían, y el jadeo ahogado que escapó de ellos lanzó una descarga por su vientre, directa a su entrepierna.

—Espere, ¿qué? —balbuceó Nicole— No puede casarse conmigo, lord Pennington...

—Andrew.

—Andrew... No, lord Pennington. Yo no puedo ser esa mujer con la que usted quiere casarse.

—¿Por qué no?

—Porque somos amigos.

—Los mejores matrimonios se cimientan en la amistad, Nicole.

La dama cerró los ojos y apretó los labios cuando dijo su nombre con voz suave. Era más que evidente que le deseaba... y desde luego él también la deseaba a ella.

—Pero, pero... Hay docenas de debutantes a las que podía convertir en su esposa —insistió ella.

—¿En qué te diferencias de ellas?

—En la edad, por ejemplo.

—Solo tienes veintitrés años, Nicole. No es para tanto.

—La gente hablará.

—¿Por casarme con usted? Lo dudo mucho. Olvida que no soy un soltero codiciado, sino un viudo que ha vuelto al mercado.

—Las jóvenes que le acosaban al inicio del baile no parecían ver la diferencia.

—¿Estás celosa?

—En absoluto —mintió.

—Mentirosa —susurró Andrew un segundo antes de volver a besarla.

Esta vez profundizó más el beso, modelando sus labios suavemente. Era más que evidente que Nicole jamás había sido besada, al menos no como un hombre besa a una mujer. Colocó sus manos sobre las de Andrew y apretó con fuerza, como si quisiera agarrarse a algo tangible, real. Andrew tomó sus manos y las colocó alrededor de su propio cuello, sintiendo escalofríos de placer cuando Nicole comenzó a jugar con los rizos de su nuca. Cuando se separó de ella, tenía los labios hinchados y el inconfundible brillo del deseo en sus ojos plateados.

—Cásate conmigo, Nicole —susurró.

—No es buena idea —respondió ella apartando la mirada.

—Dime un motivo, un único motivo por el que no es buena idea, y olvidaremos esta conversación.

—Mereces algo mejor.

—Permíteme juzgar a mí qué es lo que merezco.

—¡Ni siquiera te gusto!

—¿Crees que podría haberte besado como lo he hecho si no me gustaras? —Sujetó su barbilla y levantó su cara para poder mirarla a los ojos—. Ahora mismo estoy haciendo uso de todo mi autocontrol para no arrastrarte a la habitación más cercana para poder besarte como quiero hacerlo, para poder acariciarte como te mereces. Si te deseara más de lo que te deseo estaría muerto, créeme.

Nicole tragó saliva. Estaba a punto de ceder, lo sabía. Solo necesitaba un poco más de persuasión. Acarició con el dorso de la mano su mejilla y volvió a unir su boca a la de ella, dispuesto a demostrarle cuánto la deseaba y lo buena idea que era que se convirtiera en su esposa.

Nicole había olvidado cómo respirar. La proposición de Andrew la había tomado tan por sorpresa que aún no era capaz de procesarla. ¡Quería que fuera su esposa! De todos los hombres que había conocido desde su llegada a Londres él era, sin duda, el que jamás pensó que haría tal proposición. Pero la había hecho. La había hecho y la había besado como había deseado tantas veces que lo hiciera. Y había logrado derretir sus rodillas al punto de no poder sostenerla. Dejó escapar un gemido que el caballero aprovechó para hundir la lengua dentro de su boca. Dio un respingo ante aquella invasión, pero descubrió que le resultaba muy agradable la manera en la que jugueteaba con la suya. Muy placentera, de hecho. Sentía infinidad de sensaciones nuevas por todo el cuerpo. Sensaciones que la hacían desear algo más, pero no sabía el qué. ¿Era eso la pasión de la que tanto le habían hablado las mujeres de San Pedro? Porque si lo era, ahora entendía perfectamente los motivos por los que todas ellas sucumbieron a la tentación.

Andrew rompió el beso y ella se sintió vacía, abandonada. Levantó la mirada para mirar sus ojos. Sus preciosos ojos castaños. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que tenía algunas vetas de color verde alrededor del iris, y que sus pestañas eran verdaderamente largas y espesas. Era un hombre terriblemente apuesto, terriblemente seductor... y lo peor era que él lo sabía.

—¿Te casarás conmigo, Nicole? —susurró acercando la boca a su oído.

Ella cerró los ojos ante el placer que aquello le provocó. Dios santo, ese hombre sabía seducir... Y lo peor de todo es que ella se dejaría seducir sin oponer ninguna resistencia. Pero sabía que Andrew Pennington jamás se tomaría mayores libertades con ella hasta que no estuvieran casados. O al menos comprometidos. Se mordió el labio pensando en su proposición. ¿Qué tenía que perder? Su corazón, desde luego. Sabía que Andrew había amado con locura a su primera esposa, y dudaba que fuera capaz de amar a otra mujer. Si ella terminaba enamorándose de él, lo que ocurriría con toda probabilidad, podría salir herida. Pero, por otro lado, la perspectiva de estar casada con el hombre que amas era mucho mejor que permanecer soltera. Suspiró.

—Lo haré —respondió—. Me casaré con usted.

Andrew sonrió, una enorme sonrisa de satisfacción, y volvió a besarla una vez más.

—Debo hablar con tu hermano —dijo cuando se separaron—, debo pedirle tu mano formalmente.

—No ha bajado esta noche, mi cuñada se encontraba mal y...

—No importa, hablaré con él por la mañana. —Le ofreció la mano—. ¿Volvemos al salón? Quiero permitirme el lujo de bailar por segunda vez con mi prometida.

Nicole sonrió y aceptó la mano de Andrew, que entrelazó sus dedos con los de ella hasta que estuvieron frente a las puertas de la mansión. Prometida... una palabra que pensó que nunca estaría referida a ella.

Capítulo 15

Lo primero que hizo Nicole a la mañana siguiente fue ir a ver a su familia. No había podido pegar ojo la noche anterior después de lo ocurrido, y quería advertir a su hermano antes de que Andrew hablase con él sobre el compromiso. Andrew... Le encantaba su nombre. Aunque había muchas más cosas que le encantaban de él, como su sonrisa, sus ojos o... Sacudió la cabeza y le pidió a Aimee que la ayudara a vestirse. Era incapaz de decidirse por uno de los vestidos que había llevado, así que se dejó aconsejar por la doncella. Eligió el verde manzana con flores bordadas, que acentuaba su figura y realzaba sus pechos, y lo acompañó con un bonito collar de perlas que poseía desde sus tiempos de debutante. Golpeó la puerta de su hermano y esperó a que este abriera la puerta, aunque no le dejó decir ni una sola palabra antes de colarse en el interior de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ricard, aún con su ropa de dormir.

—Debo hablar contigo. Es sobre algo que ocurrió anoche.

—¿Estás bien? ¿Alguien ha...

—Estoy perfectamente, hermano —le interrumpió ella sonriendo—. Más que bien, de hecho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Chantal— Dios santo, Nicky, me tienes en ascuas.

—Anoche un caballero me pidió matrimonio y he dicho que sí.

Chantal saltó de la cama con un grito y se lanzó a su cuello para abrazarla. No pudo evitar reír a carcajadas ante la cara de estupefacción de Rick, que seguía como una estatua en el centro de la habitación.

—¿Te ha deshonrado? —preguntó— ¿Te ha comprometido de alguna manera?

—¿Qué? ¡Claro que no! Andrew es todo un caballero, jamás haría tal cosa.

—Andrew...

—Pennington, hermano. Andrew Pennington me ha propuesto matrimonio.

—¡Lo sabía! —exclamó Chantal— ¡Sabía que todas esas atenciones no eran solo por amistad!

—No está enamorado de mí, Chantal. Tan solo le gusta cómo soy.

—Grandes historias de amor comenzaron por mucho menos que eso, querida —respondió su cuñada quitándole importancia.

—Me dijo que hablará contigo esta mañana, Rick. Quería que estuvieras sobre aviso.

—¿Realmente quieres esto? —preguntó su hermano sentándose a su lado— ¿Es lo que verdaderamente deseas?

—Deseaba casarme por amor cuando era una debutante y papá no me lo permitió. Ahora solo quiero casarme con alguien con quien pueda tener una buena vida, y sé que con él la tendré.

—Hay muchas cosas aparte de la buena vida, Nicky —dijo Chantal tomándole las manos—. ¿Qué me dices de la pasión?

—¡Chantal! —exclamó su hermano.

—No seas mojigato, amor. A estas alturas tu hermana debe saber que los deberes

maritales no son en absoluto tal cosa.

—Pero...

—Existe pasión entre nosotros, Chantal —interrumpió ella ruborizándose.

—¿Se ha propasado contigo? —protestó Rick— Porque si lo ha hecho...

—Acabo de decirte que es todo un caballero —bufó ella—. Me besó cuando acepté casarme con él, y no creo que seas el más indicado para ofenderte por ello. Sé de sobra que hiciste mucho más que besar a mi cuñada durante vuestro noviazgo.

—¿Cómo lo sabes? Estabas en San Pedro.

—Y te recuerdo que Chantal me escribía a menudo para contarme cómo iban los preparativos de la boda. Ella me lo contó.

—¿Algo que decir, esposo? —le desafió Chantal.

—Nada en absoluto —suspiró él—. Si realmente deseas este matrimonio le concederé tu mano cuando hable conmigo. Bien sabe Dios lo mucho que he rezado porque algo así ocurriera y no tuvieras que conformarte con una vida de segunda.

—Gracias.

—Nicky... —Se acercó a ella y la tomó de las manos—. Puede que no lo parezca porque aún estoy medio dormido, pero te aseguro que me alegra muchísimo que vayas a casarte. Y con un Pennington, nada menos.

—¿No te importa que sea viudo?

—¿Te importa a ti?

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué debería de importarme a mí? Eres tú quien vivirá con él, no yo.

—Mis sobrinas tendrán muchísima suerte de tener un padre como tú, hermano —susurró ella abrazándole.

—La verdad es que no sé si con mis hijas podré ser tan permisivo como contigo —bromeó.

—Sabes que lo serás, tienes un corazón demasiado blando para oponerte a sus deseos. Y ahora os dejo, os espero en el comedor.

—No pensaba bajar porque no me encontraba muy bien, pero después de tu noticia no me quedaría en la habitación por nada del mundo —dijo Chantal—. Quiero ver por mí misma cómo se comporta mi querida cuñada cuando está enamorada.

—¡No estoy enamorada! —rio ella— Me gusta, desde luego, pero amor... Creo que es muy pronto para ello.

—Si tú lo dices...

Nicole salió de la habitación de su hermano sonriendo como una tonta. Chantal era una mujer excepcional... aunque un poco caótica. Estaba segura de que si de ella dependiera organizaría la boda para el siguiente fin de semana. Iba tan ensimismada en sus pensamientos que no vio a la dama que se acercaba por el pasillo y casi choca con ella.

—Lo siento, yo... ¡Lady Degrey! —exclamó al descubrir de quién se trataba—. Mis disculpas, no iba mirando por dónde iba.

—¿Pensando en cierto caballero, quizás? —preguntó la dama con una cómplice sonrisa.

—Veo que ya lo sabe...

—Mi esposo me lo contó anoche, y he de decirle que me alegro mucho por ambos.

—Gracias.

—Venga, acompáñeme durante el desayuno —dijo la baronesa tomándola del brazo.

—Estaba esperando a mi hermano...

—Intuyo que su hermano será retenido antes de llegar al comedor, y no creo que su prometido me perdone que le permita pasar hambre.

Sonrió inconscientemente ante la mención de Andrew, ganándose una mirada cómplice de la baronesa.

—Debo decir que no me sorprendió en absoluto el anuncio de mi esposo —comentó la dama.

—Desde luego, a mí me sorprendió mucho la petición.

—Conozco a Drew desde hace más de dos años. Si bien es cierto que durante su estancia en Egipto no mantuvimos el contacto, pude ver lo mucho que le afectó la muerte de su esposa.

—¿La conocía usted?

—En efecto, mi hermana y ella eran buenas amigas.

—Debió amarla mucho.

—Lo hizo, desde luego. Charlotte era una mujer increíble, todo el que la conocía terminaba sintiendo afecto por ella. Cuando ella murió, la luz en los ojos de Andrew se apagó.

—Entiendo —respondió Nicole apartando la mirada.

—No había vuelto a ver esa luz en sus ojos... hasta ahora.

Lady Degrey sonrió, una cálida sonrisa que hizo que Nicole le devolviera la sonrisa.

—Ha sido usted quien se la ha devuelto, señorita Lonsdale —continuó—. Y debo darle las gracias por ello.

—Yo no he hecho nada.

—Desde luego que lo ha hecho. Le ha devuelto la ilusión, y estoy segura de que será capaz de devolverle el amor que un día perdió.

—¿De veras lo cree?

—Por supuesto que lo creo. No pierda la esperanza, querida. El matrimonio la ayudará en su aventura por conquistar el corazón de su hombre. Es lo que me pasó a mí, sin duda.

—¿No se casó enamorada de lord Degrey?

—Lo hice, desde luego, aunque dudo mucho que él lo estuviera en aquel entonces. Pero la cercanía del matrimonio me ayudó a conquistar su corazón... y mucho antes de lo que imaginaba.

La conversación terminó cuando llegaron a la mesa del desayuno. La baronesa le presentó a algunas amigas y se enfrascaron en una amena conversación. Pero Nicole no podía apartar la mirada de la puerta... esperando que Andrew o Ricard regresaran de su encuentro.

Andrew esperó a lord Lindley al pie de la escalera. Quería hablar con él cuanto antes para poder anunciarle a la familia su compromiso. Sonrió. Había estado tan ciego durante aquellas semanas... Había tenido delante a la mujer adecuada, pero había sido incapaz de verla por culpa de su ineptitud. Definitivamente había perdido la práctica con los años. Si Charlotte le estuviera viendo desde el cielo se habría reído en su cara por lo torpe que había resultado ser. Charlotte... Estaba seguro de que ella aprobaría su elección. No creía que pudiera llegar a amar a Nicole como la había amado a ella, pero estaba seguro de que sentiría un enorme afecto por ella.

—Pennington... —saludó Lindley desde la escalera.

—Lindley, ¿podría tener unas palabras con usted en privado?

—Por supuesto. Querida, ¿puedes esperarme en el comedor? —le dijo a su esposa con voz dulce.

—Por supuesto. Lord Pennington... Cuide bien de mi querida cuñada —susurró al pasar

por su lado.

—Le doy mi palabra.

Se dirigieron al despacho de lord Huntly, a quien había pedido permiso a primera hora de la mañana, durante el paseo a caballo que habían dado juntos. Sirvió dos vasos de bourbon y le entregó uno al que se convertiría en su cuñado muy pronto... si lograba su permiso para desposar a Nicole.

—Si lo que quiere es mi permiso para casarse con mi hermana no lo necesita —le sorprendió diciendo el vizconde—. Si ella quiere casarse con usted no seré yo quien se oponga a su deseo.

—Se lo agradezco —respondió Andrew, que no salía de su asombro.

—Le veo sorprendido.

—Lo estoy, sin duda. Vine pensando que tendría que convencerle de concederme la mano de su hermana, la verdad.

—Mi hermana ya ha perdido bastantes oportunidades de matrimonio como para que yo le quite una más —suspiró Lindley sentándose en uno de los sillones de orejas frente a la chimenea.

Le hizo un gesto para que él también tomara asiento, lo que hizo a la mayor brevedad.

—Cuando mi hermana era joven tenía el sueño de casarse y formar una familia —continuó—. Bromeaba con tener una docena de hijos, aunque yo siempre le decía que eran demasiados.

—Desde luego que lo son —respondió él con una sonrisa.

—En su primera temporada mi padre recibió siete ofertas de matrimonio para mi hermana, entre ellos un duque. Vi a Nicky ilusionada con cada una de ellas... y también vi cómo su sueño de formar una familia se desvanecía ante sus ojos con cada rechazo de mi padre a sus pretendientes.

—Por la costumbre familiar, su hermana me habló de ello.

—Una absurda costumbre que nació como la forma de tapar que mi tataratía no consiguió ninguna propuesta de matrimonio. Pero mi hermana... mi hermana era una verdadera joya que atrajo la atención de los caballeros durante las tres temporadas que mi padre le permitió disfrutar.

—Catorce, según tengo entendido.

—Quince, aunque el último fue un crápula que solo quería su herencia. Mi padre le pagó para que se alejara de mi hermana y desapareciera de la ciudad.

—En esa ocasión fue una decisión acertada, sin duda.

—¿Sabe usted lo que se siente al ver los sueños de tu única hermana truncados catorce veces seguidas? ¿Sabe lo impotente que me sentí en cada una de ellas? La vi llorar, la consolé y maldije a mi padre por todo el sufrimiento que le estaba causando catorce veces también.

—Pero ahora su hermana le tiene a usted.

—Me tiene, desde luego, y velaré por su felicidad hasta mi último aliento.

—Puede estar tranquilo, Lindley. Aprecio verdaderamente a su hermana y me esforzaré por hacerla feliz.

—No puedo pedir más.

Tras terminar la copa, Andrew fue a buscar a su familia para darle la noticia. Algunos invitados habían ido de caza, pero sabía que su familia estaría jugando al *pall mall*^[5] en el jardín trasero. Encontró a su madre sentada en una gran manta con otras damas, y a su padre jugando con sus hermanos y algunos invitados. Marianne corrió hacia él al verle, y Andrew no dudó en levantarla en peso para hacerla volar por los aires.

—¿Dónde estabas? —preguntó la niña.

—Estaba ocupándome de algunos asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Voy a casarme —susurró—. Pero aún nadie más que tú lo sabe.

—¿De veras? —exclamó la niña llevándose las manos a la boca—. ¿Con quién lo harás?

Andrew miró alrededor y señaló en la dirección en la que se encontraba Nicole, acompañada de su cuñada... y Amelia.

—Con la dama vestida de verde de allí —explicó.

—La señorita Lonsdale —asintió la niña.

—¿La conoces?

—Clem y Elijah estaban hablando de ella hace un momento.

—¿Y qué decían?

—Que es muy hermosa y que serías un tonto si no la tuvieras en cuenta.

Andrew sonrió. Desde luego que sus hermanos tenían razón, habría sido un estúpido si hubiera dejado escapar la oportunidad de casarse con una mujer como ella. Puso a la niña en el suelo y le ofreció la mano, que Marianne tomó sonriendo.

—Vayamos a contárselo a todos, ¿te parece? —sugirió.

—¿De verdad soy la primera en saberlo?

—Por supuesto que lo eres... Por algo eres mi pequeña princesa consentida.

Pensó en las palabras de Lindley sobre cómo se sintió al ver sufrir a su hermana. Si hubiera sido Marianne... Dios, no quería ni pensarlo. Se sacudió aquella estúpida idea de la cabeza y se encaminó hacia donde se encontraba su madre.

—Aquí estás, querido —dijo elevando la mejilla para recibir un beso de su hijo—. ¿Por qué te has demorado tanto?

—Tenía algo que hacer —respondió—. ¿Podemos hablar, por favor? Es importante.

—Por supuesto. Si me disculpan, señoras...

Violet tomó el brazo de su hijo y se dirigió hacia donde se encontraban los demás hombres de la familia. Se alejaron hacia la terraza de la mansión y se sentaron en una de las mesas para tomar una limonada fresca mientras hablaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre— Estaba a punto de ganarle a tu hermano.

—Sigue soñando, papá —rio Elijah—. Te llevo demasiados puntos de ventaja.

—Deja hablar a tu hermano —protestó el conde—. ¿Y bien, Andrew?

—Hay algo que debo anunciaros —respondió él.

—¿Lo has hecho? —preguntó Clem levantándose de su asiento.

—Lo he hecho —dijo sonriendo.

—¡Alabado sea el cielo! —exclamó Elijah.

—¿Se puede saber qué os pasa? —rio su madre— Estáis haciendo el tonto.

—Le he pedido a la señorita Lonsdale que se convierta en mi esposa —confesó.

—¿Y ella ha aceptado? —preguntó su madre.

—Me ofende que preguntes eso, mamá.

—Debía asegurarme, hijo.

—Dijiste que no la estabas cortejando —le recordó su padre con una ceja arqueada.

—Y no lo hacía. No me había dado cuenta de que tenía la mejor candidata justo a mi lado de no haber sido por estos dos.

—De nada, hermano —bromeó Clem.

—Me hicisteis pensar en ella como mujer y...

—Y resultó que era la adecuada —adivinó Ely.

—No lo haces por lo que ocurrió la primera noche, ¿verdad, hijo? —preguntó su madre.

—Claro que no, mamá. Aunque debo reconocer que ese evento fue el que me hizo verla por primera vez como mujer.

Su padre se acercó a él y le abrazó con orgullo.

—Me alegro mucho por ti, hijo —susurró.

—Gracias.

—Debo reunirme con lady Lindley para empezar a planear la boda —dijo Violet—. Hay mucho que preparar y... ¿Para cuándo será?

—Aún no hemos hablado de eso, mamá. Se lo pedí anoche, durante el baile.

—Lo ideal es que fuera dentro de cuatro semanas. Daría tiempo para hacer todos los preparativos y publicar las amonestaciones.

—Creo que eso debemos decidirlo nosotros —respondió él riendo—. Pero te lo haré saber en cuanto lo hablemos.

—Mientras no huyas con ella a Gretna Green...

—No será por falta de ganas, desde luego.

—¡Andrew!

—Solo bromeo... Nicole ya ha perdido demasiado como para perder también su boda soñada, mamá. Nos casaremos en una iglesia tras las amonestaciones, te doy mi palabra.

Capítulo 16

Nicole no fue capaz de ver a Andrew hasta la hora del almuerzo. Le vio, desde luego, pero al otro lado del jardín mientras hablaba con su familia. Debía estar comunicándole la noticia de su matrimonio después de haber hablado con Rick, y ella no podía estar más nerviosa por saber qué pensarían de su decisión.

—Tranquila, querida —susurró lady Degrey dándole unas palmaditas en la mano—. Le aseguro que lady Onslow estará muy feliz de recibirla en la familia.

—Temo no estar a la altura.

—Tonterías, ¿por qué no iba a estarlo?

—Bueno, lord Pennington ya ha estado casado y...

—Andrew —la interrumpió—. Ahora que va a convertirse en su esposa debería llamarle por su nombre de pila. Y sí, es cierto que estuvo casado, pero eso no tiene nada que ver con usted. Nicole... ¿Puedo llamarte Nicole?

—Por supuesto.

—Eres una dama encantadora y muy bella. En el rato que llevo conociéndote me he dado cuenta de que eres inteligente y divertida. ¿Por qué no iban ellos a aceptarte?

—¿Cómo era ella?

—¿Charlotte? —Nicole asintió—. Muy diferente a ti, en realidad. Era una mujer delicada y frágil. Muy dulce y calmada. Le gustaba bordar y tocar el pianoforte, y también cultivar flores en su jardín.

—Debo confesar que nada de eso me apasiona demasiado —se disculpó con una sonrisa.

—Está bien que no seas como ella, Nicole. No debes imitarla para conseguir el corazón de Andrew, sino todo lo contrario. Debes ser tú misma, con tus defectos y virtudes.

—Pero él se enamoró de ella.

—Y puede enamorarse de ti también, querida. Solo tienes que complementarle igual que hizo ella, aunque sea en cosas distintas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Si Andrew hubiera querido una copia de Charlotte no te habría escogido a ti, Nicole. Hay muchas debutantes que son una imitación exacta de ella, y sin embargo las ha descartado sin darles siquiera una oportunidad.

Lady Degrey tomó su mano y la apretó con cariño.

—Eres única e irrepetible, mi querida Nicole —continuó—. No te esfuerces en cambiar por nadie, ni siquiera por él.

—¿Y si no logro que llegue a amarme?

—Entonces te habrás casado con un estúpido que no ve más allá de sus narices, querida mía.

—Gracias —susurró.

—No hay de qué. Creo que tu amiga te está buscando —comentó señalando hacia donde se encontraba Gaby—. Supongo que tienes una noticia que comunicarle.

—Ha sido un placer hablar con usted, lady Degrey.

—Amelia, querida. Mis amigos me llaman Amelia.

Nicole sonrió y se alejó hacia donde se encontraba Gaby, que la abrazó primero para golpearla suavemente en el brazo después.

—¿Dónde te habías metido? —protestó— Desapareciste anoche sin decirme nada y me volví loca buscándote.

—Tenemos que hablar —dijo arrastrándola hacia los árboles.

—¿A dónde me llevas? —protestó su amiga.

—A donde podamos hacerlo sin ser molestadas.

—¡Pero no tienes que ir corriendo, caramba! Vas a hacer que nos tropecemos.

Una vez que estuvieron al amparo de los árboles, Nicole apoyó la espalda en el tronco de uno de ellos y suspiró.

—Ayer lord Pennington me pidió que fuera su esposa —soltó a bocajarro.

—¿Cuál de ellos?

—Andrew Pennington.

—Habrás aceptado...

—¡Por supuesto que lo he hecho! ¿Por quién me tomas?

—Por la tonta de mi amiga que no ve las señales aunque sean del tamaño de Londres.

¿Debo recordarte que te lo dije?

—Tenías razón, Gaby. Ayer estuvo flirteando conmigo y... me besó. Varias veces.

—¿Y cómo fue?

—Maravilloso —suspiró ella sonriendo—. Mágico, y dulce, y...

—Creo que ya me hago una idea —rio su amiga.

—Intenté darle infinidad de motivos por los que no era buena idea casarnos, pero...

—¿Por qué hiciste tal cosa?

—¡Estaba nerviosa! Y confundida, muy confundida. Me besó antes de pedirme matrimonio y...

—¿Y qué pasó?

—Que descartó todos aquellos estúpidos motivos y al final le dije que sí.

—Bien hecho. Me alegro tanto por ti, amiga...

—Estoy muy asustada, Gaby.

—¿Por qué?

—¿Y si no se enamora de mí? ¿Y si yo lo hago y él no me corresponde? ¿Y si soy infeliz?

—Respira... —ordenó su amiga, a lo que ella obedeció— Eso es una soberana estupidez. ¿Por qué no iba a enamorarse de una mujer preciosa, inteligente, divertida y cariñosa?

—Lady Degrey me ha dicho que soy todo lo opuesto a su primera esposa.

—Esa víbora instigadora... Voy a tener unas palabras con ella y...

—¡No! —la detuvo— Ella no estaba intentando intimidarme, sino animarme.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que si lo que Andrew buscara fuera una copia de su esposa habría elegido a alguna de las debutantes que son iguales a ella. Que debía complementarle siendo yo misma y que estaba completamente segura de que él me amaría.

—Ahora me agrada mucho lady Degrey.

—Pero una parte de mí se pregunta si me eligió porque el recuerdo de su esposa aún le hace daño, porque aún está enamorado de ella.

—Aunque así fuera ella ya no está entre nosotros, no se puede pelear contra un fantasma.

—Supongo que tienes razón.

—Alegra esa cara, tu prometido se acerca.

Nicole se dio la vuelta para descubrir a Andrew, que caminaba hacia ella con una enorme sonrisa. Sintió un escalofrío de placer recorrer su espalda y un millar de mariposas comenzaron a revolotear dentro de su estómago.

—Espero que se estén divirtiendo, señoritas —saludó el caballero.

—Mucho, milord —respondió Gaby—. Tengo entendido que debo darle la enhorabuena.

—Soy un hombre afortunado —añadió él llevándose la mano de Nicole a los labios.

—Ya lo creo, milord —coincidió Gaby—. No hay en el mundo mujer más encantadora que mi amiga.

—Estoy de acuerdo. ¿Podemos hablar un momento, Nicole?

—Desde luego —dijo ella ruborizándose.

—Me adelantaré al comedor —se disculpó Gaby—. Estoy segura de que encontraré a algún otro Pennington que me haga compañía.

—Le aseguro que ambos estarán más que encantados de hacerlo, señorita Pelham —respondió Andrew con una sonrisa.

Observaron a la joven alejarse hacia la multitud para ser interceptada por los hermanos de Andrew, que se pelearon entre bromas por ver quién acompañaría a Gaby hacia el salón principal. Andrew le ofreció el brazo a Nicole para dar un pequeño paseo antes de reunirse con ellos. Nicole estaba muy nerviosa, después de los besos de la noche anterior no podía evitar mirarle la boca, esa boca que tantas sensaciones nuevas y excitantes le había hecho sentir.

—He hablado con tu hermano esta mañana y me ha dado permiso para casarme contigo —comenzó a decir Andrew.

—Sabía que lo haría —respondió ella sonriendo—. Se sentía tan desdichado cuando le dije que había decidido trabajar de acompañante de una dama viuda que le habrás hecho el hombre más feliz de Londres.

—Mi familia también se ha mostrado encantada con la noticia —sonrió—. Mi madre está deseando colaborar en la organización de la boda.

—Le pediré a Chantal que le envíe una invitación para tomar el té esta semana —sugirió Nicole.

—Las amonestaciones se publicarán durante tres semanas. ¿Qué te parece si nos casamos dentro de un mes?

—¿Tan pronto?

—¿Quieres esperar más?

—No, claro que no. Lo digo por los preparativos, ¿no será poco tiempo?

—Te apuesto lo que quieras a que tu cuñada y mi madre tienen tiempo de sobra para organizar la boda de la temporada.

—Casémonos entonces en tres semanas.

Andrew miró a ambos lados y la atrapó con su cuerpo contra un árbol cercano. Nicole dejó de respirar e intentó apartarlo temiendo que alguien llegase a vernos.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó— ¡Nos van a ver!

—Todos han entrado ya, Nicole. Nadie nos verá.

Andrew pegó su boca a la de la joven para besarla. Acarició su cabello, enredando los dedos en los mechones sueltos de su pelo, y rozó con la lengua la comisura de su boca. Nicole abrió inocentemente los labios ante la caricia y jadeó cuando Andrew introdujo lentamente su

lengua en ella. Al principio se dejó hacer, pero poco a poco fue volviéndose más osada y respondió a los roces de la lengua masculina, llevando a su prometido a la locura.

—Deberíamos entrar antes de que alguien nos eche en falta —sugirió él con voz ronca.

Le ofreció el brazo y la acompañó hasta el salón, donde todos los invitados estaban ya situados para el almuerzo. Se sentaron uno al lado del otro, y para Nicole no pasaron desapercibidas las miradas cómplices de sus familias. Intentó gesticular para que su hermano dejara de observarla con cara de pánfilo, pero todo esfuerzo fue inútil. Suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Andrew— ¿No te gusta el asado?

—No es eso, está delicioso.

—¿Entonces qué es?

—¿Has visto a mi hermano? No deja de mirarme con cara de tonto.

—Está feliz por ti, Nicole —respondió sonriendo tras observar al vizconde—. Permítele regodearse en esa felicidad.

—Sé que está feliz, pero me pone nerviosa que me mire así.

—No le mires y asunto arreglado. —Se acercó a su oído—. Puedes prestarme a mí toda tu atención.

Tras el almuerzo, Nicole decidió subir a su habitación a descansar. Estaba a punto de conciliar el sueño cuando unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Fue a abrir pensando que serían Chantal o su hermano para hablar sobre la boda, pero se llevó una grata sorpresa al encontrar allí a lady Onslow.

—¿Puedo pasar? —preguntó la condesa.

—Por supuesto, milady —respondió ella haciéndose a un lado.

—Lamento interrumpir tu descanso, querida, pero quería hablar contigo a solas.

—Por supuesto. ¿Quiere que pida que nos suban el té?

—No será necesario —añadió Violet con un aspaviento—, lo que tengo que hablar contigo no me ocupará demasiado tiempo.

La condesa se adentró en la habitación y se sentó en un sillón situado junto a la chimenea, aunque esta permanecía apagada. Nicole se sentó frente a ella y esperó.

—En primer lugar, quiero decirte que me alegra que vayas a convertirte en parte de nuestra familia —dijo Violet—. Hacía mucho tiempo que rogaba a Dios porque mi hijo superase la muerte de su primera esposa y al fin veo el fruto de mis plegarias hacerse realidad.

—Su hijo es un gran hombre —respondió Nicole mirándola con cariño—. Cualquiera en su sano juicio querría casarse con él.

—Debo decir que me sorprendió que la elegida fuera una mujer tan distinta de Charlotte. Me sorprendió gratamente, por supuesto. Bien sabe Dios que mi primera nuera era demasiado delicada para este mundo.

—Andrew me contó que murió durante el parto.

—Fue un parto complicado y su débil cuerpo no lo soportó. Pero eso está en el pasado ahora, querida. Tú eres su futuro, y estoy segura de que tendréis un futuro brillante juntos.

—Se lo agradezco.

—¿Habéis hablado ya sobre la fecha de la boda? Perdona mi impaciencia, pero hay mucho que hacer y necesito saber de qué tiempo disponemos.

—Hemos decidido casarnos dentro de un mes. Pensaba pedirle a mi cuñada que le enviara una invitación a tomar el té a nuestro regreso a Londres para empezar con los preparativos.

—No será necesario. ¿Por qué no venís vosotras el martes a casa? Mi hija estará

encantada de ser incluida en los preparativos de la boda.

—Será un honor, lady Onslow.

—Tonterías, puedes llamarme por mi nombre de pila o, si te sientes cómoda con ello, también puedes llamarme mamá.

—Creo que Violet servirá... de momento.

—Por supuesto, querida —respondió la condesa palmeándole la mano y levantándose—. Te dejo dormir, debes estar descansada para el baile de esta noche.

—Ha sido un placer conocerla, Violet.

—Te aseguro que para mí también.

La madre de Andrew salió de la habitación y ella se dejó caer sobre la cama con una sonrisa. La condesa la había aceptado en su familia... y ella estaba encantada con que así fuera.

Capítulo 17

Aquella noche, tras el baile, Andrew permanecía en el balcón de su habitación tomando una copa de licor. Partirían a primera hora de la mañana hacia Londres y comenzaría la locura de organizar la boda (conocía a su madre lo suficiente como para saber que no se libraría de tener que participar), así que pensó en disfrutar de su último momento de tranquilidad en soledad. Pensó en la mujer que en un mes se convertiría en su esposa. ¿Cómo era posible que hubiese estado tan ciego cuando todo el tiempo la había tenido delante de las narices? Nicole era todo lo que Andrew necesitaba en una esposa: era amable, dulce, con carácter y buen sentido del humor... Suspiró. Si hubiera sido un poco más inteligente se habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

Un movimiento entre los setos atrajo su atención. Allí, al amparo de la oscuridad, una mujer caminaba sola... ¿en camión? Fijó la vista y toda la sangre abandonó su cuerpo al descubrir que aquella mujer no era otra que su prometida.

—Maldición —susurró echando a correr hacia la puerta—. Maldita sea, Nick...

Bajó los escalones de tres en tres y corrió hacia las puertas que daban al jardín. Rezaba porque nadie reparase en la presencia de su prometida, porque no los atrapasen juntos cuando la llevase de vuelta a su habitación y por un millar de situaciones comprometedoras más. ¿Dónde demonios se encontraba su doncella? Nicole le había prometido que no dormiría sola hasta que regresaran a su hogar en Londres. ¿Tan profundo era el sueño de esa condenada mujer que no se había dado cuenta de que su señora se levantaba? Tendría unas palabras con Lindley sobre esa mujer en cuanto tuviera oportunidad.

Cuando al fin llegó hasta ella comprobó que, en efecto, seguía dormida como un tronco. No pudo evitar echarse a reír cuando la vio discutir con un árbol que, al parecer, había abandonado a una pobre joven embarazada. Seguramente estaba soñando con sus años en el convento de San Pablo.

—¿Nicole? —dijo con voz suave.

La joven no respondió. Había escuchado que no era bueno despertar a un noctámbulo de su sueño, así que solo lo haría como último recurso.

—Nicole, es tarde —insistió—. Debemos irnos.

—Espera un poco, este hombre tiene que responsabilizarse de sus actos —protestó ella aún sumida en su sueño—. ¿Piensa decir algo, señor?

—Creo que ya sabe lo que tiene que hacer, deberíamos volver a la cama.

—¿Se hará responsable de ellos?

—Te lo prometo.

—Bien, espero no enterarme de que no cumple su palabra, caballero, o de lo contrario...

Andrew echó sobre los hombros de Nicole su bata y la tomó de los hombros para llevarla de vuelta a la mansión. Evitó las zonas principales de la casa para no encontrarse con ningún invitado, y suspiró realmente aliviado cuando llegaron a la habitación de Nicole. Como supuso, la doncella dormía a pierna suelta en su camastro como si nada, y de buena gana la habría

estrangulado si no fuera porque debía actuar deprisa. Llevó a Nicole hasta su cama, le quitó la bata y la acostó. Con lo que no contó en ningún momento fue con que su prometida se despertada y gritara a pleno pulmón al verle a escasos centímetros de su cara. Cubrió su boca con la mano para evitar que alguien la escuchara, aunque al fin la sirvienta se despertó.

—¿Qué hace usted aquí? —espetó.

—Salvar a tu señora de un escándalo, cosa que, según creo, era tu obligación —protestó él.

—Yo...

—¿He vuelto a andar dormida? —gimió Nicole.

—Y tu doncella no se ha dado ni cuenta de que has salido de la habitación —asintió Andrew.

—¡Aimee! —protestó Nicky.

—¡Lo siento, señorita! Estaba demasiado cansada y...

—Solo tenías que hacer una cosa, y era cuidar de que Nicole no saliera de esta habitación —la cortó Andrew—. Hablaré con lord Lindley sobre tu comportamiento.

—¿Alguien me ha visto? —preguntó Nicole.

—Solo yo, o al menos eso creo. Suerte que estaba tomando una copa en el balcón, de no ser así...

—Si no hay nada que lamentar no es necesario que mi hermano lo sepa —dijo ella tomando su mano—. La pobre Aimee nos debe atender a Chantal y a mí y está exhausta, no se lo tengas en cuenta.

—Pero...

—Por favor...

Con un suspiro, Andrew asintió ante el ruego de Nicole, que sonrió y besó la mano que sujetaba.

—¿Puedes traerme una taza de té, Aimee? —preguntó.

—¿Y dejarla sola con él?

—Es mi prometido y debo hablar con él.

—Pero...

—¿Prefieres que le permita hablar con mi hermano?

—Iré en seguida, señorita —bufó la doncella nada contenta.

Cuando Aimee abandonó la habitación, Nicole suspiró.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Estoy tan nerviosa por la boda que...

Unos golpes en la puerta les dejaron paralizados. Andrew se refugió detrás de esta y le pidió en silencio que atendiera la llamada. Era Violet.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó la condesa— Mi habitación está aquí al lado y te he escuchado gritar.

—Siento haberla asustado, solo ha sido una pesadilla.

Andrew se pegó más a la pared cuando su madre asomó la cabeza por la puerta para asegurarse de que todo estuviera en orden.

—¿Dónde está tu doncella? —preguntó la dama.

—Le he pedido que me prepare un poco de té. Después del mal sueño no creo ser capaz de volver a dormirme.

—Bien, asegúrate de atrancar la puerta cuando yo me vaya. Que descanses, querida.

—Usted también, Violet.

Cerró la puerta con suavidad y echó el cerrojo como su suegra le había pedido. Andrew y

ella pegaron la oreja a la puerta para escuchar los pasos de la condesa alejándose, y suspiraron cuando el peligro pasó. No pudieron evitar mirarse a los ojos y echarse a reír. Andrew se acercó a ella y la besó. Un beso no fue suficiente, así que la atrajo hacia su cuerpo y hundió la lengua en su boca para saciarse de ella por el momento. Las manos de Nicole acariciaron su pecho en su ascenso hacia su cuello, y Andrew gimió cuando los dedos de su prometida se enredaron en su pelo. Subió la mano por su cintura hasta encontrar la curva de uno de sus senos y lo sopesó entre los dedos, amasándolo con cuidado. Nicole arqueó la espalda, logrando que el pequeño pezón rosado escapara del escote del camisón. Andrew bajó la cabeza y lo lamió despacio, acariciándolo con su aliento, mordisqueándolo hasta arrancar de los labios femeninos gemidos de puro placer. Las manos de Nicole se pasearon por su pelo apretando su cabeza con fuerza contra su piel cremosa, poniéndose de puntillas para acercar más su pecho a los labios de su prometido.

Dios... Andrew quería tumbarla allí mismo y hacerle el amor. Quería recorrer cada centímetro de su piel con sus manos y su lengua, beberse todos y cada uno de sus gemidos y perderse con ella en el placer. Estaba tan excitado que dolía, su miembro se apretaba dolorosamente a sus pantalones suplicando liberación y su mente estaba a punto de perder la batalla contra la pasión. Se apartó jadeante de la piel de Nicole, subió el borde del camisón para mantener aquella tentación fuera de la vista y pegó su frente a la de ella.

—Pídeme que me vaya —dijo con voz ronca—. Pídeme que me vaya o te juro por Dios que voy a terminar cometiendo una locura.

—Yo... yo...

Andrew cerró los ojos y volvió a unir sus labios a los de Nicole. Subió la mano por su muslo arrastrando la falda del camisón y apretó una de sus nalgas entre los dedos. Nicole jadeó y dio un respingo, pero no se apartó. Pegó su pelvis a la de él, notando el bulto de su erección en la unión entre sus piernas, pero en vez de apartarse comenzó a moverse despacio, descubriendo por primera vez el placer. Era tan malditamente inocente que cualquier cosa que hiciera desde su inexperiencia a Andrew le parecía asombrosamente excitante. Su prometida era un lienzo en blanco en las artes amatorias que él estaría más que encantado de pintar.

—Por Dios santo, Nicole, si seguimos así...

—¿Señorita Nicole?

La voz de la sirvienta les sacó de golpe de aquel torbellino de pasión y deseo. Se separaron de golpe y Nicole se alisó el camisón antes de abrir la puerta. La sirvienta la miró con asombro, pero se cuidó de decir nada. Se limitó a acercarse a la mesita de noche para poner el té y regresar a su camastro.

—Intenta descansar, te veré por la mañana —dijo Andrew con un suspiro.

—Buenas noches —deseó Nicole.

—Buenas noches, cariño.

Nicole cerró la puerta con una enorme sonrisa en los labios que creyó que no se borraría jamás. ¿Qué había sido eso? ¿Pasión? ¿Deseo? Fuera lo que fuese, estaba deseando casarse con Andrew para poder continuar explorando aquella sensación. Sentía hormiguear toda la piel del cuerpo, en especial las partes que su prometido había acariciado. Cerro los ojos al sentir un escalofrío de placer recordando sentir la lengua de Andrew sobre su pecho.

—Si su hermano se entera me despedirá —protestó Aimee desde su cama.

—¿Si se entera de que he salido de la habitación porque estabas demasiado dormida para impedírmelo?

—Si se entera de lo que su prometido y usted han estado haciendo en mi ausencia.

—No hemos hecho nada.

—Señorita, Nicole, que no nació ayer. Si hubiera tardado un poco más les habría encontrado en la cama.

—Solo nos hemos besado, no seas exagerada.

—Si usted lo dice...

—Además, vamos a casarnos dentro de un mes. ¿Qué más da lo que hagamos?

—La noticia aún no se ha hecho pública, señorita. Ni siquiera se han publicado las primeras amonestaciones.

—¿Y qué?

—¿Acaso ha olvidado a todas las mujeres que ayudó en San Pablo? ¿Qué pasaría si queda usted embarazada y él decide no seguir adelante con el compromiso?

—Andrew no es así —le defendió ella—. Mi prometido jamás haría tal cosa.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque le conozco, y sé que es un hombre de honor.

—Yo solo me preocupo por usted, señorita. Su hermano me encomendó su seguridad y ya me siento bastante culpable por no haberme dado cuenta de que salía dormida del cuarto.

—Te agradezco que te preocupes por mí, Aimee, pero te aseguro que Andrew no haría nada que me perjudicase. De ser así, se habría aprovechado de la situación cuando me encontró en su cama, ¿no te parece?

Nicole se tomó la infusión y volvió a meterse en la cama.

—Intenta descansar y no te preocupes por nada —dijo—. Andrew no hablará con Ricky sobre lo que ha ocurrido, así que tu puesto está a salvo.

Dicho esto, apagó la luz de la vela y se tumbó para intentar volver a dormir... pero su cuerpo estaba tan despierto que no lo logró hasta el alba.

Capítulo 18

El día que se publicaron las primeras amonestaciones se celebró el baile de su compromiso. En cuanto regresaron a Londres, su vida se había convertido en un auténtico caos. Entre visitas a la modista para confeccionarse un nuevo guardarropa, los eventos de la temporada y los preparativos de la boda, Nicole llegaba tan agotada a casa que no tenía fuerzas ni para andar en sueños. Lo único bueno de todo aquello era que podía pasar más tiempo con Andrew del que habían pasado hasta entonces. Salían a pasear, al teatro o a la ópera. Iban a tomar el té con lady Degrey y Gaby a *The Blooming Teapot* y acudían a algunas actividades en los jardines de Vauxhall, como el día anterior, que habían ido a ver a un hombre andar por la cuerda floja.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más se convencía de que casarse con Andrew era la mejor decisión que había tomado nunca. Incluso se alegraba de que su padre no le hubiera permitido casarse en sus tres primeras temporadas. Andrew no solo era un caballero atento, inteligente y divertido. Era un amigo fiel, un hermano excelente y un hombre de principios. Su corazón se saltó un latido al pensar en él.

—Creo que este collar te quedará increíble con ese vestido —dijo Chantal entrando a su habitación—. ¿Qué te parece?

—Una maravilla —respondió ella.

El collar de zafiros y diamantes sería perfecto para su nuevo vestido azul de fiesta. Lo habían recogido de la modista aquella misma tarde, madame Fairfax había trabajado a marchas forzadas para que estuviera listo para su baile de compromiso.

—Es precioso, gracias —dijo acariciándolo con los dedos.

—Tu prometido se va a quedar de piedra cuando te vea —exclamó su cuñada—. Estás absolutamente arrebatadora con ese vestido, Nicky.

—¿No crees que es demasiado atrevido?

—Tonterías, ahora eres una mujer prometida, y pronto serás una mujer casada. Este vestido es una maravilla, y estoy segura de que los demás también lo serán.

—Estoy demasiado nerviosa como para comer nada en la cena —reconoció.

—¿Por qué deberías estarlo?

—Por muy viudo que sea Andrew, es uno de los partidos más deseados de la temporada y yo soy considerada una solterona. ¿Y si alguien...

—Estáis presentando al mundo vuestra relación, pero nadie tiene derecho de opinar sobre ella —la interrumpió Chantal—. Andrew te ha escogido de entre todas esas debutantes insulas y es más que posible que sus madres envidiosas empiecen a crear rumores sobre ti, pero no debes hacer caso.

—Como si fuera tan fácil...

—Lo es si solo te centras en tu familia. Diviértete, disfruta de tu baile y olvídate de todo lo demás, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

—Y ahora bajemos, tu hermano debe estar con los nervios de punta temiendo que

lleguemos tarde.

Nicole bajó las escaleras seguida de su cuñada, que la miraba con una sonrisa de orgullo en los labios. Cuando Ricard la vio, abrió los ojos como platos y se acercó lentamente a las escaleras para ofrecerle la mano.

—Si no lo viera con mis propios ojos jamás lo creería —dijo—. Te has convertido en una mujer increíblemente bella, Pennington es un hombre con mucha suerte.

—Eres un exagerado —rio ella.

—¿Crees que exagero? —Su hermano la llevó ante un espejo y se colocó detrás de ella con las manos apoyadas en los hombros de su hermana—. Dime que ves.

—Eh... ¿A mí misma? —respondió ella riendo.

—Yo veo a una mujer hermosa, segura de sí misma, elegante y con unos modales exquisitos. Veo a una mujer feliz, porque te aseguro que no me ha pasado desapercibido el brillo de tus ojos desde que estás prometida con Pennington.

—Soy feliz estando prometida con Andrew —reconoció.

—Si hubiera sabido que tu felicidad estaba tan cerca...

—Nadie lo sabía, ni siquiera nosotros mismos —le interrumpió—. Ninguno de los dos consideró al otro como posible pareja mientras éramos amigos.

—Me alegra entonces que Pennington se diera cuenta de que la joya más valiosa de la temporada estaba más cerca de lo que imaginaba.

—Vamos, dejaos de sentimentalismos o llegaremos tarde —protestó Chantal, que se limpiaba las lágrimas con un pañuelo—. Todo es culpa de mi embarazo, caramba.

—Tienes razón —respondió su esposo besándola en la frente—. Es hora de que nos marchemos.

Cuando llegaron a la mansión de Mayfair, los invitados aún no habían empezado a llegar. Fue Andrew quien les recibió en la entrada, la condesa estaba demasiado ocupada asegurándose de que todo estuviese perfecto y su esposo aún no había terminado de arreglarse. En cuanto la vio, Nicole pudo ver en sus ojos lo mismo que alcanzó a ver aquel fin de semana cuando se quedaron a solas en su habitación. Se acercó a ellos y saludó primero a su hermano y su cuñada.

—Lindley, sed bienvenidos —dijo—. Mi madre se disculpa por no haberos recibido, pero ha habido un problema de última hora y ha debido solucionarlo.

—¿Todo está bien? —preguntó Chantal.

—No se preocupe, para Violet Pennington no hay nada imposible —sonrió Andrew—. ¿Por qué no pasamos a la sala de música? Tomaremos una copa antes de que lleguen el resto de invitados.

Guio a su familia hasta la sala en cuestión, donde ya se encontraban los hermanos de Andrew. Cuando tuvo oportunidad de acercarse a ella, besó el dorso de su mano y sonrió.

—Ni en mis mejores fantasías habría imaginado que mi futura esposa pudiera estar más bella —reconoció—. Hoy me has demostrado que estaba equivocado.

—Gracias —respondió ella ruborizándose.

—Mi madre ha invitado a medio Londres, espero que no sea demasiado para ti.

—Estoy nerviosa.

—No tienes que estarlo. Estaré a tu lado en todo momento, ¿recuerdas? —Se acercó a un suspiro de su oído—. Y puedo bailar tantas veces como quiera contigo.

—No pienso quejarme —respondió ella sonriendo—. Sabes que me gusta mucho bailar.

—Tengo algo para ti.

Andrew le entregó una pequeña cajita de joyería en la que descansaba un precioso anillo

de compromiso. Era de oro y diamantes, con filigranas de flores y hojas. A Nicole le encantó en cuanto lo vio.

—Es precioso... —susurró.

—Me alegro de que te guste —respondió él poniéndoselo en el dedo anular—. Cuando el joyero me lo mostró supe que era perfecto para ti.

—¿Tú lo elegiste?

—¿Quién más?

—Es perfecto. Yo también tengo algo para ti.

Le entregó su regalo, un reloj de oro con el escudo de armas del conde de Onslow grabado en la tapa.

—Debo reconocer que yo sí conté con un poquito de ayuda —admitió—. Espero que te guste.

—Me encanta —respondió él colgándoselo en el botón de su chaleco—. Lo llevaré siempre conmigo.

Poco a poco los invitados fueron llegando y el baile dio comienzo. Nicole bailó, rio y se divirtió más de lo que había hecho en mucho tiempo. Si bien era cierto que había muchas personas que no conocía, también contó con la presencia de personas cercanas a ella, entre las que se encontraba lady Degrey y por supuesto su amiga Gavenia. Tras el tercer baile de la noche, Andrew la arrastró entre las parejas amontonadas en la pista hasta llegar a las puertas del jardín, donde escaparon por unos minutos. La llevó hasta una zona de setos que bordeaba una bonita fuente rodeada de bancos, y se dejó caer en uno de ellos, echando la cabeza hacia atrás con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Cansado? —preguntó ella sentándose a su lado.

—Cada vez estoy más tentado de huir a Gretna Green contigo para terminar con esto —reconoció.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó ella con los ojos como platos.

—No te asustes —respondió él incorporándose y acercándose a ella—, le prometí a mi madre que no lo haría.

Acercó sus labios a los de ella y la besó con suavidad, acariciando levemente su boca, sin profundizar el beso.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó.

—Muy bien —reconoció ella—. De no ser porque acabo todos los días agotada creería que todo esto es un sueño.

—¿Casarte conmigo te parece un sueño? —preguntó él con voz ronca, a lo que ella asintió— Te aseguro que para mí también lo es.

La atrajo hacia su cuerpo y enredó los dedos entre los mechones sueltos de su cabello para besarla en profundidad. Las manos enguantadas de Nicole se apoyaron en su pecho, sintiendo el latir acelerado de su corazón. Cuando la lengua de Andrew encontró la suya Nicole gimió, y el hombre tuvo que esforzarse por terminar el beso sin tumbarla sobre el banco de forja.

—Me estaba muriendo de ganas de hacer esto desde que has llegado —confesó Andrew—. Estás tan bella esta noche que me siento el hombre más afortunado del mundo.

—¿De veras?

—Por supuesto. Siento no haber sido capaz de darme cuenta antes de que estamos hechos el uno para el otro, Nicole. Lo cierto es que mi corazón lo sabía, pero mi mente no.

—Supongo que los dos hemos sido algo despistados al respecto —bromeó ella.

—Completamente ciegos —asintió él riendo.

Volvió a besarla, saboreando su boca porque sabía que no podría volver a hacerlo en mucho tiempo. Los planes de boda implicaban que Nicole pasara mucho tiempo con su madre y su cuñada, así que era muy escaso el tiempo que tenían para pasarlo a solas. En parte lo agradecía, porque de haberlo tenido ahora tendrían que estar pidiendo una licencia especial para casarse cuanto antes. Contaba las horas para convertir a Nicole en su esposa, no solo para poder hacerle el amor, sino para conocer cada pequeño detalle de su personalidad. Quería conocer sus manías, sus anhelos, sus aspiraciones... todo. Y eso no le había ocurrido nunca, ni siquiera con Charlotte.

Pensar en su difunta esposa le heló por un momento la sangre. No había pensado en ella desde que conociera a Nicole ni una sola vez. Ni siquiera recordaba su rostro con claridad. Se apartó de golpe de su prometida y se puso de pie, inundado por la culpa.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella sin comprender su actitud.

—Deberíamos volver dentro —respondió sin mirarla—, los invitados esperan.

Nicole se dio cuenta de que algo malo había pasado, pero no tenía ni idea de qué podía ser. ¿Le habría disgustado de alguna manera? ¿Había hecho algo que...

—¿Vamos? —preguntó él tendiéndole la mano.

Nicole la tomó, pero en vez de caminar hacia la casa, le retuvo en aquel pequeño lugar silencioso.

—¿Ocurre algo? —insistió.

—¿A qué te refieres?

—He notado cómo te has puesto tenso de repente.

Andrew suspiró y volvió a dejarse caer en el banco. Si quería tener una vida feliz con Nicole no debía haber secretos entre ellos.

—He recordado a Charlotte —confesó.

Andrew pudo ver que su confesión había trastornado a Nicole, cualquiera con dos dedos de frente podría haber adivinado el efecto que tendrían sus palabras en la mujer con la que iba a casarse. Se maldijo en silencio por haber sido tan torpe. No sabía cómo arreglar aquel desastre, pero debía hacer algo.

—No es lo que piensas —dijo acercándose a ella, que dio un paso atrás—. Charlotte fue una parte muy importante de mi vida y siempre tendrá un pedazo de mi corazón, pero superé su muerte hace mucho tiempo.

—No tienes que darme explicaciones, Andrew. No soy una tonta debutante que cree aún en el amor verdadero.

—Nicole, yo...

—Deberíamos volver a la mansión —le interrumpió ella—. Los invitados se estarán preguntando dónde se han metido los protagonistas del baile.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. Me caso contigo porque sé que me tratarás bien, porque eres mi amigo, no porque esté enamorada de ti. Siempre he sido muy consciente de que Charlotte es la dueña de tu corazón y estoy bien con eso.

Andrew la vio alejarse por el jardín sintiéndose el ser más miserable sobre la faz de la tierra. Le había hecho daño con sus palabras, lo sabía, pero no podía dar marcha atrás en el tiempo para callarlas. Con un suspiro, siguió a su prometida hasta el gentío. Ya pensaría en la forma de resarcirse en la tranquilidad de su cama.

Capítulo 19

Después de tantos nervios, de tantas noches sin dormir, de tanta incertidumbre, había llegado el día de su boda con Andrew Pennington. Aunque después de su baile de compromiso se había sentido tentada de romperlo para volver a San Pedro, tras mucho pensarlo había tomado la decisión de seguir adelante con la boda. Andrew nunca le había prometido amor eterno. Si le había pedido matrimonio lo había hecho basándose en su amistad, no en un sentimiento que siempre había tenido una dueña. Nicole no podía reprocharle que Charlotte fuera la dueña de su corazón, pues ya lo era cuando ella le conoció.

También había ayudado mucho la campaña que Andrew había puesto en marcha para enmendar el daño causado. Era consciente de que su prometido se había dado cuenta de que sus palabras la habían herido aunque ella le hubiera hecho ver lo contrario. Su campaña comenzó con un enorme ramo de rosas acompañado por un pequeño carruaje fabricado en cristal de Murano. Más tarde le había confesado que pensó en su fatídico primer encuentro cuando lo vio en el escaparate de la tienda. Al día siguiente le envió unos pendientes de diamantes, y al siguiente unos preciosos guantes de seda. Los regalos no se habían detenido ni siquiera el día anterior a su boda, en el que había recibido una preciosa tiara para su tocado de novia.

El día del enlace Nicole se levantó al alba, incapaz de continuar por más tiempo en la cama. Bajó a las cocinas para pedirle a la cocinera que le preparasen el desayuno, y para cuando su familia se levantó ella ya llevaba horas dándole vueltas a su vestuario.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Rick apoyado en el quicio de la puerta.

—No podía estar más tiempo en la cama, así que...

—¿Nerviosa por tu boda? —sonrió su hermano.

—No tanto como pensé que estaría —reconoció—, pero quiero que todo sea perfecto.

—Lo será. —La tomó por los hombros y la miró a los ojos—. Tú eres perfecta, mi querida hermana.

—Lo dices porque eres mi hermano.

—Lo digo porque es la verdad. No creo que exista en todo Londres una mujer más perfecta que tú, sin contar a mi esposa, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Chantal con una sonrisa—. ¿Has desayunado?

—Hace horas —reconoció Nicole.

—En ese caso, baja con nosotros y come algo. El día será eterno y te puedo asegurar por propia experiencia que después no serás capaz de probar bocado.

—No creo que pueda tomar nada.

—Una taza de té, al menos. ¿Qué me dices?

Chantal extendió la mano hacia su cuñada y esta la tomó sonriente. Bajaron al salón y se sentaron a la mesa mientras los sirvientes servían el desayuno. Su hermano apareció poco después portando en sus manos varias cajas de joyería, al menos una docena de ellas.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicole.

—Es parte de tu dote —respondió su hermano dejándolas frente a ella—. La dote de

nuestra madre.

Un nudo se instaló en la garganta de la joven mientras abría aquel pequeño tesoro. Doce conjuntos de fina joyería adornados con diamantes, rubíes, esmeraldas y zafiros, obsidianas y topacios.

—Las encontré en su caja fuerte cuando nuestro padre murió —explicó Ricard—. Él nunca supo la combinación, pero mamá me hizo aprenderla mucho antes de morir.

—Deberían ser de Chantal, yo...

—También dejó esta carta —la interrumpió su hermano entregándole una nota de papel amarillento por el paso del tiempo.

Mi querida Nicole:

Cuando leas esta carta tal vez sea demasiado tarde para que tu futuro sea el que toda madre sueña para su hija. Debido a la estúpida decisión de tu padre, tengo miedo de que tu vida sea infeliz y desgraciada. Como madre me hubiera gustado verte feliz en un matrimonio por amor, con varios hijos corriendo a tu alrededor y algunos nietos cuando llegaras a la madurez. Hubiera querido tantas cosas para ti... Créeme cuando te digo que lo he intentado todo, absolutamente todo, para impedir que ese lunático te castigue por los errores de sus antepasados, pero nadie puede hacerle cambiar de opinión, ni siquiera yo.

Es por eso que, cuando ambos nos hayamos ido, quiero que busques la manera de ser feliz. Sé que tu hermano te ayudará a encontrarla, porque te ama tanto como yo. Aguanta un poco, ¿de acuerdo? Y cuando seas libre utiliza estas joyas para ser feliz. Te darán una buena suma de dinero por cada una de ellas, lo suficiente para comprar una bonita casa en el campo y vivir cómodamente durante el resto de tu vida. Es lo único que puedo hacer por ti. Y no olvides nunca lo mucho que te quiero, mi pequeño milagro caído del cielo.

Con amor.

Mamá.

Se limpió una lágrima solitaria de la mejilla y dobló el papel con sumo cuidado.

—¿Tú lo sabías? —preguntó a su hermano.

—No lo sabía —respondió Ricard con voz ronca—. Cuando mamá murió me encontraba en la escuela, no tuvo oportunidad de decírmelo.

—Tal vez pensó que las encontrarías cuando tu padre muriera, como ha ocurrido —sugirió Chantal.

—O tal vez no le dio tiempo a contármelo —respondió él—. Mi padre podría haber llamado a un cerrajero para abrir la caja fuerte de mi madre si hubiera recordado que ella la mandó hacer tiempo después de estar casados.

—Por suerte, era un hombre olvidadizo —suspiró su esposa abrazándolo.

—Úsalas, Nicky —pidió Rick—. Lúcelas y sé feliz por ella.

—Sabes bien que lo soy —respondió ella con la voz rota por la emoción.

—Y te aseguro que ella también estaría muy feliz de verte así.

Nicole se levantó y abrazó a su hermano, abrazo al que poco después se unió su cuñada. Cuando se separaron, los ojos de todos estaban acuosos por las lágrimas sin derramar.

—Bien, dejemos los sentimentalismos a un lado —exclamó Chantal—. Debemos acudir a una boda y debe ser un día lleno de felicidad.

Felicidad... ¿sería eso posible para ella? Estaba locamente enamorada de un hombre que siempre amaría a su difunta esposa. Había sido plenamente consciente de sus sentimientos por Andrew cuando él le confesó en su baile de compromiso que había pensado en su esposa

mientras la besaba. Ella sintió cómo su corazón se rompía en mil pedazos ante aquella confesión, y habría roto en llanto delante de él si no hubiera podido más su orgullo de mujer. ¿Podría conformarse con las sobras de aquel amor eterno? Lo dudaba. Ella quería mucho más que un matrimonio de segunda, quería amar y ser amada, que sus hijos fueran fruto del amor y no de la obligación de traer al mundo a un heredero para el título. Pero al parecer eso estaba descartado para ella.

Se sentó en el borde de la cama y acarició el vestido que con tanto esmero había confeccionado madame Fairfax para ella. Era el vestido más hermoso que había visto en su vida, sin embargo, no se creía con fuerzas de llevarlo aquel día. Porque su tristeza eclipsaría la belleza de aquella prenda, estaba segura.

—¿Puedo pasar?

Levantó la vista hacia su hermano, que la miraba apoyado en el quicio de la puerta.

—Claro, pasa —respondió.

Ricard se sentó junto a ella y pasó el brazo sobre sus hombros, atrayéndola hacia él para abrazarla.

—Dime qué es lo que está mal —ordenó.

—No hay nada mal, hermano.

—Nicky... te conozco lo suficiente para saber que algo te está atormentando desde hace días. ¿Te estás arrepintiendo?

—Claro que no —negó ella—. Es solo que...

—Vamos, cuéntamelo. Antes nos lo contábamos todo.

—Antes éramos niños —rio ella sin ganas.

—¿Porque ahora seamos adultos no tienes confianza conmigo?

—Vas a pensar que soy tonta...

—Ya lo pienso —bromeó su hermano—, así que habla.

—Andrew sigue amando a su difunta esposa. No debería sorprenderme —añadió impidiendo hablar a su hermano—, y desde luego debería haberlo intuido, pero había olvidado que él había estado casado con anterioridad.

—Y eso te duele, por lo que veo.

—Me duele, sí. No se lo reprocho, por supuesto, él no puede controlar sus sentimientos, pero eso no hace que duela menos.

—Le amas, ¿no es así?

—¿No soy estúpida? —rio con los ojos anegados en lágrimas— No me había dado cuenta de que le amaba hasta que...

—¿Hasta que...

—Hasta que recordó a su esposa mientras me besaba.

—Nicky...

—No digas nada, no hay nada que decir —le interrumpió—. A pesar de eso, a pesar de que el fantasma de Charlotte Pennington siempre estará presente en nuestras vidas, sé que casarme con Andrew es lo mejor que me puede pasar.

—¿Estarás bien con eso?

—Siempre me ha tratado bien, Rick. Somos amigos, y sé que me desea como mujer. Será suficiente.

—Quiero que sepas que, pase lo que pase, si en algún momento sientes que no puedes más, si necesitas escapar de allí, puedes contármelo. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Tienes un título que proteger, hermano. Si yo decidiera escapar de mi matrimonio no

se me ocurriría ensuciarlo.

—Siempre podemos volver a Cornualles —respondió Rick encogiéndose de hombros—. Sé que echas de menos el mar.

—Lo tendré en cuenta.

Ricard besó a su hermana en la frente y se dirigió a la puerta de la habitación.

—Ricky... —le llamó, haciendo que se volviera hacia ella— Te quiero.

—Y yo a ti.

A las cinco en punto, Nicole abandonaba el carruaje descubierto de su familia, que había sido adornado para la ceremonia con rosas, ranúnculos y peonías. Entró a la iglesia del brazo de su hermano, y aunque el sol de la tarde le impedía ver con claridad la zona del altar, sabía a ciencia cierta que Andrew la estaba esperando... y que estaría impresionante con su traje de gala. Conforme se iba acercando a él vio a muchos de sus conocidos, a sus amigos y familiares... y también a sor Agnes, a Isabel y a Anna, sus amigas de San Pedro. Miró a su hermano con una enorme sonrisa, y este se encogió de hombros.

—Tu prometido pensó que te vendría bien contar con tus antiguas amigas, además de las nuevas —explicó.

—¿Ha sido idea suya? —preguntó asombrada.

—Puede que no te ame, pero desde luego te aprecia mucho, Nicky.

—Lo sé —respondió con una enorme sonrisa.

Miró al hombre con el que iba a casarse y supo que, a pesar de todo, sería feliz a su lado. Si bien no podría tener el amor de su esposo, al menos podría contar con el amor de sus hijos, podía conformarse con eso. Andrew tomó la mano de Nicole y la ayudó a subir los tres escalones que los separaban. La miró con aprobación, sonrió y se llevó su mano a los labios para depositar un suave beso sobre su anillo de compromiso.

—Estás preciosa —susurró.

—Tú también estás muy guapo —rio ella.

Pronunciaron sus votos ante el cura, los asistentes y Dios. Andrew la miró a los ojos en todo momento, sin titubear, y Nicole se derritió por aquel hombre que le había robado sin darse cuenta el corazón. Cuando la besó, convertida ya en su esposa, todo a su alrededor se desvaneció. Ahora empezaba su vida en común, una vida que la aterrorizaba... pero estaba deseando vivir.

Capítulo 20

Andrew se paseaba distraídamente entre los invitados. Hacía ya un buen rato que habían raptado a su esposa de su lado, y la veía a través del gentío al otro lado del salón. Dios santo, estaba preciosa. El vestido que había elegido para aquel día era perfecto para ella. No podía dejar de pensar en la hora de quitárselo lentamente, de recorrer ese voluptuoso cuerpo con las manos y hacerle el amor. Carraspeó y dio un buen sorbo a su copa de champán.

—¿Observando a tu esposa? —bromeó Christian.

—¿A quién más? —respondió él con una sonrisa cómplice.

—Has caído por completo bajo el yugo del matrimonio, amigo mío.

—Dices eso porque desconoces los placeres que puede proporcionarte un buen matrimonio —respondió Lance por él.

—El esposo feliz ha hablado —protestó el marqués.

—Ciertamente, lo soy. Mucho más ahora que estamos embarazados —sonrió abiertamente Degrey.

—¿Estáis? —rio Andrew— Es ella quien se siente mal, quien engorda, quien da a luz...

—Y yo voy a apoyarla en todo momento.

—Mi más sincera enhorabuena, hombre —deseó Andrew abrazándole.

—A quien debemos felicitar es a ti —respondió su amigo—. Eres el protagonista esta noche.

—Mi esposa lo es —negó Andrew—. Está increíble, ¿no es cierto?

—Es muy hermosa, es cierto. Y parece muy feliz.

El rostro de Andrew se ensombreció al recordar lo ocurrido en su fiesta de compromiso. Si bien era cierto que se habían visto varias veces después de aquello y Nicole había sido la de siempre, no podía quitarse de la cabeza la sensación de que sus palabras la habían herido. Por un momento olvidó que estaba hablando con su prometida, no con su amiga. Y a ninguna mujer debía gustarle saber que el hombre que la besa está pensando en otra mujer mientras lo hace.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros? —intuyó Christian.

—Metí la pata en nuestro baile de compromiso —reconoció él—. Dije algo que no debía y creo que la herí con mis palabras.

—¿Y te disculpaste? —preguntó Lance.

—Por supuesto que lo hice, pero no hemos hablado de ello después de aquel día.

—Tu esposa parece feliz, no creo que debas darle tanta importancia —respondió Lance haciendo un aspaviento—. Las mujeres tienen la increíble capacidad de olvidar los agravios de sus esposos en poco tiempo.

—Eso espero, porque en ningún momento fue mi intención hierla. Olvidé que era mi prometida y no mi amiga, es todo.

—Si sientes que lo dicho aquella noche puede interponerse en vuestra felicidad deberías hablarlo con ella —aconsejó Hertford—. Si no es así, es mejor que lo olvides y continúes adelante.

—Muy buen consejo para alguien que nunca ha estado casado... —aplaudió Degrey.

—Tengo hermanas —respondió Chris—, lo que viene a ser parecido.

—Caballeros, si me disculpan, creo que es hora de que recupere a mi esposa —añadió Andrew sonriendo—. Creo que la he dejado en manos de tu esposa demasiado tiempo.

Se acercó a donde se encontraba Nicole, acompañada de Amelia y otras jóvenes damas. En cuanto le vio acercarse, se giró hacia él con una enorme sonrisa y estiró la mano para tomarle del brazo.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en venir a recuperar a tu esposa —dijo Amelia con picardía—. Debo decir que has tardado mucho menos de lo que esperaba.

—No puedes culparme de querer pasar tiempo con ella —respondió él—. La has arrancado de mi lado en cuanto hemos pisado el salón.

—Tu esposa necesita adentrarse en círculos sociales nuevos, querido Andrew. Algún día se convertirá en condesa.

—Por ahora... prefiero bailar con mi mujer.

Llevó a Nicole hasta la pista de baile. En cuanto empezaron a girar, todo a su alrededor desapareció. No había invitados, ni familia. Solo estaban ellos dos, mirándose el uno al otro con una sonrisa en los labios.

—Gracias por tu último regalo —dijo ella llevándose la mano a la tiara—. Es preciosa.

—Me alegro de que te guste.

—No necesitas hacerme más regalos, Andrew. Te aseguro que no estoy enfadada.

—No te he enviado regalos porque estuvieras enfadada.

—¿Porque te sentías culpable, entonces?

—Me siento un poco culpable, sí, pero tampoco ha sido por eso. Eras mi prometida y quería agasajarte un poco, es todo.

—No tienes que sentirte culpable por nada. Aunque reconozco que aquella noche tus palabras fueron un jarro de agua fría para mí, después de pensar en ello lo entiendo.

—No es lo que piensas. No la recordé de la forma que piensas.

—¿Y cuál es la forma que pienso, según tú?

—Crees que imaginé que estaba besándola a ella.

—¿Y no fue así?

—¡Claro que no! Te besaba a ti porque te deseo a ti, a Nicole, no intentaba utilizarte para avivar su recuerdo.

—¿Entonces qué querías decir?

—Había dejado de pensar en ella —reconoció—. Desde que te conozco cada vez pienso menos en ella, y me sentí culpable por ello.

—Charlotte es parte de tu pasado, una parte hermosa de tu pasado, y no tienes que pensar menos en ella porque estés casado conmigo. —Tragó saliva—. Podemos recordarla juntos, si quieres.

—No creo que sea lo correcto...

—¿Por qué no? ¿Acaso ahora que estamos casados hemos dejado de ser amigos?

—Ahora eres mi esposa, es diferente.

—Yo no quiero que sea diferente. ¿Qué tiene de malo que me cuentes cosas sobre ella?

—Nicole, no insistas.

—Muy bien —suspiró ella—. Solo quiero que sepas que puedes hablar conmigo si lo necesitas. Siempre te escucharé.

Y allí, delante de sus familias y amigos, Andrew la besó. Porque aquellas palabras

significaron tanto para él que no pudo resistir la necesidad de hacerlo. Hubo exclamaciones ahogadas, murmullos y risas veladas, pero a él no le importó en absoluto. Se sintió terriblemente orgulloso cuando apartó la boca de ella y descubrió que se había sonrojado hasta el límite de lo posible.

—Todos nos observan —protestó Nicole.

—Que lo hagan, es nuestra boda.

—Seremos la comidilla de la ciudad durante días.

—¿Acaso importa? Que hablen todo lo que quieran... Mientras tanto nosotros estaremos fabricando bebés.

La conversación fue interrumpida cuando Clement reclamó su baile con su nueva hermana. Para cuando Nicole tuvo oportunidad de volver junto a su esposo, los invitados ya se marchaban. Durante aquel tiempo había estado pensando en las últimas palabras de Andrew. Estaba deseando tener hijos. Deseaba con todas sus fuerzas darle lo que él siempre más había anhelado. Eso la hizo pensar a su vez en la noche de bodas. ¿Cómo sería? Chantal le había asegurado que no tenía nada que temer, que sería una experiencia muy placentera. Habían tenido esa conversación algunos días antes, y la verdad era que hablar con su cuñada la había tranquilizado mucho. Pero no podía evitar sentirse ansiosa. ¿Sería capaz de satisfacer a su esposo? Desde luego, esperaba que así fuera. Ya tenía suficiente con tener que vivir con el amor que le profesaba a su difunta esposa como para tener que lidiar también con una amante.

—Deberíais quedaros aquí —dijo Violet sacándola de su ensimismamiento.

—Nuestra casa está a diez pasos de aquí, mamá —respondió Andrew.

¿Su casa? ¿Andrew había comprado una casa para ellos? Le miró con sorpresa, y él sonrió.

—Quería darte una sorpresa, pero parece que mi madre acaba de fastidiármela —se disculpó su esposo.

—¿Has comprado una casa? Creí que viviríamos aquí.

—¿Con tanta gente alrededor? No, gracias. Necesitamos mantener nuestra intimidad. —Evaluó por un momento a su esposa—. Aunque, si lo que quieres es que vivamos aquí...

—No, por mí está bien lo que hayas decidido —respondió ella con una sonrisa.

—En ese caso, nos iremos a casa.

—Muy bien —suspiró su madre—, le pediré a Frederick que mande a preparar el carruaje.

—Ah, no... nadie va a venir con nosotros —protestó Andrew—. Os invitaremos a casa cuando hayamos terminado nuestra luna de miel, no antes.

—Pero milord... —intervino Chantal— Debo preparar a su esposa para...

—Por favor, tutéame —la interrumpió Andrew—. Ahora somos familia. Y no te preocupes por eso, yo mismo ayudaré a mi esposa.

—Andrew... —advirtió su madre.

—Soy perfectamente capaz de desatar unos cuantos lazos, mamá. Y ahora nos marchamos. —Tomó la mano de Nicole y se la llevó a los labios para besarla—. Buenas noches a todos.

Nicole aún no podía creer que hubieran dejado a su familia abandonada en la casa familiar. Miraba a su marido con verdadero asombro, pero él solo sonreía con la mirada fija en el camino.

—¿Sabes lo sumamente descortés que ha sido lo que acabamos de hacer? —suspiró.

—No te preocupes por ellos.

—Andrew... deberías al menos haber permitido que vinieran a prepararme.

—Como he dicho, soy perfectamente capaz de desatarte el vestido. De hecho, los sirvientes llegarán por la mañana, tenemos la casa para nosotros solos.

—¡Andrew!

Se acercó hasta que su aliento acarició el lóbulo de la oreja de Nicole. Ella se estremeció y cerró los ojos involuntariamente.

—Quiero desnudarte en el recibidor —dijo con voz ronca—. Tengo pensado hacerte el amor esta noche en todas y cada una de las habitaciones de nuestra nueva casa.

—Eso es imposible.

—Seguramente lo sea, son demasiadas habitaciones —reconoció él riendo—, pero al menos puedo intentarlo.

Andrew cumplió su promesa. En cuanto cerraron la puerta de entrada, la aprisionó contra la fría madera y la besó con una intensidad desconocida para Nicole hasta entonces. Su lengua la avasallaba, la devoraba, sus manos se habían multiplicado, las sentía por todas partes acariciando, pellizcando, despertándola a sensaciones que jamás habría soñado con sentir. Su cuerpo cobraba vida con cada una de sus caricias, se sentía vibrante, sensible, anhelante de algo que no podía descubrir. Enredó las manos en el cabello de su esposo, que gimió ante aquel gesto y la apretó con más fuerza contra él.

—Si supieras lo mucho que he deseado esto —reconoció Andrew con voz rota mientras deshacía los lazos de su vestido—. No puedes imaginar las veces que he soñado con poder desnudarte de esta manera, Nick.

Ella contuvo la respiración cuando el vestido cayó a sus pies, dejándola con la fina camisola y el corsé. Fue plenamente consciente del hambre reflejada en los ojos de Andrew, que la miraba mordiendo el labio inferior. Pasó la mano por su muslo sedoso, cerrando los ojos como si hacerlo le produjera a él un enorme placer también. Los nervios de Nicole vibraban con sus caricias, y cuando se acercó peligrosamente a la unión entre sus piernas dejó escapar un jadeo. Los dedos de su marido acariciaron lentamente su sexo, hundiéndose un poco entre sus labios y acariciando un punto extremadamente sensible de su anatomía. Nicole saltó ante aquel contacto, haciéndole reír, pero poco a poco se fue deshaciendo ante el inmenso placer que estaba sintiendo. Su cuerpo entero hormigueaba en busca de algo más, y cuando Andrew apartó la mano para deshacer los lazos del corsé sintió un vacío tan grande que sus ojos se llenaron de lágrimas sin derramar.

—Aún queda mucho más, Nick —susurró Andrew a su oído—. Muchísimo más. Debes ser paciente.

Ella asintió, porque era incapaz de pronunciar una sola palabra. Su marido asaltó su cuello con pequeños besos y mordiscos, y cuando el corsé cayó al suelo abarcó sus pechos con las manos y los apretó con suavidad.

—He querido hacer esto desde hace mucho tiempo —reconoció—. Llevo tanto tiempo deseándote, Nick.

—¿De veras?

Andrew pegó su pelvis a sus nalgas en respuesta, haciéndola notar el bulto de su erección.

—Esto es lo que me provocas, cariño —dijo con voz ronca—. Esto es lo que ocurre cada vez que te beso, o te acaricio.

Nicole se llenó de valor, y se dio la vuelta para ponerse de puntillas y besarle. En cuanto los labios femeninos rozaron los de Andrew, dejó escapar un gemido y la levantó de las nalgas

para cogerla en peso y dirigirse hacia las escaleras. Nicole envolvió las piernas en su cintura para evitar caerse, ganándose un gruñido de aprobación.

—Mas tarde te haré el amor en cada rincón de esta casa —dijo Andrew dejándola de pie junto a su nueva cama—, pero la primera vez será en nuestra cama.

Nicole le dedicó una enorme y radiante sonrisa. Había pensado que dormirían en cuartos separados. Casi todo el mundo lo hacía, así que era lo más lógico dadas las circunstancias de su matrimonio. Pero Andrew había dicho “nuestra cama”, dándole así un poquito de esperanza.

—Veo que te gusta la idea de compartir la cama conmigo —rio Andrew apartando un mechón de cabello de su frente.

—Mucho.

—Me alegro, porque en esta casa no hay más dormitorio para ti que este. —La envolvió de nuevo entre sus brazos—. Quiero tenerte a mi lado el mayor tiempo posible.

Volvió a besarla, mucho más despacio esta vez. Saboreó su lengua hasta que la escuchó gemir, hasta que Nicole arqueó la espalda para estar más cerca de él, y se apartó lo justo para empezar a desnudarse. La miró en todo momento a los ojos, mostrándole su cuerpo masculino sin vergüenza. Aunque era delgado no poseía un cuerpo musculoso, pero a Nicole le pareció espléndido igualmente. Su pecho estaba salpicado de vello oscuro que bajaba por su ombligo hasta perderse tras la cintura de los pantalones. Le gustó la pequeña curva de su estómago, y si no hubiera estado tan nerviosa por lo que estaba a punto de ocurrir, habría alargado la mano para acariciarla.

Andrew veía cómo su esposa apretaba los dedos en el borde del colchón mientras lo devoraba con la mirada y sonrió. Parecía que le gustaba lo que veía. Terminó de desnudarse y le extendió la mano para ponerla de pie. Su mirada estaba fija en su erección, seguramente sopesando cómo iba a entrar en ella. Le levantó la barbilla para evitar que pensara demasiado y se arrodilló en el suelo para subir su camisón pasando las palmas de las manos por su piel. Pero dejó a la vista el nido de rizos dorados y toda su determinación se esfumó. Levantó la mirada y, sin apartar los ojos de los de ella, acercó su boca para lamerla. Su sabor salado le embriagó, y sonrió cuando su mujer se sostuvo de sus hombros por miedo a caerse. Los gemidos de Nicole pronto se transformaron en gritos. Tuvo que sujetarla con firmeza con un brazo por debajo de las nalgas para evitar que se cayera, y siguió atormentando su pequeño brote con la lengua hasta que se rompió en mil pedazos, desplomándose frente a él en el suelo con la respiración jadeante.

—Esto es el placer, Nicole —susurró en su oído.

—Ha sido...

—Y aún no he terminado contigo —la interrumpió.

Ella le miró con sorpresa, y Andrew aprovechó para besarla con fuerza. La levantó y la sentó en el borde de la cama para sacarle el camisón por la cabeza. Era preciosa, absolutamente preciosa, por dentro y por fuera. Su cuerpo era increíblemente suave, redondeado en las partes justas, con unas largas piernas que le habían vuelto loco al sentirlas rodear su cintura. Gateó sobre ella, la besó nuevamente y bajó por su cuello dando pequeños besos, algunos mordiscos, hasta encontrarse con uno de sus pezones.

Cuando sintió la lengua de Andrew en aquella parte tan íntima de su cuerpo, Nicole creyó desfallecer. Lo que acababa de hacerle había sido... una explosión de sensaciones, esa era la mejor forma de describirlo. Su cuerpo se había puesto en tensión para después desplomarse sin fuerzas, y a pesar de ello cada beso, cada mordisco de su esposo le volvían a producir sensaciones increíbles. Enredó los dedos en su cabello cuando lamió uno de sus pechos. Succionó su pezón, lo lamió y mordisqueó hasta que Nicole creyó morir de placer, y cuando

pensó que perdería por completo la razón su esposo volvió a hacer lo mismo en el otro. Nicole sentía su cuerpo arder, incluso el roce de la sábana le parecía insoportable, necesitaba volver a sentir el estallido en su interior. Andrew continuó bajando por su estómago, pero en vez de volver a su sexo, se desvió hacia sus piernas. Nicole no tenía ni idea de que cada pulgada de su cuerpo pudiera ser tan sumamente sensible a las caricias de su esposo. Quería gritar, se ahogaba en aquel placer tan grande.

—Estás preparada —dijo su esposo tumbándose sobre ella—. Puede dolerte, pero...

—Lo sé —le interrumpió—. Todo eso lo sé. No te detengas.

—Ni el mismísimo Dios conseguiría que me detuviera ahora mismo. Te deseo tanto que...

Pegó su boca a la de Nicole y levantó las caderas para colocarse. Se adentró en su cuerpo despacio, muy despacio, intentando provocarle el menor dolor posible. Nicole se tensó un segundo, pero se relajó tan rápidamente que Andrew pensó que lo había imaginado. Cuando estuvo completamente hundido en su interior, rompió el beso y la miró a los ojos, pero solo pudo ver en ellos deseo y placer.

—¿Te duele? —preguntó.

—Me siento un poco incómoda. Eres demasiado grande, al parecer. —Su esposo rio y la besó con fuerza.

—Te aseguro que soy de tamaño normal. Pero me alegra que sea suficiente para mantener a mi esposa satisfecha.

—Lo de antes ha estado mejor —reconoció ella pensando que eso era todo.

—Adoro que seas tan sincera, cariño, pero te aseguro que esto es infinitamente mejor. —Se acercó a su oído—. No ha hecho más que empezar, te lo aseguro.

Andrew comenzó a mover las caderas, y los ojos de Nicole se abrieron tanto que no pudo evitar reír. El gemido que escapó entonces de sus labios fue música para sus oídos. Sintió las uñas de su esposa clavarse en sus brazos, pero no le importó en absoluto. Las caderas de Nicole se movían al unísono con las suyas, buscando el placer compartido. Apretó con fuerza las nalgas femeninas entre los dedos y bombeó aún con más fuerza, perdiéndose en la boca que le esperaba entreabierta. Jamás habría sido capaz de imaginar que su dulce e inocente Nicole pudiera ser una mujer tan desinhibida. Parecía una ninfa salvaje de los bosques, un hada que había llegado para embrujarle. Y Andrew se dejaría embrujar por ella encantado.

Apretó los dientes para intentar aguantar su liberación un poco más, su esposa estaba a punto de acompañarlo. Sentía sus piernas tensas alrededor de su cintura, su interior estaba contrayéndose a su alrededor y sus uñas... Dios, sus uñas iban a terminar dejándole heridas. Hundió los dedos entre sus cuerpos para acariciar el brote femenino y, con algo a medias entre un jadeo y un grito, su esposa se dejó ir, arrastrándole con ella al orgasmo. Se dejó caer jadeante a su lado, con el cuerpo cubierto de sudor. Veía estrellas a través de sus párpados cerrados. Había sido absolutamente increíble. Jamás había disfrutado tanto con el sexo como aquella noche. Al menos no lograba recordar ni una sola vez que se hubiera sentido igual con... Descartó esos pensamientos inmediatamente. Sería un canalla si se dignara a compararlas. Charlotte había sido su pasado, y Nicole era su presente, su futuro.

La miró. Estaba jadeando tanto que sus pechos se movían como dos piezas de gelatina. Su cuerpo estaba enrojecido por todas partes debido a sus caricias, y podía ver una pequeña marca de sus labios justo encima de su pezón derecho. Sonrió y la atrajo hacia su cuerpo. Ella le devolvió la sonrisa y pasó un brazo por su cintura, apoyando la cabeza sobre su pecho.

—Estoy agotada —reconoció.

—Duérmete, ha sido un día muy largo.

—Pero...

—¿Qué pasa?

—Querías...

—¿Qué quería, Nicole?

Él sabía perfectamente a qué se refería su esposa, estaba bromeando. Le gustaba verla azorada, y sus mejillas empezaban a tornarse del color de las amapolas.

—No importa —dijo al fin ella.

Andrew giró bruscamente para colocarse sobre ella y besarla en los labios.

—Puedes dormir, cariño —dijo—. Tenemos toda la vida por delante para explorar esta casa, ¿no es así?

—Claro que sí.

—Además... siempre puedo despertarte en mitad de la noche para reclamar tu atención...

—Estaré encantada de que lo hagas, esposo. Te lo aseguro.

Capítulo 21

5 años después...

Nicole permanecía mirando por la ventana de la habitación sin ver nada en absoluto. El doctor Baxter estaba a los pies de la cama, metiendo su instrumental en el maletín. Era la segunda vez que perdía un hijo. Después de años de intentarlo sin descanso, de decepciones y angustias había quedado embarazada de nuevo... pero había perdido al bebé en el tercer mes de embarazo.

No había pasado ni un año de su matrimonio cuando supieron la feliz noticia. Nicole había quedado embarazada, tendrían su primer hijo. Andrew estaba tan sumamente feliz con la noticia que mandó hacer la cuna del bebé, y juntos fantasearon con cómo sería la criatura cuando naciera. Tendría los ojos de su madre, el cabello rebelde de su padre y la sonrisa de los Pennington. Sería un chico grande como papá o una dama dulce y delicada como mamá. Pero a los cuatro meses y medio de embarazo Nicole sintió un repentino dolor en el bajo vientre. Llamaron al doctor Baxter, pero nada pudieron hacer por el pequeño. Al parecer, llevaba unos días muerto dentro de su madre, y su cuerpo solo intentaba deshacerse de ello.

Fue el peor día de la vida de Nicole. Nadie puede imaginar el dolor que sufre una madre cuando pierde lo más valioso de su vida. Un adorable pedacito de ella había desaparecido y no sabía cómo seguir adelante. Andrew fue un gran apoyo para ella a pesar de que él debía llevar también una terrible pena sobre sus hombros. Era su segundo hijo no nacido, Nicole no quería ni imaginar lo mucho que había sufrido. Sin embargo, la apoyó y la ayudó a salir de aquel terrible estado. Poco a poco volvieron a la vida, ilusionados con poder tener otro hijo pronto. Pero los años fueron pasando y ese hijo jamás llegó. Nicole lloraba desconsolada cada vez que llegaba su periodo, y veía en el rostro de su esposo la decepción a pesar de que siempre la animaba diciéndole que lo conseguirían la próxima vez. Pero esa próxima vez había tardado cinco largos años en llegar. Y su cuerpo era tan inservible que había vuelto a perderlo.

—Nick... —dijo su esposo sentándose a su lado en la cama.

—Déjame sola.

—No voy a hacerlo. Mírame.

Ella no obedeció. Se sentía tan fracasada, tan inútil, que era incapaz de mirar a su esposo a la cara.

—Nicole, mírame —insistió él.

—No puedo —sollozó ella.

Con un suspiro, Andrew puso un dedo bajo la barbilla de su esposa y levantó su rostro para mirarla a los ojos. Nicole no pudo soportarlo más y rompió en llanto, abrazándose con fuerza al pecho de su esposo y sujetando su camisa entre los dedos con mucha fuerza.

—Lo siento —pidió entre hipidos—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya... Deja de decir que lo sientes.

—Por supuesto que es culpa mía.

—Escúchame —insistió él tomándola de los hombros—. Lo que ha pasado no es culpa de nadie, ¿me oyes? Dios tenía otros planes para nuestros hijos, cuando te encuentres mejor volveremos a intentarlo.

—No sé si tenga fuerzas para volver a intentarlo —reconoció Nicole desviando la mirada. Andrew suspiró y asintió.

—Hablares de ello cuando estés recuperada —dijo—. Deberías descansar un poco. Andrew hizo el amago de levantarse, pero Nicole se lo impidió sujetándole de la mano.

—¿Puedes quedarte conmigo? —preguntó.

—Debo despedir al doctor Baxter. Volveré en cuanto pueda.

Nicole asintió y soltó la mano de su esposo, que salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Le había decepcionado... otra vez. Había sido incapaz nuevamente de darle lo único que él había esperado de ella. Miró su vientre plano una vez más, maldiciéndolo por ser un lugar yermo. Se tumbó en la cama y rompió de nuevo a llorar.

Andrew se dejó caer en la pared cuando salió de la habitación. Se sentía tan impotente, tan inútil... Su esposa estaba destrozada y él no tenía la más remota idea de qué hacer para consolarla. Con un suspiro de cansancio, se dirigió hacia el salón principal, donde se encontraba reunida toda su familia. En cuanto le vieron aparecer, su madre se acercó con los brazos abiertos, brazos en los que se refugió con la esperanza de que le dieran las fuerzas que necesitaba en aquel triste momento.

—Lo siento mucho, cariño mío —susurró Violet en su oído.

Él asintió y se tragó el nudo que tenía en la garganta. Sintió que al abrazo se unían su padre y sus hermanos. Sintió la mano de Marianne entre las suyas y la apretó con fuerza, buscando con la mirada los ojos iguales a los suyos. Se separó al fin de aquel abrazo y se limpió las lágrimas no derramadas antes de dirigirse al doctor, que aguardaba pacientemente sentado en un sillón con una taza de té.

—¿Cómo está mi esposa, doctor? —preguntó.

—Lady Pennington es fuerte, milord, se recuperará. Necesita guardar reposo unos días después de tan terrible suceso, pero pronto volverá a ser ella misma.

—¿Por qué demonios pierde mi nuera a todos sus hijos? —preguntó el conde— ¿Y por qué no hace nada para remediarlo?

—No hay nada que yo pueda hacer, lord Onslow —respondió el doctor—. El cuerpo de lady Pennington está perfectamente bien, no hay ningún motivo por el que haya perdido a los dos bebés.

—¿Y por qué demonios los ha perdido?! —gritó el conde.

—Harvey, por favor... —pidió Violet.

—Discúlpeme, yo...

—Entiendo que estén alterados, lord Onslow, y le aseguro que si hubiera algo que yo pudiera hacer para remediar esto lo haría, pero no hay nada de malo en el cuerpo de su nuera. Solo puedo decir que su pérdida se debe a los designios de Dios, lo lamento.

—Gracias por todo, doctor Baxter —le despidió Andrew acompañándole hasta la puerta.

—Si lady Pennington pierde más sangre de la que debería o si se siente mal, llámeme —pidió el médico—. Vendré lo antes posible.

—Gracias.

Regresó al salón y se dejó caer en el sofá. Ricard le extendió una copa de whisky que agradeció con un gesto de cabeza y se bebió de un trago, dejando caer la cabeza hacia atrás en el respaldo.

—Debería ir a ver a Nicky —dijo su cuñada.

—Te lo agradezco, Chantal —respondió él—. Yo no sé qué hacer por ella.

—Estar a su lado, hijo mío —respondió Violet apretándole el hombro—. Apoyándola y haciéndole ver que no la culpas por lo que ha pasado.

—¿Hay algo mal conmigo? Es la tercera vez que...

—No hay nada malo con ninguno de los dos —le interrumpió su padre—. Durante la vida hay que superar diferentes pruebas, y estas son las vuestras.

—Pronto podréis tener un hijo, ya verás, hermano —le animó Marianne, que se había convertido en una bella joven de quince años—. No desesperes, te lo ruego.

Él asintió y cerró los ojos. Estaba agotado, necesitaba descansar y olvidarse por un momento de todo lo que había pasado. Pero no se sentía capaz de volver a la habitación. No se sentía con fuerzas de ver a la mujer que amaba destrozada por su inútil semilla.

—¿Por qué no vas a descansar a la habitación de invitados? —sugirió su madre como si le hubiera leído la mente— Me quedaré con Nicole para que puedas descansar.

—Le prometí que regresaría con ella. Me necesita y...

—Tú necesitas estar fuerte para ella, hijo —le interrumpió la mujer—. No le serás de ninguna ayuda en tu estado. Vamos, ve a dormir.

—De acuerdo.

Se dirigió a la habitación contigua a donde se encontraba su esposa. Se suponía que aquella era su habitación, pero solo la había utilizado dos veces, y ambas porque tuvieron una enorme discusión y Nicole le envió a dormir allí. Se deshizo de las botas, se tumbó en la cama y esperó que el sueño llegara, pero las voces de la habitación de al lado atrajeron su atención.

—Deberías comer algo —dijo Chantal—. Debes recuperar fuerzas.

—No tengo hambre.

—Nicky... No puedo ni imaginar cómo debes sentirte en este momento, pero debes intentar ser fuerte y recuperarte.

—¿Por qué no puedo tener hijos, Chantal? —sollozó su esposa— ¿Por qué todos mueren dentro de mí?

—Aún eres muy joven, tienes mucho tiempo para tener hijos.

—¿Y si nunca los tengo? ¿Y si es mi cuerpo el que los mata?

—No digas tonterías... El doctor ha dicho que no hay nada malo en ti.

—Tal vez el doctor se equivoca.

Escuchó el suspiro de su cuñada. Escuchó el sonido del tazón sobre la mesita de noche y los pasos de Chantal hacia la puerta.

—¿Dónde está Andrew? —preguntó su mujer.

—Violet le ha mandado irse a descansar.

—Entiendo.

—Deberías hacer lo mismo. Estoy segura de que lo verás todo de manera diferente cuando consigas dormir un poco.

Cuando se escuchó la puerta cerrarse, Nicole rompió a llorar. El llanto de su esposa le partía el corazón, tanto que sus ojos también se llenaron de lágrimas. Se levantó de la cama y abrió la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Su esposa se limpió los ojos para que él no la viera llorar... qué mujer más tonta. Se tumbó a su lado, la atrajo hacia su pecho y dejó escapar

todo el sufrimiento, todo el dolor que llevaba dentro. Nicole no tardó en imitarle, y se quedaron dormidos entre lágrimas, preguntándose por qué Dios les estaba castigando.

Capítulo 22

Los días pasaron, y Nicole estaba recuperada físicamente de la pérdida. Pero mentalmente seguía destrozada. Su familia había intentado por todos los medios lograr que se distrajera, pero nada de lo que hicieron sirvió para hacer desaparecer la tristeza de sus ojos. Absolutamente nada. Aquel día se encontraba en su salita privada, envuelta en una manta mientras miraba por la ventana. No se había molestado en pedirle a algún sirviente que encendiera la chimenea, tal vez el frío llevara a sus huesos helados un poco de consuelo.

—Lady Pennington... —dijo el mayordomo desde la puerta.

—No quiero ver a nadie, Jenkins.

—Es lady Degrey, milady, y dice que no piensa moverse de aquí hasta que acepte verla.

Nicole suspiró. Amelia era una mujer demasiado cabezota como para evitarla, tendría que verla al fin. Con un suspiro, asintió al mayordomo, que desapareció un momento para regresar acompañado de su amiga.

—Te juro que si Jenkins me hubiera dicho que no quieres verme te habría estrangulado —protestó sentándose frente a ella.

—Y no quiero verte, pero sé lo cabezota que eres capaz de ser.

—Estás hecha un desastre.

—Gracias por la observación.

—Nicole... no puedes seguir así. Andrew está muy preocupado por ti y no sabe qué hacer para animarte.

—Nadie puede hacer nada por mí.

—¿Acaso te has visto en un espejo? ¿Eres consciente del estado en el que te encuentras?

—No me importa.

—¡Pero a nosotros sí, demonios!

Amelia se puso de pie y tiró de su mano hasta ponerla a ella también. La arrastró hacia su habitación, la despojó de toda la ropa y la colocó delante del espejo de cuerpo entero. Dios, estaba espantosa... Había adelgazado tanto que podía ver sus costillas a través de la piel. Su rostro tenía un color ceniciento y sus piernas habían pasado a ser dos alambres sin carne, tan solo piel y hueso.

—¿Crees de veras que merece la pena llegar a esto? —espetó su amiga— ¿Merece la pena dejarte morir tú también?

Nicole volvió la cabeza, no era capaz de responder a eso.

—¡Por amor de Dios, Nick! —exclamó Amelia ante su indiferencia— ¡Despierta de una maldita vez! Has perdido un hijo, sé que es algo horrible y que ninguna mujer debería pasar por ese sufrimiento. ¡Pero sigues viva! Sigues viva y Andrew también.

—¡¿Y qué más da que siga viva?! No soy capaz de darle lo único que se espera de mí. ¡Es la segunda vez, Amy! ¿Crees que no me doy cuenta de la forma en que me mira? ¿Crees que no sé que se siente defraudado?

—Andrew jamás se sentiría defraudado por ti.

—Te aseguro que lo está, puedo verlo en sus ojos cada vez que me mira.
—Tal vez se siente así porque está viendo cómo te consumes en silencio.
Amelia se dirigió a la puerta y llamó a Aimee a gritos.
—¿Me buscaba, lady Degrey? —preguntó cuando llegó poco después.
—Pide que preparen un baño para tu señora. Vamos a sacarla de una vez de esta casa.
—¡Gracias a Dios! —exclamó Aimee.
—Prepara un vestido para ella. Algo discreto, no queremos llamar la atención sobre ella en su estado. Y por favor, haz algo con ese cabello. Córtalo, si es necesario.
—No lo será —negó la doncella—. Lo desenredaré y quedará como antes.
—Gracias, Aimee. Y, por favor, pide que nos traigan algo para que Nicole pueda comer. Estoy segura de que no prueba bocado desde hace días.
—Ahora mismo, lady Degrey.
—Vamos, Nicky. Levántate —ordenó a su amiga cuando la doncella se marchó.
—Agradezco lo que intentas, pero no me apetece salir.
—Saldrás por las buenas o por las malas, Nick, así tenga que sacarte de esta casa a rastras. Estoy cansada de ver cómo te compadeces de ti misma.
Dos horas más tarde, Nicole abandonaba su casa del brazo de su amiga. Caminaron juntas hasta Trinket Lane, y aunque no le apetecía en absoluto visitar a la modista, siguió a Amelia hasta el interior de la boutique de madame Fairfax.
—Bienvenidas a mi hogar —deseó la modista—. Me alegra ver que vuelve a nosotros, lady Pennington. La hemos echado de menos esta temporada.
—Mi amiga necesita un guardarropa nuevo, madame Fairfax —dijo Amelia por ella—. veamos lo que puede hacer por ella.
—Tengo algunos vestidos que le irán muy bien a su figura. Está demasiado delgada, milady, pero podremos disimularlo con los nuevos diseños llegados de París.
—No quiero vestidos nuevos —protestó en un susurro.
—Vas a tenerlos, querida —respondió Amelia sin mirarla—. La temporada social empezó hace semanas y la gente empieza a hablar.
—No me importa lo que diga la gente.
—¿Tampoco te importará que tu esposo termine buscándose una amante cansado de tu actitud?
La sola idea de pensar que Andrew pudiera buscarse una amante le rompió el corazón.
—Eso me suponía —dijo su amiga, que había visto la respuesta en su expresión.
—¿Te lo ha contado? —preguntó ella.
—¿Que no le permites dormir en tu cama? No, no me lo ha contado a mí. Lance me lo dijo.
—¿Qué más te dijo?
—Si quieres saber cómo se siente tu esposo deberías hablar con él en vez de encerrarte en ti misma como has estado haciendo, ¿no te parece?
—Amy, por favor...
—Esta vez no, Nicky. Soy tu amiga y te quiero, pero esto no es algo en lo que yo pueda interferir. Solo te diré que Andrew está sufriendo mucho porque no sabe cómo ayudarte, Nicole. Necesitas poner un poco de tu parte.
—No puedo darle hijos, Amy. Lo que más quiere en este mundo es tener un hijo y yo no puedo dárselo.
—Tener hijos no es lo más importante.

—Lo dices porque tú ya tienes dos.

—Y te aseguro que era mucho más feliz cuando no los tenía.

—Esa es una broma muy cruel incluso viniendo de ti.

—Adoro a mis hijos, pero echo de menos el tiempo en el que podía hacer el amor con mi esposo en cada rincón de nuestra casa. Echo de menos poder pasar tiempo con él sin que nadie nos moleste, y poder hacer viajes sin fecha de regreso. Amo a mis hijos, pero también amaba todo eso.

Amelia la cogió de la mano y la llevó hasta los sofás rojos de la sala, donde se sentaron juntas.

—Lo que intento decirte es que hay muchas otras cosas que pueden traeros felicidad en vuestro matrimonio, Nicky —continuó—. Es horrible no poder tener hijos, pero hay muchas otras formas de felicidad.

—Te olvidas de un pequeño detalle: Andrew no me ama. Sé que me tiene cariño y que me desea, pero su amor pertenece a Charlotte.

Amelia la miró con sorpresa y estalló a reír a carcajadas.

—¿Te parece gracioso? —protestó Nicole.

—Tú eres graciosa. No sabía que podías estar tan ciega. ¡Andrew está locamente enamorado de ti, Nicole! ¿De veras crees que su comportamiento se debe tan solo al cariño?

—Me lo dijo.

—¿Cuándo?

—El día de nuestro baile de compromiso.

—¡Eso fue hace años! ¿Por qué te aferras a una frase que seguramente dijo sin pensar las palabras?

—¿Y por qué las diría si no son ciertas?

—Tal vez lo eran en aquel tiempo, pero ahora te aseguro que no es así. Hazte un favor a ti misma y habla con tu marido, por favor. Verás lo terriblemente equivocada que estás.

Cuando terminaron en la modista, se dirigieron al salón de té que solían frecuentar. Pidieron un trozo de pastel y té, y aún no les habían servido el pedido cuando vieron a Andrew aparecer... acompañado de una mujer. El mundo entero de Nicole se vino abajo. La forma en la que le sonreía... Debía ser su amante, no había otra opción. Su marido se sorprendió mucho cuando la vio, no había duda de ello. Se acercó a la mesa y tomó su mano para llevársela a los labios.

—No sabía que ibas a salir —fue lo que dijo.

—No tenía pensado hacerlo, Amelia insistió.

—¿No nos presentas a tu acompañante, Andrew? —preguntó Amelia mirándole con reproche.

—Por supuesto... ella es la señorita Esther Parnell, la hija del juez Parnell. Ellas son la baronesa Degrey y mi esposa Nicole.

—Es un placer conocerlas, señoras —dijo la joven con una dulce sonrisa—. Su esposo habla maravillas de usted, lady Pennington. Siento que nos conocemos de toda la vida. Espero que podamos llegar a ser buenas amigas.

—¿Y qué hace paseando sola con un hombre casado, señorita Parnell? —preguntó Amelia mordaz.

—Oh... mi doncella debe estar a punto de llegar. Me crucé con lord Pennington en la avenida y al ver que no llevaba lacayo se ofreció a escoltarme a casa. Es todo un caballero.

—Os vi por el cristal cuando pasábamos por la puerta —aclaró Andrew.

—Ha sido una casualidad enorme, puesto que iba a sugerirle a lord Pennington detenernos para invitarle a una taza de té como muestra de mi agradecimiento.

—Apuesto a que está usted enormemente agradecida —respondió Amy con un sarcasmo que Nicole conocía muy bien.

Andrew le ofreció a la señorita Parnell una silla en la mesa ocupada por ellas y se sentó junto a su esposa. Tomó su mano entre las suyas y se la llevó a los labios para besarla.

—No sabes cuánto me alegro de verte aquí —susurró.

—¿De veras te alegras?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, no me hagas caso.

—Nicky...

—¿Dónde te has dejado a mi esposo, Andrew? —preguntó Amy— Tenía entendido que ibais a veros esta mañana.

—Tenía unos asuntos que atender. Me dirigía a casa cuando me crucé con la señorita Parnell.

—Por supuesto —respondió su amiga.

—¿Ocurre algo, Amy?

—Nada... nada en absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces... furiosa.

—¿Yo? No tengo motivos para estarlo.

Durante la siguiente media hora, la señorita Parnell parloteó sin descanso mientras Amelia se dedicó a lanzar miradas significativas hacia Nicole. Ella estaba a punto de huir de la situación, no tenía ánimos para seguir con ello. No le pasó desapercibido en ningún momento el constante roce de la mano de la joven al brazo de su esposo. Tampoco le pasó desapercibido el hecho de que él no se apartara en ninguno de los casos. Se levantó abruptamente, llamando la atención de todos los presentes.

—Si me disculpáis, me retiro —dijo—. Ha sido un día muy largo y creo que debería volver a casa.

—Por supuesto —respondió Andrew levantándose—. Si nos disculpan, señoras...

—Pero lord Pennington... —interrumpió la señorita Parnell— Me dijo usted que me acompañaría a casa.

“No vaciles... No vaciles...”, deseó Nicole en su interior. Pero su esposo vaciló. Miró a Nicole, luego a aquella muchacha... y su esposa apretó la mandíbula para no ponerse en ridículo llorando delante de todo el salón.

—Acompáñala, yo puedo irme sola a casa —dijo antes de que su esposo respondiera.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Puedo pedirle a uno de mis lacayos que acompañe a la señorita Parnell a su casa —intervino Amelia.

—Vivimos a unas calles de aquí, no voy a perderme en el camino. Si me disculpan...

Salió del establecimiento con la cabeza bien alta. Se obligó a sí misma a dar un paso, y otro más. Ni siquiera fue consciente de que Clement se había interpuesto en su camino hasta que casi se choca contra su pecho.

—¿Nicky? —preguntó él enderezándola— ¿Te encuentras bien?

—Lo siento, iba tan ensimismada en mis pensamientos que...

—Vamos, te acompañaré a casa. No tienes buen aspecto.

Su cuñado pasó el brazo por encima de sus hombros y miró a ambos lados para cruzar al

otro lado de la calle. Caminaron en silencio hasta el hogar de Nicole, y aun así la acompañó hasta dejarla sentada en uno de los sillones.

—Jenkins, trae un poco de té para la señora, no se encuentra bien —ordenó.

—Por supuesto, lord Pennington.

Se sentó frente a ella con los brazos apoyados en las piernas para observarla. Maldición, no se veía nada bien.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó.

—Regresará en seguida... o al menos eso espero.

—¿Ha ocurrido algo?

—No ha ocurrido nada, no te preocupes.

—Por tu aspecto, cualquiera lo diría.

—Es la primera vez que salgo de casa después de...

—Me alegra oír eso.

—Ha sido demasiado abrumador para mí, es todo. Deberías volver a lo que sea que hacías, no quiero quitarte parte de tu tiempo.

—Nicky, eres mi hermana. Puedes quitarme tiempo siempre que lo necesites y lo sabes.

—Me has ayudado más de lo que imaginas, y te lo agradezco. Estaré bien, te lo prometo. Puedes marcharte.

—Muy bien —suspiró su cuñado levantándose—. Volveré mañana para ver cómo te encuentras.

—No se lo digas a mamá —se apresuró a decir ella.

—¿Que no te encuentras bien? No te prometo nada.

—Clement...

—Estoy preocupado por ti, Nicky. No puedes pedirme que no se lo cuente a nadie.

—Solo te he pedido que no se lo cuentes a mamá.

Tras un momento de duda, Clement se encogió de hombros.

—Muy bien, te lo prometo. Intenta descansar, no tienes buena cara.

Nicole asintió y observó cómo se marchaba. Cuando escuchó la puerta de la calle cerrarse tras su cuñado, dio rienda suelta a las lágrimas.

Capítulo 23

Andrew caminaba junto a la señorita Parnell sin hacerle caso alguno a su perorata. Estaba muy preocupado por el estado en el que se había marchado Nicole del salón de té. Cuando la vio sentada junto a Amelia estuvo a punto de saltar de alegría. Hacía dos meses que su esposa no salía de casa sumida en una enorme tristeza. Andrew se sentía impotente, incapaz de hacer nada para aliviar el dolor de su pérdida, pero él también había perdido a su hijo y no sabía cómo lidiar con su propio dolor. Verla dar un paso tan grande fue para él todo un alivio. Había escuchado los rumores sobre su ruptura, unos rumores estúpidos y sin fundamento que algún desalmado se había dedicado a proclamar al ver que la temporada empezaba y Nicole no lo acompañaba a los eventos sociales.

Había sido él quien decidiera que le daría tiempo para el duelo, pero al parecer había cometido un tremendo error con aquella decisión. Se dio cuenta cuando hacía ya unos días el juez Parnell le había presentado a su hija como una sustituta perfecta para su ausente esposa. Se había sentido tan indignado que había estado a punto de golpear al desgraciado por atreverse a insinuar que su matrimonio estaba muerto. Estaban pasando por un mal momento, desde luego, pero eso no quería decir que fuera a deshacerse de su esposa como si fuera un trapo viejo. La amaba, maldita sea. La amaba y haría todo lo que estuviera en su mano para sacarla de aquel profundo agujero en el que había terminado hundiéndose. Por Dios que lo haría.

—¿Me está escuchando, lord Pennington?

Volvió la cabeza hacia la señorita Parnell. Se sintió un poco culpable por andar ignorándola, ella no tenía la culpa de los planes de su padre. Era una inocente dama, nada más, y él se había ofrecido a acompañarla a casa cuando vio que paseaba sin lacayos que la protegieran. Nada más.

—Disculpeme, señorita Parnell —dijo—. ¿Qué decía?

—Decía que su esposa parece una dama encantadora, aunque algo frágil. ¿Está enferma?

—No lo está. Perdimos un hijo hace poco y aún está de duelo, pero lo superará.

—Lamento oírlo. ¿Tienen ustedes más hijos, milord?

—Aún no —respondió—. Pero no perdemos la esperanza.

—Me gustaría ser su amiga. ¿Cree usted que será posible?

—No veo por qué no. De hecho, creo que le vendría bien hacer nuevas amigas para superar su dolor.

—En ese caso le escribiré para invitarla a tomar el té mañana. ¿Qué le parece?

—Le estaré eternamente agradecido.

Llegaron a la casa de la joven y Andrew se despidió con un toque de su sombrero.

—Gracias por acompañarme, milord —agradeció la joven.

—No hay de qué.

—¿Le apetecería pasar a tomar el té? Me gustaría agradecerérselo como es debido.

—Se lo agradezco, pero quiero volver cuanto antes a casa. Buenas tardes, señorita Parnell.

—Buenas tardes, milord. Ha sido un placer contar con el honor de su compañía.

Andrew se dirigió a la calle principal y tomó un coche de alquiler para llegar lo antes posible a su casa. Quería ver a su esposa, alabar el esfuerzo que había hecho aquel día y besarla hasta hacerla perder el sentido... si es que le dejaba. Porque desde aquel fatídico día Nicole no le había permitido tocarla. Lo había intentado infinidad de veces sin resultado, y al final se había rendido. Cada noche se iba a dormir a su habitación sin tan siquiera intentarlo. Le había pedido a Nicole que le buscara cuando se sintiera preparada y tenía intención de respetarlo.

La casa seguía en penumbra como siempre. Esperó encontrarla en la sala, pero toda la planta baja estaba en completa oscuridad. Subió a su habitación y la encontró sentada frente al fuego, peinando su cabello recién lavado. Se acercó a ella con cuidado, le arrebató el cepillo de las manos y continuó con la tarea, pero fue plenamente consciente de que su esposa se tensó.

—Me ha hecho mucha ilusión ver que salías de casa —comentó.

—Ha sido un error hacerlo.

—Claro que no. Es un gran paso, Nicole, un paso gigante.

—No creo que deba volver a salir.

—Al contrario, debes hacerlo lo antes posible. Mañana podemos ir a dar un paseo por Hyde Park. Lo haremos a primera hora de la mañana si quieres, cuando no haya demasiada gente.

—¿Te has divertido con la señorita Parnell? —preguntó ella de repente.

—¿A qué te refieres?

—Olvidalo.

Nicole hizo el amago de levantarse, pero Andrew se lo impidió. La miró a través del espejo y vio algo en sus ojos, algo que no era capaz de descifrar.

—¿A qué te refieres, Nicole? —insistió.

—Parecáis muy cercanos esta tarde.

—La verdad es que es la segunda vez que nos encontramos, y fue de casualidad.

—¿Cómo la conociste?

—Su padre es un conocido del mío y nos presentó. ¿A qué viene este interrogatorio, Nicole?

—No te estoy interrogando —protestó ella levantándose—, pero veo que te molesta que te haga preguntas sobre esa mujer.

—Me molesta lo que parecen esconder esas palabras —protestó él interponiéndose en su camino—. ¿Acaso estás celosa?

—¿De una debutante recién salida de la escuela? No me hagas reír.

—¡Lo estás! —exclamó él abriendo los ojos como platos— Por eso te has marchado tan abruptamente del salón de té, Nick. Por eso estás haciéndome tantas preguntas sobre ella.

—¿Te gusta?

Andrew no sabía si gritar de frustración o reír de felicidad. Su esposa al fin mostraba algún tipo de sentimiento después de tanto tiempo. La aprisionó contra uno de los barrotes de madera de la cama y se perdió en sus preciosos ojos grises, que parecían negros por el remolino de sentimientos que escondían.

—La única mujer que me gusta eres tú —confesó—. Si he acompañado a la señorita Parnell esta tarde ha sido solo por educación, porque su padre y el mío son amigos. Y si me hubieras pedido que viniera a casa contigo lo habría hecho sin dudar ni un solo instante.

—¡Dudaste! —gritó ella golpeándole de repente en el pecho— ¡Maldita sea, Andrew! ¡Dudaste!

—¿De qué estás hablando?

—¡Me encontraba mal y dudaste si venir a casa conmigo o acompañarla a ella!

Nicole rompió a llorar. Andrew estaba tan aturdido que tardó unos segundos en reaccionar. Tomó con furia su rostro con una mano y hundió salvajemente la lengua en la boca de su esposa, dejando escapar toda la furia, todo el anhelo y toda la frustración que sentía en ese momento. Sus manos asaltaron el cuerpo femenino con desesperación, acariciándola a ciegas, seguramente dejándole marcas por su rudeza, pero era incapaz de detenerse. Nicole se puso de puntillas y enredó con fuerza los brazos en su cuello, dándole el permiso que no necesitaba. Estaba desesperado por poseerla, había estado tanto tiempo soportando el celibato que pensó que estallaría antes de enterrarse en ella. La hizo volverse y abrazarse al barrote de la cama, levantó el camisón que tenía puesto y, dejando caer sus pantalones al suelo, la empaló hasta el fondo de una sola estocada. El grito desesperado de placer que su esposa dejó escapar fue como música para sus oídos. Pegó la espalda de Nicole a su pecho, la sujetó con suavidad del cuello y volvió a besarla, imitando con su lengua los movimientos de sus caderas.

El sudor corría por su espalda y su frente, el camisón de su esposa se pegaba deliciosamente a sus pechos y se moría de ganas de saborearlos, pero era incapaz de salir de ella. Su cuerpo, el deseo que sentía, había tomado el control. Hundió la mano que la sujetaba de las caderas entre las piernas de Nicole y acarició con suavidad su clítoris hinchado, llevándola de cabeza hacia el orgasmo. La sostuvo con fuerza durante unas embestidas más, hasta que con un gemido se dejó ir también, vaciando su semilla en su mujer. Permaneció sin moverse, en aquella posición, con los labios de Nicole pegados a los suyos, tragándose el aire de sus jadeos, hasta que logró calmarse. Ella permanecía con los ojos cerrados, con las uñas clavadas en la madera y la espalda arqueada hacia él. Pero cuando Andrew se separó de ella Nicole volvió a convertirse en un témpano de hielo. Maldijo en silencio.

—No he dudado —susurró sintiéndose frustrado—. Maldita sea, Nicole, no he dudado.

—Estaba allí, por si no lo recuerdas.

—Solo estaba buscando una excusa para negarme a acompañarla, pero tú te apresuraste a decirme que lo hiciera.

—¿Ahora va a resultar que es culpa mía?

—No, no estoy diciendo eso. Solo estoy intentando explicarte por qué crees que he dudado. Tú siempre serás lo primero para mí, Nicky. Siempre.

Nicole se dirigió a la cama y se metió entre las mantas. Andrew suspiró. Creyó haber ganado una batalla al menos, pero al parecer seguían como al principio. Se dirigió hacia la puerta para darle a su esposa lo que necesitaba.

—¿Piensas venir de una vez a dormir? —dijo Nicole sin sacar la cabeza de debajo de la manta.

—Aún es de día —respondió él sin moverse un ápice.

—Lo sé, pero estoy cansada. ¿Vienes o no?

No se lo pensó dos veces. Con una sonrisa, se deshizo de su ropa de camino a la cama y se metió entre las cálidas mantas. Su esposa se giró hacia él y, sin mirarle, se acurrucó con la frente apoyada en su pecho. Andrew la abrazó con fuerza y depositó un beso en su coronilla. Era una batalla ganada, desde luego. Una enorme batalla ganada.

Capítulo 24

Nicole aún no podía creer que aquella mujer se hubiera presentado en su casa sin invitación. Tras haber descartado cada una de las invitaciones a tomar el té que la señorita Parnell le había enviado, la muchacha se había presentado en la puerta de su casa aquella tarde dispuesta a hacerse su amiga, al parecer. La observó detenidamente mientras los sirvientes disponían el té, los sándwiches y los pastelillos sobre la mesa de su salón privado. Era hermosa, eso debía concedérselo. De cabello color miel y una piel clara salpicada de pecas, la señorita Parnell era toda una belleza. Había elegido para aquella ocasión un vestido de color rosa bordado de flores y había adornado su peinado con algunas flores frescas. Una perfecta joya de la temporada, sin duda.

—Me alegra mucho que haya decidido aceptar mi visita, lady Pennington —dijo tomando un sorbo de su bebida—. Como le dije el otro día a lord Pennington, estaba deseando ser su amiga.

—¿Y eso por qué? No me conoce usted de nada.

—Oh, pero su esposo me ha hablado maravillas de usted. Tengo entendido que estuvo a punto de tomar los hábitos, ¿me equivoco?

Aquella pregunta la tensó. Dudaba mucho que Andrew le hubiera contado algo como aquello a una desconocida, aunque gran parte de la sociedad lo había averiguado tiempo después de su boda. Asintió.

—Así es, aunque no fue porque yo lo deseara —respondió.

—Una tradición familiar, es cierto. ¿No se siente usted culpable por no haberla llevado a cabo, lady Pennington?

—En absoluto. Considero esa tradición una estupidez, y mi hermano piensa exactamente lo mismo.

—La verdad es que si tuviera que elegir entre un convento y lord Pennington yo también habría elegido lo segundo. No me malinterprete, su esposo es un hombre de honor y le admiro mucho.

—Ya veo.

—Siento mucho su pérdida —continuó la joven—. Debe ser muy duro perder a un hijo.

El rostro de Nicole se contrajo de dolor. Se levantó y se acercó a la ventana, por lo que no vio el gesto de triunfo de la muchacha.

—No le deseo a nadie la pena de sufrir dolor semejante —dijo con la voz rota—. Aún no soy capaz de superarlo.

—Es el segundo, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Perdimos a nuestro primer hijo durante nuestro primer año de casados.

—Debe sentirse usted destrozada. No poder darle hijos a su esposo debe ser espantoso. Nicole apretó los dientes y no dijo nada.

—Si yo estuviera en su lugar le dejaría libre para que pudiera encontrar a una mujer que

fuera capaz de dárselos —continuó diciendo la joven—. A fin de cuentas, un heredero al título se casa solo para conseguir un heredero, ¿no es cierto?

—Márchese —espetó.

—¿Cómo dice?

—¡He dicho que se marche! ¡Largo de mi casa! ¡Fuera!

La señorita Parnell se marchó con una sonrisa en los labios. Había logrado su cometido, sembrar en lady Pennington la semilla de la duda. Aquella mujer era tan inestable mentalmente que estaba segura de que no podría ignorar sus palabras. Con suerte, antes de que terminara la temporada aquella mujer habría desaparecido de la vida de Lord Pennington... y ella tendría el camino libre para seducirlo.

Andrew escuchó los gritos de su esposa desde la calle. Subió los escalones de la entrada de dos en dos y abrió la puerta... para ver a la señorita Parnell salir atropelladamente de su hogar.

—¿Señorita Parnell? —preguntó sorprendido.

—Lo siento, yo... No pretendía alterar a su esposa, de veras —respondió con cara de culpabilidad—. Al parecer dije algo que la disgustó y...

—Le pediré a mi cochero que la lleve de vuelta a casa.

—¡No! —exclamó ella— No es necesario, milord. Mi cochero me aguarda al otro lado de la calle. Una vez más, mis disculpas.

La observó marcharse calle arriba y entró en la vivienda. Encontró a su esposa hecha un ovillo en un rincón de su salón privado, llorando desconsolada como el día que perdió al niño.

—¿Nicky? —preguntó arrodillándose a su lado— ¿Qué ha pasado?

—Lo siento —sollozó agarrándose con fuerza a su camisa—. Te he arruinado la vida, Andrew. Lo siento mucho.

—¿De qué demonios estás hablando? Tú no me has arruinado nada, cariño. Cálmate.

—Deberías haberte casado con otra mujer. Con una que pudiera darte hijos.

—No quería casarme con otra mujer, quería casarme contigo. ¿Y de dónde te sacas que no podremos tener hijos? Tendremos al menos media docena, te lo prometo.

Se dirigió hacia la puerta y le dijo al mayordomo que llamara al doctor Baxter. Después tomó a su esposa en brazos y la llevó hasta la habitación. La desnudó lentamente y la metió en la cama, tumbándose a su lado, envolviéndola en sus brazos. Estaba tan alterada que no era capaz de tranquilizarla. ¿Qué demonios le había dicho aquella niña malcriada para llevarla hasta aquel estado? El doctor le suministró un poco de láudano para lograr calmarla. Cuando Nicole logró conciliar el sueño, Andrew abandonó la habitación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el doctor— Lady Pennington estaba muy alterada.

—No lo sé, la encontré así al llegar a casa —respondió él—. Parece que tuvo una visita que la alteró.

—Su esposa no está aún en condiciones de alterarse de esta manera, lord Pennington. Sabe bien que su estado es delicado y podría perder la razón si continúa así.

—Soy muy consciente de ello, doctor. Le aseguro que supervisaré las visitas de mi esposa hasta que se encuentre mejor.

—Si vuelve a alterarse cuando se despierte, vuelva a suministrarle láudano. Vendré a verla mañana por la tarde para ver cómo está.

—Muchas gracias, doctor.

—Vaya con su mujer, ella le necesita.

Andrew pidió que subieran la cena a su habitación cuando fuera el momento y se tumbó junto a Nicole. Acarició su cabello con suavidad, vigilando su sueño. Se había llevado un susto de muerte al verla tan alterada. En cuanto Nicole se encontrara mejor tendría unas palabras con la señorita Parnell. No tenía ni la más remota idea de qué pretendía alterándola de aquella manera, pero se aseguraría de que esa situación no se volviera a repetir jamás. Poco después llegó su hermano Elijah, y se reunió con él en el despacho.

—¿Qué ocurre para que me mandes llamar a esta hora? —preguntó Elijah tomando la copa que su hermano le ofreció.

—Necesito pedirte un favor.

—Claro, lo que sea.

—Quiero que vigiles muy de cerca a la señorita Esther Parnell.

—¿La hija del juez?

—La misma.

—¿Por qué?

—Está hostigando a Nicole y quiero saber por qué.

—¿Nicole está bien?

—Ahora está descansando, pero he tenido que llamar al doctor Baxter porque no lograba tranquilizarla.

—Me ocuparé de lo que me pides. —Miró a su hermano con atención—. ¿Qué no me estás contando, hermano?

—Hace unas semanas, el juez Parnell me ofreció a su hija en matrimonio.

—Debes estar bromeando...

—No, no bromeo. Todo el mundo piensa que mi matrimonio está muerto, lo sabes.

—Y también sé que eso es una soberana estupidez.

—Después de lo que ha pasado hoy empiezo a pensar que todo fue idea de su hija, no suya.

—Tiene sentido. Eres un hombre muy rico y serás conde. La hija de un simple juez podría anhelar poseer una posición semejante.

—Me aseguraré de mantenerla lo más alejada posible de mi esposa y de mí. No te entretengo más, sabes que nuestra madre odia que lleguemos tarde a cenar.

—Una manera muy sutil de pedirme que me marche —rio su hermano.

—Tengo que ocuparme de Nicole, perdóname.

—No hay nada que perdonar —respondió Ely palmeándole el hombro—. Veré qué averiguo sobre esa mujer y te lo haré saber lo antes posible. Dale un beso a mi cuñada de mi parte.

—Podrás dárselo tú mismo mañana. Iremos a casa a comer.

—¿Ha accedido por fin a salir de casa?

—Lo hizo hace unos días con Amelia, así que no creo que haya problema con ir a la casa familiar.

—En ese caso, buenas noches.

—Buenas noches, hermano. Y gracias.

Subió a la habitación de nuevo, y comprobó que su esposa continuaba dormida. Tomó un libro de la biblioteca y se sentó a su lado a leer hasta que un sirviente llegó para entregarles la cena.

—Nicky —susurró zarandeándola suavemente—. Vamos, despierta.

Su esposa abrió los ojos lentamente y logró enfocarle. Sonrió. Era adorable incluso en aquel estado. La besó suavemente en los labios y la incorporó para colocar algunos cojines detrás de su espalda.

—¿Podrás comer por ti misma? —preguntó.

—Creo que sí —respondió ella—. Lamento haberme puesto así.

—Me has dado un susto de muerte. ¿Qué demonios ha pasado?

Nicole guardó silencio y Andrew decidió no presionarla. Ya se lo contaría cuando se sintiera preparada para hacerlo. Colocó la bandeja de comida sobre sus piernas y se sentó a su lado a degustar su cena. Observó que Nicole comía demasiado despacio, jugando con lo que había en el plato sumida en sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien? —insistió.

—El láudano me tiene atontada, es todo.

—¿Quieres que te ayude?

—No soy una niña —rio ella.

—Lo sé, pero quiero consentirte un poco.

Le dio de comer, con cuidado de no manchar nada. Le tranquilizó ver que Nicole sonreía a sus bromas y le escuchaba con atención mientras le hablaba. Le comentó la idea de ir a comer a casa de sus padres al día siguiente y a ella le pareció una magnífica idea. Cuando terminaron de cenar, dejó las bandejas tras la puerta y regresó a su cama. Nicole le sorprendió colocándose a horcajadas sobre sus piernas, con las manos apoyadas en su pecho.

—¿Nicky? —preguntó sorprendido.

Su esposa le besó en los labios, al principio suavemente y conforme el deseo se iba encendiendo sus besos aumentaron la intensidad. Andrew no necesitó nada más para sucumbir a sus encantos. Intentó rodar para tenerla debajo de su cuerpo, pero ella no se lo permitió.

—Hoy quiero hacerte el amor yo a ti —dijo ella—. Déjame amarte.

Andrew abrió los brazos sobre la cama y observó a su esposa con ardor. Nicole le desabrochó lentamente la camisa y se la sacó por los brazos, lanzándola al suelo con una sonrisa. Disfrutó de sus caricias, sus besos, sus mordiscos, y jadeó cuando la lengua de Nick acarició una de sus tetillas. Su esposa había descubierto al principio de su matrimonio que ese era uno de sus puntos sensibles y no se avergonzaba de atormentarlo en cada ocasión que se le presentaba. Enterró los dedos en el cabello suelto de Nicole y cerró los ojos disfrutando del momento, disfrutando de ella. La boca femenina bajó por su estómago y los dedos expertos desabrocharon el pantalón. Andrew levantó las caderas lo justo para ayudarla a deshacerse de ellos, y cuando le tuvo completamente desnudo lo amó con la boca como tanto le gustaba, jugueteando con su lengua en los pliegues hasta que, con un gemido, se vació en sus labios. Nicole se apartó con una traviesa sonrisa, se puso de pie junto a él y comenzó a desnudarse sin apartar la mirada de él. Aunque había adelgazado mucho, a Andrew le seguía pareciendo el cuerpo más perfecto del mundo, y alargó la mano para lograr rozar uno de sus pezones, pero ella se lo impidió.

—Aún no —susurró.

—Ahora es el momento —protestó él incorporándose—. Tenemos el tiempo justo para hacerte perder la cabeza antes de que esto vuelva a entrar en acción.

Saltó sobre su esposa, que dejó escapar una carcajada, y la tumbó sobre la alfombra para amarla con su boca por cada rincón de su cuerpo. Cuando su miembro estuvo nuevamente listo, se tumbó junto a ella para permitirle montarlo, y durante algunas horas lo único que se escuchó en su hogar fueron los jadeos ahogados y los gemidos de pasión.

Capítulo 25

Era noche cerrada cuando Nicole se levantó de la cama. Miró por última vez al hombre que amaba con todo su corazón. Apartó un mechón rebelde de pelo de su frente y dejó un beso sobre ella. Dejó uno más sobre su nariz, y el último en sus labios. Se acercó de puntillas hacia el armario y tomó uno de los vestidos más discretos que poseía. Se vistió, no sin esfuerzo, y se sentó en el escritorio para escribir una nota, que dejó dentro del bolsillo de su bata. Miró una última vez a su marido y, dejando escapar una lágrima, salió de la habitación. Bajó los escalones sin hacer ruido y salió al aire frío de la noche. Caminó hasta una de las calles transversales y, cuando vio un coche de alquiler, lo tomó. Le dijo al cochero que la llevara primero al prestamista, donde vendió uno de los collares que su esposo le había regalado a lo largo de los años. Después se dirigió a la posada *El ganso dorado*, desde la que saldría la diligencia a la mañana siguiente. El posadero le preparó un salón privado en cuanto ella le dijo su nombre. Insistió en prepararle una habitación para pasar el resto de la noche, pero no se sentía con ánimos de dormir. Le sirvió oporto, carne fría y queso, y le insistió en que cerrara la puerta con cerrojo hasta que llegara la hora de marcharse.

Desde que la odiosa señorita Parnell la había incordiado la tarde anterior había estado pensando en su esposo. Aunque no hubiera duda de que lo que la joven quería era deshacerse de ella para ocupar su lugar, no dejaba de tener razón. Andrew se había casado con ella por un único motivo, un motivo que ella era incapaz de llevar a cabo. Y no podía condenarlo a una vida sin hijos solo porque ella fuera incapaz de dárselos. Aquella certeza fue lo que la llevó al estado en el que él la encontró. Saber que no podría darle nunca al hombre que amaba lo único que él deseaba con todas sus fuerzas la destruyó. Debería haber sido egoísta, continuar con su vida con él y disfrutar de la felicidad que les quedara, pero le amaba demasiado como para privarle de la dicha de ser padre. Se limpió con furia una lágrima solitaria. Había decidido regresar a San Pedro, lo más lejos posible de él. Le escribiría a su hermano para informarle sobre su paradero cuando las aguas se hubieran calmado y poder así darle a Andrew la oportunidad de pedir el divorcio. Así podría casarse con la señorita Parnell... o con quien quisiera.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. El posadero la avisó de que la diligencia acababa de llegar. Tuvo la amabilidad de prepararle una cesta con el almuerzo, y tras desearle un buen viaje la ayudó a subir al carruaje. Fue un largo camino, lleno de momentos de debilidad, de lágrimas derramadas y de tristeza. Llegó al convento al atardecer. Abrió la puerta sor Isabel, que se quedó muy sorprendida al verla. En cuanto vio a su vieja amiga, Nicole rompió en llanto. Isabel la abrazó y la ayudó a entrar en el convento, llevándola inmediatamente al despacho de la madre superiora.

—¿Nicole? —exclamó la mujer al verla— ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Madre, yo...

No pudo continuar. Se desplomó en una de las sillas y continuó llorando ante la sorprendida mirada de las dos monjas. Sor Agnes se sentó a su lado y le palmeó la mano hasta que Nicole logró calmarse lo suficiente para hablar.

—He abandonado a mi esposo —susurró.
—Por Dios santo, criatura... ¿Por qué harías tal cosa? —preguntó la madre superiora.
—No puedo darle hijos —reconoció—. No puedo darle lo que él tanto anhela.
—¿Y él te ha dejado marchar? —preguntó Isabel.
—Me marché en mitad de la noche —reconoció.
—¿Cómo se te ocurre? —la regañó sor Agnes— Envía una nota a lord Pennington, Isabel. Dile que su esposa está sana y salva y que se encuentra con nosotras.
—¡No! —exclamó Nicole— No quiero que sepa dónde estoy. Le dejé una nota.
—Di que preparen una habitación para ella, debe estar agotada.
—Sí, madre —respondió Isabel marchándose.
—En cuanto a ti, hablaremos por la mañana, cuando te hayas calmado. Quiero que me lo cuentes todo, ¿de acuerdo?
—No hay nada que contar.
—Por supuesto que lo hay. Pediré que te suban la cena a tu habitación, debes estar hambrienta.
—No se moleste, madre. Sé que ya han cenado y no quiero ser una molestia.
—Tonterías, tú nunca serás una molestia en esta casa. Ve con Isabel, ella te acompañará a tu habitación.
—Gracias, madre.
—No me lo agradezcas. Que descanses, hija.
—Usted también, madre.

Sor Agnes observó a su discípula salir del despacho y suspiró. Algo muy grave debía haber ocurrido para que Nicole huyera así de su nueva vida, una vida que adoraba y que la hacía enormemente feliz. Tomó la pluma, una hoja de papel y le escribió una nota a lord Pennington. Llegaría hasta el fondo de todo este asunto, y si encontraba un solo motivo por el que su querida Nicole pudiera querer irse de su lado, por Dios que la ayudaría a hacerlo sin dudarlo.

Andrew se despertó en una enorme cama vacía. Giró hacia el lado que normalmente solía ocupar Nicole para abrazarla decidido a volver a hacerle el amor... pero encontró las sábanas frías. Se tumbó de espaldas con una enorme sonrisa. Si la noche de pasión de la que habían disfrutado era un indicio de que su esposa volvía a ser ella misma daría gracias a Dios por ello. Se levantó con la intención de encontrarla. Tomó la bata de los pies de la cama y comprobó que caía de uno de sus bolsillos una nota de papel.

Querido Andrew:

Cuando leas esta carta seguramente estaré muy lejos de aquí. Ha sido una decisión muy difícil, quizás la más difícil de toda mi vida. Pero la señorita Parnell tenía razón en una cosa: no puedo privarte de tu felicidad. Es por eso que me marchó, para que seas libre. Busca una buena mujer con la que casarte y que te dé los hijos que yo no puedo darte. Mi hermano firmará el divorcio en mi lugar, no debes preocuparte por ello. Yo continuaré con mi vida en un lejano lugar... aunque echándote terriblemente de menos.

Lo admito, me enamoré de ti mucho antes de casarnos. Aunque no me diera cuenta en aquel momento, creo que he estado enamorada de ti desde el día que nos salvaste a mi hermano y a mí en Hyde Park. ¿Lo recuerdas? Me sentí tan avergonzada de que un caballero tan apuesto como tú me viera en aquel estado y le pedí a mi hermano que me sacara de allí de inmediato, pero en el fondo deseé que nos volviéramos a encontrar. Debo darte las gracias por toda la

felicidad que he vivido junto a ti durante todos estos años. Me has enseñado lo que es la verdadera amistad, lo que es el amor y lo que es la pasión. Me has permitido formar parte de una familia maravillosa, y jamás olvidaré los muchos momentos que viví a tu lado.

Te amo, Andrew Pennington. Mi corazón te pertenecerá por siempre.

Nicole.

Arrugó la nota entre los dedos y la lanzó con furia al otro lado de la habitación. Llamó a su ayuda de cámara a voces, se vistió a toda prisa y montó en su caballo para llegar cuanto antes a la casa de Ricard. En cuanto encontrara a su esposa la llevaría a Claudon Hall y no saldrían de la cama en al menos dos meses. Iba a demostrarle a esa estúpida mujer lo que era realmente importante para él. ¿De veras no se había dado cuenta en todos esos años de lo mucho que la amaba? Era cierto que nunca lo había dicho con palabras, pero lo había demostrado en todas y cada una de sus caricias, en todos y cada uno de sus gestos de cariño. Al parecer, Nicole era más despistada de lo que pensaba. En cuanto llegó a la casa de los Lindley y el mayordomo abrió la puerta, se encaminó hacia las escaleras. Su cuñado, aún en ropa de cama, bajó los escalones para encontrarlo a medio camino, pero él no se detuvo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Dónde está qué?

—Mi esposa, ¿dónde demonios está?

—¿Nicole? No está aquí.

Las palabras de su cuñado le detuvieron en seco. Un sudor frío le recorrió la espalda cuando se volvió para comprobar que Rick decía la verdad.

—¿De veras no está aquí? —insistió.

—¿Qué demonios ha pasado, Andrew?

Se dejó caer en las escaleras y le entregó a su cuñado la nota que había encontrado en su bata aquella mañana. Se mantuvo en silencio mientras él leía, y cuando se dejó caer a su lado supo que estaba tan sorprendido como yo.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó refiriéndose a la señorita Parnell.

—Es la hija de un amigo de mi padre. Debido a los rumores sobre mi matrimonio se ha empeñado en convertirse en mi esposa. Ayer estuvo en casa y cuando llegué Nicky estaba muy alterada. Tuve que llamar al doctor Baxter para que la calmara.

—¿Sabes qué le dijo?

—Puedo adivinarlo después de leer la carta de tu hermana. Te juro que pensé que todo andaba bien, Rick. Anoche hicimos el amor y pensé que mi esposa estaba empezando a ser la de siempre.

Su cuñado palmeó su espalda y vio cómo una lágrima caía sobre el mármol blanco de las escaleras.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Andrew en un susurro— Creí que vendría a refugiarse aquí, tenía la esperanza de que...

Ambos hombres se miraron con sorpresa.

—San Pedro —dijeron al unísono.

—Me vestiré y te acompañaré —dijo Rick levantándose.

—No, iré yo solo —negó Andrew—. Es mi esposa y debo recuperarla.

Rick asintió y subió las escaleras, pero se detuvo a medio camino recordando algo que había leído en la carta y le miró con fastidio.

—¿De verdad nunca le has dicho a mi hermana que la amas? —protestó.

—Se lo he dicho cada vez que le he hecho el amor, cada vez que la he abrazado para

dormir, cada vez que nos hemos tumbado juntos para leer un buen libro. Pero ¿con palabras? Creí haberlo hecho, pero parece que estoy equivocado.

—Eres un idiota, Andrew Pennington, el hombre más estúpido que he conocido en mi vida. A pesar de haber estado casado dos veces sigues sin entender en absoluto a las mujeres.

—Eso parece —susurró.

—Mi hermana no es adivina para saber que la amas, zoquete. A las mujeres hay que demostrarles nuestros sentimientos con hechos, pero sobre todo con palabras.

—¿Vas a decirme que tú se lo dices a tu esposa a diario?

—Se lo digo cuando me levanto por la mañana y cuando nos vamos a la cama. Y por si acaso se le olvida, se lo digo también varias veces a lo largo del día. —Continuó subiendo las escaleras hacia su habitación—. Ve a buscar a mi hermana y dile que la amas. Díselo tantas veces que no le quepa lugar a dudas y tráela de regreso a casa.

—Lo haré.

Regresó a su propia casa y pidió que preparasen el carruaje. Sería un viaje largo, pero no tenía intención de detenerse. Cambiaría los caballos en el camino si con eso llegaba antes junto a su mujer. Debía enmendar aquel error, debía dejarle las cosas claras a la señorita Parnell y a su padre, pero primero debía recuperar a la mujer que amaba.

Capítulo 26

Nicole caminaba por los jardines del convento acariciando distraídamente los pétalos de alguna flor. Habían pasado tres días desde su llegada al convento, tres días de lágrimas y dolor. Cada vez se arrepentía más de haber abandonado a su esposo. Debería haberse quedado y haber luchado por él. Debería haberle planteado la idea de adoptar algunos hijos, bien sabía Dios que los orfanatos estaban cada vez más llenos en Londres. No serían hijos de los dos, pero al menos podrían haber disfrutado de la felicidad de ser padres. Pero lo había estropeado todo.

Andrew jamás le perdonaría el haberle abandonado. Su esposo era demasiado orgulloso para ello. Si regresara a Londres tal vez la pusiera de patitas en la calle, y no podría reprochárselo. Le había dejado en evidencia delante de toda la sociedad durante meses, y por si eso no fuera bastante le había abandonado sin mirar atrás. No... su forma de actuar sería a esas alturas un gran escándalo.

—¿En qué piensas?

Se volvió hacia Beatriz, una de las mujeres abandonadas que vivía en el convento. Le sonrió para animarla a sentarse a su lado, cosa que su nueva amiga hizo de buena gana.

—Pienso en mi esposo —reconoció—. Me arrepiento de haberle abandonado.

—Siempre puedes volver.

—No... él jamás me perdonará el haberle abandonado. Es demasiado orgulloso y lo que he hecho ya se habrá extendido por la sociedad como una plaga. Le he deshonrado.

—Si te ama no le importará lo que piense la gente, Nicole.

—Pero no me ama. Su corazón le pertenece a otra mujer.

—Lo siento tanto...

—Dolería menos si esa mujer fuera su amante. Al menos tendría a alguien tangible contra quien luchar, pero... pero su corazón le pertenece a su difunta esposa.

—Entiendo.

—Y no tengo motivos para quejarme, de hecho. Ha sido el mejor esposo que cualquier mujer podría desear. Es por eso que me arrepiento tanto de haberle abandonado.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque mi vientre está muerto —susurró—. Me he quedado embarazada dos veces y las dos veces he perdido al niño.

Beatriz la abrazó con fuerza. Permanecieron un rato así, dándose apoyo mutuo, hasta que Nicole se apartó y se limpió las lágrimas con una sonrisa.

—Deberíamos volver dentro, casi es la hora del almuerzo —dijo.

—¿Te encuentras mejor?

—Algo mejor.

Las dos amigas se tomaron del brazo y se dirigieron hacia el comedor. Justo cuando estaban a punto de cruzar las puertas, el relincho de unos caballos atrajo su atención. El estómago de Nicole dio un vuelco al ver el escudo de armas de los Onslow en la puerta del carruaje. Dejó escapar un quejido, a medias entre un sollozo y una risa, cuando vio a su esposo

bajarse de él, tan alto y tan apuesto como lo recordaba.

—¿A qué esperas? —preguntó su amiga, que había adivinado de quién se trataba por la reacción de Nicole— Corre con él.

Nicole asintió, se recogió las faldas y echó a correr por el camino hacia la entrada principal. Se lanzó a los brazos de Andrew sin importarle nada, lo único que quería era sentir los brazos de su esposo envolviéndola.

—Mujer estúpida —la regaña Andrew, con la voz rota por la emoción—. ¿De veras crees que te voy a permitir abandonarme?

Se apartó de ella lo suficiente para poder mirarla a los ojos. Dios... su mujer tenía un aspecto lamentable. Tenía unas grandes ojeras y los ojos enrojecidos por el llanto. Apretó los dientes y limpió las lágrimas de sus mejillas con suavidad.

—¿De dónde demonios te has sacado que mi felicidad depende de que tengamos o no tengamos hijos, Nicole? —continuó— Mi felicidad solo depende de tenerte a ti a mi lado. ¿No te ha quedado lo suficientemente claro durante todos estos años?

—Siempre dijiste que querías tener hijos.

—Y quiero tener hijos, pero solo si es contigo. No sé qué demonios te dijo esa niña para que cometieras esta estupidez, pero te aseguro que no hay nada mal en ti.

—¿Y si no soy capaz de darte hijos nunca?

—¿Crees que eso me importa? Tengo a Clement y a Elijah para que hereden el título. Tengo tres hermanos perfectamente capaces de darme un sobrino a quien legárselo después de eso. ¿Por qué iba a importarme que no seas capaz de darme hijos?

—No me mientas, vi tu cara cada mes cuando descubríamos que no estaba embarazada.

—¡Porque sé cuántas ganas tienes tú de tenerlos! Me destrozaba el corazón verte llorando cada vez que llegaba tu periodo porque no sabía cómo demonios consolarte.

—Pero te gustan tanto los niños que pensé...

—Dejarte embarazada no es la única manera de tenerlos —la interrumpió—. Reconozco que sí es la más divertida y excitante, pero hay otras formas.

Levantó su barbilla para mirarla a los ojos. No pudo resistirse y pegó su boca con fuerza a la de ella una vez, y otra más, antes de volver a hablar.

—Y una cosa más —continuó—. No me casé contigo solo para tener hijos. Reconozco que soñé infinidad de veces con hacerte el amor, pero no precisamente con la idea de dejarte embarazada.

—¿Por qué te casaste conmigo entonces?

—Porque te amo, mujer estúpida. Porque desde que te conocí no ha habido un solo momento en el que no deseara estar en tu compañía. Porque cuando empecé a verte como mujer, y no como amiga, me di cuenta de que eras la mujer más perfecta que había conocido en la vida.

—Pero dijiste que Charlotte siempre tendría tu corazón, que ella...

—Dije que ella siempre tendría un pedazo de mi corazón, no que jamás pudiera amarte a ti también. Hace mucho tiempo que dejé de amarla, Nicky. Y me sentí culpable por ello aquella noche en nuestro baile de compromiso, lo admito. Porque jamás había sentido por ella las ganas irrefrenables de descubrirte que sentí aquella noche contigo.

Levantó la barbilla de su esposa y la besó suavemente. Cuando se separó de ella, los ojos de Nicole estaban brillantes, pero llenos de esperanza.

—Quiero seguir descubriéndote, mi amor —reconoció Andrew con voz ronca—. Porque te amo con todos tus defectos y virtudes, tus pequeñas manías y anhelos. Te amo a pesar de que no se te da nada bien la pintura y porque cantas como los ángeles. Quiero ser testigo de cada

pequeño cambio que se produzca en tu cuerpo con el paso de los años, sostener tu mano cuando nuestros hijos lleguen al mundo, porque te aseguro que llegarán. Quiero llorar contigo porque a ambos nos parecerán perfectos aunque tal vez a los demás les parezcan unos niños llorones e insoportables.

Acarició su cabello y apartó un mechón de pelo rebelde que se había escapado de su peinado.

—Amé mucho a Charlotte, pero te amo mucho más a ti —dijo con voz ronca—. A ella la amé con la inocencia de la juventud, pero a ti te amo con la sabiduría de la madurez.

Volvió a unir sus labios a los de ella y se perdió en aquel beso. Ni siquiera había sido consciente de lo mucho que amaba a su esposa hasta que lo había dicho en voz alta. Saboreó la sal de sus lágrimas y la abrazó con fuerza cuando ella se sujetó a las solapas de su chaqueta. Cuando rompió el beso, pegó su frente a la de ella y la miró con los ojos llenos de amor, ese amor que ella había sido tan incapaz de ver en ellos.

—Te amo, Nicole Pennington —repitió—. Te amo tanto que me moriré si vuelves a alejarte de mi lado.

—Yo también te amo —sollozó ella.

—En vistas de que eres demasiado despistada para ser capaz de adivinar mis sentimientos a través de mis actos, tendré que repetírtelo mucho más a menudo —bromeó él.

—Te aseguro que a partir de ahora no lo olvidaré nunca.

—Creo que es usted más listo de lo que su esposa imaginaba, lord Pennington —dijo la madre superiora desde la puerta—. Le envié una nota informándole de su paradero hace dos días, ha llegado antes de lo que esperaba.

—Solo había dos lugares en los que mi esposa se sentiría a salvo, sor Agnes —respondió él—. Reconozco que la casa de su hermano fue el primero que visité.

—Espero que lord Lindley se encuentre bien.

—Algo enfadado, de hecho. Imagino que a mi esposa le espera una buena reprimenda a su regreso.

—Me he tomado la libertad de pedirle a una de tus compañeras que prepare tus cosas —le dijo la monja a Nicole—. Imagino que regresarás a casa con tu esposo.

—Claro que sí, madre.

—En ese caso, no tengo nada que hacer aquí. Sean bienvenidos siempre que quieran, pero por favor, que sea como invitados. Soy demasiado vieja para que me den estos disgustos.

Observaron a sor Agnes alejarse hacia el convento y se miraron con una sonrisa.

—Volvamos a casa —dijo ella.

—Tal vez mañana.

—¿Tal vez?

—Quiero que me enseñes tus lugares favoritos de esta ciudad. Quiero conocer esa parte de ti que aún no he tenido oportunidad de descubrir. Pero antes iremos a la posada —dijo mirándola con ardor—. Voy a hacerte el amor hasta que entiendas lo mucho que te amo.

—Me parece un buen plan —respondió ella con una sonrisa.

—Quién sabe... tal vez el fresco aire de Cornualles sea lo que necesitamos para hacer un bebé sano...

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello.

Subieron al carruaje y se dirigieron a la posada más cercana al convento. En cuanto cerraron la puerta de su habitación, se desnudaron lentamente y se rindieron a las caricias y a la

pasión. Andrew se dedicó a demostrarle a Nicole, de todas las maneras posibles, que ella era, y siempre sería, su gran amor.

Epílogo

Los Pennington estaban reunidos en el saloncito de la casa de Andrew y Nicole. Marianne miraba divertida a Clement y a Elijah, que no paraban de dar vueltas alrededor de la habitación. En varias ocasiones habían terminado chocándose entre ellos, haciendo reír a todo el mundo.

—Cuando yo sea madre, ¿os comportaréis de la misma manera? —preguntó.

—Aún eres demasiado joven para pensar en hijos —protestó Andrew, que estaba tranquilamente sentado en el sillón disfrutando de una copa de Bourbon.

—Ya tengo diecisiete años, Andrew —protestó ella—. El año que viene seré presentada en sociedad.

—Por desgracia.

—¿Quieres dejar de incordiar a tu hermano? —la regañó Violet— Creo que ya tiene bastante ahora mismo, ¿no te parece?

El llanto de un niño irrumpió en la habitación. Poco después, la niñera entró con cara de disculpa y la pequeña Anna, de tan solo un año, en los brazos.

—Lo siento, milord, pero ha empezado a llorar porque echa de menos a su madre —se disculpó.

—No te preocupes, Christel, déjamela a mí —dijo Andrew extendiendo los brazos hacia su hija.

En cuanto estuvo al abrigo de los brazos de su padre, la pequeña se calmó. Se llevó el puño a la boca y comenzó a hacer gorgoritos que encandilaron a todos en el salón.

—Eres una pequeña diablilla —protestó su padre, que la miraba con ojos de absoluta adoración—. ¿Crees que puedes chantajearme con esos gorjeos?

—No disimules, hermano, porque sabes perfectamente que sí —rio Clement acariciando los deditos de la otra mano de la niña.

—Tienes razón, mis mujeres hacen lo que quieren conmigo —reconoció—. Vamos, duérmete, no creo que mamá pueda estar esta noche contigo.

—¿Estás seguro de que no quieres estar con ella? —insistió su padre.

—La última vez que lo he intentado casi me lanza el maletín del doctor Baxter —protestó—. Es preferible que sea Chantal quien esté con ella, te lo aseguro.

Y es que su esposa estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo. Esa mujer que creía que era incapaz de procrear había quedado embarazada del segundo en cuanto terminó la cuarentena de la primera. Andrew había sentido la tentación de recordárselo cuando entró hacía tan solo unos minutos en la habitación, pero su esposa estaba siendo recorrida por una nueva contracción y le miró con tanta furia que prefirió hacer lo que ella le pedía, que era dejarla con Chantal. Las horas pasaban demasiado lentas, los gritos de su esposa cada vez se escuchaban más fuertes y Andrew no podía dejar de recordar lo que le había ocurrido a Charlotte.

Sacudió la cabeza nuevamente. Nicole no era Charlotte. Su primera esposa era una mujer débil, pero Nicky era una mujer increíblemente fuerte. Solo eran los dolores normales del parto,

nada más. Pronto tendrían a su segundo hijo en los brazos y podría relajarse.

—¿Qué creéis que será? —preguntó Marianne.

—Por la forma de su tripa creo que será un niño —dijo Violet—. Un heredero Onslow, no tengo la menor duda.

—¡Dios te oiga! —exclamó Clement— No quiero seguir cargando con el peso del título sobre mis hombros.

—Yo creo que será otra niña —continuó diciendo Marianne—. Una hermanita con la que Anna pueda jugar.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que sea una niña? —preguntó Elijah revolviéndole el cabello.

—Para que mi sobrina no sufra lo mismo que sufrí yo.

—Eras la niña mimada de tus hermanos, Mary —protestó su padre—. Te quejas por gusto.

—Pero no tenía a nadie con quien jugar —insistió ella—. Mis hermanos me mimaron en exceso, es cierto, pero no jugaban conmigo.

—Culpa a nuestros padres de eso —protestó Clem—. Esperaron demasiado para traer a una mujer a esta familia.

Las bromas quedaron olvidadas cuando el doctor Baxter apareció en la puerta secándose las manos y le dedicó a Andrew una enorme sonrisa. Él dejó a la niña en los brazos de su tía Marianne y se puso de pie.

—Enhorabuena, lord Pennington —deseó el doctor—. Ha sido un hermoso niño.

—¿Cómo están? —preguntó.

—Ambos están bien. Ese pequeño diablillo tenía muchas ganas de llegar a este mundo, casi se nos escurre hasta el suelo. Su esposa está descansando y se encuentra perfectamente.

—¿Puedo verlos?

—Por supuesto, le están esperando.

Andrew miró a su familia con una sonrisa y corrió hasta su habitación. Nicole estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada sobre los cojines, y le daba el pecho al pequeño, que comía con ansia. Su esposa levantó la cabeza y le sonrió.

—Es igual a ti —bromeó Nicole—. Un obsesionado de mis pechos.

—¡Nicky! —rió Chantal— Aún estoy aquí.

Andrew se sentó junto a ella y observó a su hijo alimentarse. Acarició suavemente el perfil de su carita, sus pequeños dedos rosados, y sintió cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Es tan perfecto como Nina —susurró—. Hemos hecho un excelente trabajo, ¿no te parece?

—Al final vas a tener razón —respondió ella con una pícara sonrisa—. Es el aire de Cornualles lo que necesitamos para fabricar bebés.

Andrew sonrió al recordar que Nina había sido concebida aquel día en Cornualles, cuando fue a buscar a su esposa al convento de San Pablo para decirle cuánto la amaba. Después de aquello sus problemas para concebir desaparecieron, pues su pequeño heredero había sido creado en cuanto su esposa terminó la cuarentena. Acarició el cabello de su esposa y la besó dulcemente en los labios.

—Te amo tanto, Nicole... —suspiró— Va a faltarme vida para demostrarte cuánto.

—Yo también te amo, Andrew.

—¿Cómo llamaremos a este pequeño diablillo?

—Christopher —dijo Nicole mirando a su hijo—. Christopher Andrew Pennington.

Fin

[1] Suelos en los que se alternan losas blancas y negras, normalmente de mármol, simulando un tablero de ajedrez.

[2] Largo y estrecho desfiladero justo al oeste del río Nilo en el Alto Egipto en donde los faraones fueron enterrados en tumbas profundas en el corazón de la montaña. Las paredes de muchas de estas tumbas estaban cubiertas con escenas esculpidas y pintadas que representaban al rey muerto en presencia de las deidades, especialmente los dioses del inframundo.

[3] Prisión famosa porque el padre de Charles Dickens fue encarcelado allí por sus deudas.

[4] Oración que se lleva a cabo en el convento a las seis de la tarde, después de un tiempo de descanso.

[5] juego de alta sociedad que se originó en Europa en el siglo XIII. Se jugaba con una pelota de madera y una especie de raqueta o mazo. El objetivo era golpear la pelota a través de una serie de arcos en el campo de juego, con el fin de completar el recorrido en el menor número de golpes posible. Era un precursor del croquet moderno y disfrutaba de gran popularidad entre la nobleza y la clase alta de la época.

Books By This Author

[Por orden del rey](#)

Alasdair MacLeod volvía a casa después de haber pasado una temporada en la corte. Echaba de menos a su familia y había cabalgado sin descanso para poder llegar a ellos lo antes posible. Con lo que no contó fue con encontrarse a una bella ninfa del bosque... que se desvaneció en cuanto sus ojos se posaron en ella.

Lana Grant lo tenía todo: una familia a la que adoraba, una vida feliz y la boda de su hermana mayor a la vista. Había conocido a alguien que parecía estar interesado en ella y se había ilusionado con casarse por amor igual que dos de sus hermanos. Pero alguien se atrevió a atacar su castillo... y truncó toda su vida.

[Más que una amistad](#)

El mundo de Caledonia Ferguson se desmoronó tras la muerte de su madre y se vio obligada a mudarse al castillo junto a su padre y el hombre que más temía: su laird.

Colin Campbell pasaba los días intentando escabullirse de sus obligaciones como futuro jefe del clan, y cuando conoció a Callie la niña se convirtió en la excusa perfecta para hacerlo, surgiendo entre ellos una bonita amistad.

[Engaño](#)

Anderson Thomas Canning, tercer barón Lattimer, tenía una vida perfecta. Alternaba la aburrida vida de Londres con una mucho más placentera, que solo unos pocos conocían. A punto de empezar la temporada social, decide viajar a España para ver a su familia, y de paso llevar a cabo su otra actividad. Con lo que no contaba era con que en el trayecto encontraría a una mujer preciosa... que trastocaría por completo esa perfección.